ALFREDO SANCHEZ GAMARRA, C. SS. R.

ALMA DE MARTIR

Vida y Espíritu
del
Padre Jacobo Wagner
Redentorista

Paraguay 1204 - Buenos Aires
1956

ALMA DE MÁRTIR



Una de las últimas fotografías del R. P. Wagner.

ALFREDO SÁNCHEZ GAMARRA, C. SS. R.

ALMA DE MÁRTIR

VIDA Y ESPÍRITU

DEL

PADRE JACOBO WAGNER

REDENTORISTA

PARAGUAY 1204 — BUENOS AIRES

1956

Imprímase

P. Ricardo Baztán, c. ss. r.
Provincial

Buenos Aires, 17 de octubre de 1955

Puede imprimirse

Antonio Rocca, Vic. Gen.
Ob. tit. de Augusta

Buenos Aires, 18 de octubre de 1955

EXPLICACIÓN PRELIMINAR

COMO *verás, lector, este librito consta de dos partes. La primera es una biografía sucinta del Padre Jacobo Wagner. Muchas buenas almas que tributan culto a su memoria con cariño filial, la pedían con urgencia. No he tenido ni el espacio de tiempo, ni la documentación suficiente para hacerla más extensa. Pero creo haber reseñado los puntos esenciales de una existencia consagrada enteramente a Dios y al servicio de las almas.*

El Padre Wagner dejó publicado un librito de poesías alemanas, del que me he servido para amenizar la narración y para dar al mismo tiempo al lector una idea de lo que fué su alma. Alma sensible de verdadero poeta. "El poeta del Plata" le llamaron muchos de sus compatriotas que admiraban la hermosa factura de sus versos. Ojalá no haya desfigurado demasiado las ideas al trasvasarlas al ritmo castellano desde las estrofas alemanas.

La segunda parte del libro está integrada por pensamientos entresacados de los escritos personales del Padre Wagner. Dejó al morir una buena cantidad de cuadernos llenos de sermones y pláticas. Bagaje reunido por él durante largos años, que le sirvió para la predicación de misiones y ejercicios.

Yo no he hecho más que seleccionar pensamientos en esos cuadernos, depurando cuando lo he creído necesario la forma castellana en que los envuelve el original; pero sin deformar ni modificar el fondo.

No todos esos pensamientos son originales, ni lo es tampoco la forma de muchos de ellos. Gran parte corresponde a diversos autores de los que el Padre Wagner los tomó. Por la elección y la asimilación los hizo suyos, y desde ese punto de vista nos revelan el fondo de su alma.

Quienes se dirigieron espiritualmente por él, podrán verlo revivir en esas páginas que forman un tratado completo de vida espiritual. El Padre Wagner seguirá hablándoles desde este libro.

No lo tomes, lector, únicamente como documento que haya de servirte para conocer lo que fué su vida espiritual. Tómalo como manual que te dirija en tus propias meditaciones. Llévalo al templo o úsalo en tu casa. No lo leas todo de seguido. Lee cada vez que lo tomes en tus manos una página, o menos aún, un solo pensamiento y medítalo y hazlo tuyo y gobierna tu vida por él.

Mediante este librito, el Padre Jacobo Wagner seguirá siendo maestro y director espiritual tuyo hasta que llegue el día en que puedas unirte con él en el cielo.

Debo aclarar, por último, que si califico de mártir al Padre Wagner, no pretendo anticiparme al juicio de la Santa Madre Iglesia. No doy a esa palabra sino el sentido amplio y familiar que suele dársele en la conversación corriente.

PRIMERA PARTE

BIOGRAFÍA DEL PADRE JACOBO WAGNER

INFANCIA Y JUVENTUD

1884 - 1909

Tierra del Saar que yo amo sobre todas
las regiones del mundo,
ninguna como tú puede agradarme,
tierra fiel a Germania...
Donde el Saar va arrastrando en su corriente
las heroicas leyendas que llenaban
mis sueños infantiles.
Donde el rumor del bosque —aire entre ramas—,
sirve de fondo al dialogar alegre
del pájaro y la flor.
Donde el tesoro del carbón relumbra
como diamante en la profunda mina
y en el oscuro cielo resplandece
la roja incandescencia del ocaso...

En esa región alemana regada por el Saar, tan bellamente descrita en uno de los poemas escritos en su madurez, nació el niño Jacobo Wagner el 14 de noviembre de 1884.

El lugar donde vió la primera luz es Hültzweiler, pequeña aldea dependiente de la municipalidad de Saarlouis.

En la iglesia parroquial de su aldea natal —hermoso

templo de estilo renacimiento—, recibió las aguas bautismales dos días después de haber nacido.

De su familia sabemos muy poco, fuera de los nombres de sus padres y de sus ocho hermanos. Llamábase su padre Nicolás Wagner, y su madre Catalina Fuchs. Los nombres de sus hermanos eran: Nicolás, Bárbara, Matías, Margarita, Catalina, Juan, Pedro, Bautista.

Ignoramos el puesto de antigüedad que le correspondía en esa larga lista de hermanos. Lo que sabemos es que fué el último de todos en morir.

Fué la suya una familia de trabajadores fuertes y honrados que poseyó el rico tesoro de una religiosidad sencilla y firme: la mejor fortuna que se puede poseer en esta vida.

Su padre trabajaba en una de las minas de carbón de las colinas próximas a la aldea. En una de esas minas que hacen al Saar famoso en las estadísticas de la riqueza mundial y tientan desde hace siglos la codicia de la vecina Francia.

El recuerdo de su padre inspiró al Padre Wagner unos sentidos versos publicados muchos años adelante, cuando ya ausente de la patria, ejercía el apostolado misionero en las orillas del Plata. He aquí su traducción:

Florecieron ya doce primaveras
en mi tierra alemana
desde que te llevaron
a tu última morada.
En extranjera tierra yo vivía
mientras otros los ojos te cerraban.
No sé si cuando vuelva
tu tumba encontraré, ni si habrá en ella



El R. P. Wagner recién ordenado sacerdote, en 1909.

flores que el viento bese.
Sólo sé que hay un ángel a mi vera
que me dice: En el cielo
un día lo hallarás. Allá te espera.

La figura de su madre la adivinamos en los versos del hijo. Figura suave, difuminada en la lejanía del recuerdo:

Estrella mansa en medio de la noche
de mi dolor de ausencia y soledad...

El Padre Wagner debió heredar de ella su temperamento sentimental, manifestado siempre, pero especialmente cuando la recordaba. Ese recuerdo solía ser suscitado en las horas misteriosas del atardecer, tan propicias al despertar de la nostalgia:

Cuando en el horizonte
muere la luz del sol, surge tu imagen
brillando en mis recuerdos, suave y pura
como una mansa estrella...

Como todo corazón sensible obligado a vivir en soledad, muy lejos de la patria y del hogar natal, en los insomnios de las largas noches de su voluntaria expatriación, rememoraba la felicidad infantil al amparo de la madre:

¡Noches de soledad en lejanía
por tu recuerdo sólo iluminadas!
Te veo en ellas. Lleno de embeleso
oigo tu dulce voz, igual que cuando
siendo niño venías a dormirme
contándome una historia, interrumpida
por la evasión del sueño.

Recordaba particularmente las manos maternas. Manos laboriosas. Manos suaves florecidas de caricias:

> Esas manos que tanto se afanaron
> por mí,
> que jamás conocieron en la vida
> el tranquilo descanso de una fiesta...
>
> Tus manos maternales,
> como en lejanos días infantiles,
> se posan en mi frente y acarician
> las marcas que el dolor imprimió en ella
> con su agudo estilete.

De todos sus hermanos, el único que ha dejado huella, y por cierto trágica, en una de las poesías del Padre Wagner, fué Pedro, caído en plena juventud en los campos de batalla de Francia durante la guerra mundial de 1914. Recuerda el poeta el último paseo que dió en su compañía por las colinas próximas al pueblo natal y la sencilla despedida: "¡Hasta la vista en la patria!", dijo entonces Pedro mientras le abrazaba cariñosamente. Años más tarde recordaba el Padre Wagner ese "hasta la vista" y respondía a él desde tierras muy lejanas:

> Día de los difuntos. Los que viven
> van hoy al cementerio
> a renovar el diálogo
> con sus queridos muertos.
> Yo vengo silencioso a arrodillarme
> en extranjero suelo
> sobre tumbas por mí desconocidas,
> sintiendo ajenos duelos.

El ajeno dolor en mí despierta,
hermano, tu recuerdo.
Mientras mi ardiente amor tu nombre evoca,
hace ya largo tiempo
que en los campos de Francia ensangrentados
duermes tu último sueño.
Nadie llega a la vera de tu fosa
a ofrendarte una flor. Ni un compañero
tienes que vierta sobre ti una lágrima...
Pero yo, desde lejos,
te digo: Hermano, espera. La esperanza
no muere. ¡Hasta la vista
en la Patria del cielo!

Terminados los estudios primarios en la escuela de su pueblo natal, el 25 de abril de 1897, a la edad de doce años recibía el Padre Wagner la primera comunión. La emoción de ese momento trascendental perduró en su alma hasta el fin de la vida y le sirvió de orientación, como él mismo lo canta en una de sus emocionadas poesías:

El templo se parece
a un campo de azucenas
vestido y perfumado
por tu mano sutil, ¡oh primavera!
Coronada de blanco
la juventud hacia el altar se acerca
aún limpia de pecado
y en sus ojos brillante la inocencia.
El Señor, que en la albura de la Hostia
su majestad encierra,
firma pacto de Esposo
con tantas almas tiernas,
y como prenda de su amor enjoya
con diademas de estrellas sus cabezas.

¡Oh, domingo esplendente de blancura!
Te veo de mi infancia en la ribera
desde alta mar. Distingo las señales
que me haces, mientras ruge la tormenta.
Mas, pese a la braveza de las olas,
tus ráfagas de luz que hasta mí llegan
me salvarán, guardándome en el rumbo
de la casa paterna.

Pocos días más tarde, el 30 de abril, abandonaba por primera vez las fronteras de la patria para ingresar en el seminario menor de la Congregación redentorista de la Provincia de la Baja Alemania, establecido por entonces en la población holandesa de Vaals.

Su expatriación en edad tan temprana era consecuencia de una persecución religiosa.

Unos veinte años antes, Bismarck, el Canciller de Hierro, había desatado contra la Iglesia Católica la persecución denominada en la historia con el nombre de *Kulturkampf*, o sea, *Lucha por la Cultura.* Ninguno de los perseguidores que ha tenido la Iglesia a lo largo de los siglos ha querido reconocer que la perseguía. Todos han buscado motivos o excusas aparentemente razonables para dictar leyes y adoptar medidas contra la libertad de los creyentes, alardeando, no obstante, de respeto para con la Religión a la que realmente han perseguido.

Así decía Bismarck en substancia: No encarcelamos a los obispos y sacerdotes por el hecho de serlo, sino porque se oponen a las nuevas leyes alemanas. Expulsamos fuera del país a las Órdenes y Congregaciones como los jesuítas y sus parientes afines los redentoristas, no por-



El R. P. Wagner rodeado por los jóvenes del Centro San Clemente, de Montevideo, en 1915.

que sean instituciones católicas, sino porque son las que más firmemente se oponen a nuestros proyectos de cultura para el pueblo alemán.

Es cierto que en 1897 la persecución había fracasado, como siempre ocurre, gracias a la vitalidad eterna de la Iglesia que sobrevive invariablemente a sus perseguidores. Habían vuelto a establecerse en Alemania varias comunidades redentoristas, como las de Aquisgrán y Tréveris; pero la mayor parte de las comunidades pertenecientes a la Provincia de la Baja Alemania estaban aún radicadas fuera del país, en Holanda y en el Gran Ducado de Luxemburgo.

Al colegio seminario de Vaals, en Holanda, tuvo, pues, que expatriarse el niño Jacobo Wagner, a los trece años aun no cumplidos, haciendo el sacrificio de la patria para seguir el llamamiento de Dios.

Expatriado continuó por espacio de más de seis años, durante los cuales se consagró del todo a su formación espiritual y literaria, haciendo los estudios humanísticos propios del bachillerato en artes.

En el transcurso de todos esos años, ni siquiera durante las vacaciones escolares volvió a disfrutar de la compañía de la familia en el hogar natal, hasta que al fin del último año de sus estudios humanísticos fué a pasar una temporada al lado de los suyos antes de ingresar en el Noviciado.

El 14 de septiembre de 1903 vestía por vez primera el hábito redentorista y comenzaba el año del noviciado, dedicado enteramente al fomento de la piedad y a la meditación de las obligaciones con que había de abrazarse para siempre desde el día de su profesión religiosa.

También pasó ese año fuera de la patria, en la Capital del Gran Ducado de Luxemburgo, donde por entonces estaba radicado el noviciado de su Provincia redentorista.

Al término de su probación, los superiores lo encontraron digno de ser admitido como profeso de votos perpetuos en la Congregación fundada por San Alfonso María de Ligorio, y el 14 de septiembre de 1904 se consagraba al servicio del Señor por medio de la profesión religiosa.

Al día siguiente lo encontramos, ya de vuelta en la patria, dispuesto a comenzar sus estudios superiores de filosofía y teología en el hermoso colegio mayor que acababan de erigir los redentoristas en la pequeña localidad de Geistingen, suburbio campestre de la ciudad de Colonia.

Al cabo de cinco años de vivir consagrado por completo al estudio y a la oración, recibió la ordenación sacerdotal en el grandioso recinto de la catedral de Colonia el día 1º de agosto de 1909. Junto a él subía las gradas del altar su condiscípulo de toda la carrera, con quien había de convivir durante tantos años en las orillas del Plata, el Padre Juan Bautista Holzer.

De los sentimientos y disposición de ánimo con que llegó a abrazar el sacerdocio da testimonio una poesía compuesta años adelante. Tenía temple de mártir quien cantó esas bellas estrofas, y alma depurada en el crisol del corazón del divino Mártir del Calvario. Vale la pena meditarla, porque es todo un programa de sacrificio sacerdotal, que supo realizar a lo largo de su vida entera hasta su trágico y cruento fin.

El Sacerdote en el día de la Ordenación

Segundo Cristo

"¡El Nazareno!" Grita enloquecida
la turba, frente a Cristo encadenado,
lleno el rostro de sangre, con los ojos
en el suelo clavados.
Ni corona ni cetro de monarca
ostenta en su cabeza ni en su mano;
caña es el cetro, espinas la corona
que consuman su escarnio.
Sus ojos de que copia el firmamento
su limpio azul, traslúcidos como astros,
hacia sus enemigos se levantan
doloridos y mansos.
Parecen preguntar con su mirada:
"Pueblo mío, ¿qué males te he causado?
Todas las maldiciones de la tierra,
todo el dolor del mundo he soportado.
"¿Por qué me odiáis? ¿Tal vez porque del cielo
traje la libertad a los esclavos?
¿Porque a la multitud en el desierto
di de comer, acaso?
¿Porque sobre las frentes de los niños
signos de bendición trazó mi mano?
¿Porque en la noche oscura y dolorida
destellé como un faro
mis palabras serenas, luminosas
que el error y la angustia disiparon?
"Y de mi gran amor en recompensa,
¿no tenéis otro pago
que el de la cruz pesada
que me estáis preparando?"
Como el tronar del mar contra la roca
rueda por el espacio

el bárbaro clamor que le responde:
"¡Hay que crucificarlo!"

Joven, que en la mañana de tu vida
fuiste en tu hora más bella consagrado
para ser otro Cristo acá en la tierra:
esta es la ley del sacerdocio santo.
La corona de flores que a tus sienes
ciñan piadosas manos
presto se agostará. Las maldiciones
pronto sucederán a los aplausos.
No esperes recompensa acá en la tierra
por tus duros trabajos.
Tu corazón, entre la muchedumbre,
vivirá como un pobre solitario.
No hay para ti más premio en este mundo
que trabajar de espinas coronado.
Persevera tranquilo
y piensa mansamente sosegado
que tu gloria en la tierra es parecerte
a Cristo ante Pilatos.

SACERDOTE Y MISIONERO

1909 - 1927

DURANTE un año más permaneció el Padre Wagner completando sus estudios teológicos en la casa de estudios superiores de Geistingen.

En octubre de 1910 lo encontramos en la misma casa dedicado enteramente a los ejercicios de la vida de piedad y a la preparación inmediata del apostolado misionero en el segundo noviciado. Durante seis meses, según la costumbre vigente en la Congregación redentorista, no hizo otra cosa que acumular reservas de ciencia y de espíritu, puestos los ojos en el ideal apostólico característico de su sacrificada vocación.

Terminado el segundo noviciado en marzo de 1911, la voz de la obediencia le señaló el campo donde había de iniciar y consumar su fecunda vida de apóstol: las riberas del Plata.

El 14 de abril desembarcaba en el puerto de Montevideo y quedaba adscrito a la comunidad establecida en la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, situada en la calle Tapes, muy cerca de la avenida Agraciada.

Parece que estaba escrito que la vida entera del Pa-

dre Wagner debía estar jalonada por marcas de persecución. Ya vimos cómo para seguir el llamamiento de Dios a la vida religiosa se vió obligado a abandonar la patria por imperativo de las consecuencias de las leyes antirreligiosas de Bismarck. Pues bien, un mes después de su llegada a Montevideo, el presidente del Uruguay, Batlle y Ordóñez, tomaba una serie de medidas atentatorias a los derechos de la Iglesia, entre las cuales había una que afectaba a la existencia de las comunidades religiosas y especialmente al régimen de los noviciados.

Igual que todos los perseguidores, Batlle esgrimía hipócritamente el arma de la ley. Él no intentaba perseguir a la Iglesia, lo único que quería era hacer cumplir las leyes. Eso y nada más. Y para ello exhumaba la ley del 14 de junio de 1885 que dificultaba la fundación de nuevas casas religiosas, limitaba el número de novicios y prohibía la profesión religiosa a quienes no hubieran cumplido una edad que rebasaba con mucho la exigida por las disposiciones canónicas.

En un país donde la Constitución garantiza la más absoluta libertad a los ciudadanos para elegir el género de vida y de actividades que deseen y para vivir en la casa que más les acomode, cualquier ley que coarte esas libertades fundamentales resulta contraria a la Constitución, e incluso a la ley natural que está por encima de todas las leyes escritas, y nace, por lo tanto, viciada en su mismo origen. Es ley despótica y antidemocrática, por mucho que alardee de amor a la libertad quien la promulgue y quiera hacerla cumplir.

El texto del decreto, anticonstitucional y antijurídico, dictado por Batlle el 15 de mayo de 1911, un mes des-

pués de la llegada del Padre Wagner a Montevideo, era el siguiente: "Considerando: 1º Que está en vigencia la ley de 14 de junio de 1885 que establece medidas restrictivas y prohibitivas sobre los conventos y demás casas de religión en que se hace vida conventual. 2º Que es un deber del Poder Ejecutivo dar cumplimiento estricto a las disposiciones legales. 3º Que para velar por el cumplimiento de las disposiciones de la ley de 1885 se hace absolutamente necesaria una investigación en todas las referidas casas de religión. 4º Que es de pública notoriedad que se ha venido violando y se viola continuamente la ley de 1885 en cuanto se erigen casas religiosas no autorizadas y se aumenta el número de personas asiladas en ellas ... El Presidente de la República, decreta: 1º Nombrar una comisión con el encargo de informar a la brevedad posible al Poder Ejecutivo si las casas de religión a las que se refiere la ley de 14 de junio de 1885 han cumplido y cumplen con lo preceptuado en ella. 2º La comisión nombrada tendrá facultad para efectuar en dichas casas las visitas domiciliarias del caso. 3º Del resultado de su cometido la comisión elevará informe al Poder Ejecutivo dentro del término de dos meses."

En la ley que fundamentaba ese decreto había una disposición en virtud de la cual "Las novicias o novicios de las Órdenes Regulares que aun no hayan alcanzado el tiempo determinado por los reglamentos para la profesión de votos monásticos o religiosos serán devueltos a sus familias si son menores de edad, y si fuesen mayores de edad se les acuerda un plazo de tres meses para abandonar el convento."

Como consecuencia del decreto persecutorio, el noviciado redentorista establecido en Montevideo tuvo que ser trasladado a Buenos Aires y el número de Padres residentes en aquella comunidad hubo de ser disminuído.

El Padre Santiago Barth se trasladó, pues, a Montevideo, y desde allá se trajo a la residencia de las Victorias a los novicios y a los Padres Wagner y Holzer, recién llegados de Europa.

Seis meses duró por entonces la permanencia del Padre Wagner en Buenos Aires, durante los cuales fué ayudante del Maestro de novicios y se dedicó al aprendizaje del castellano.

En octubre de 1911 regresaba de nuevo a Montevideo, donde residió durante otros seis meses e inició con algunas breves salidas al campo su vida de misionero.

En el mes de marzo de 1912 volvía otra vez a las Victorias adscrito al grupo de misioneros de la comunidad. Durante dos años acompañó en las misiones a aquellos aguerridos apóstoles de la primera hora que fueron los Padres Johannemann, Noever, Maninger, Petriella, Guerrero, Karnbauer y Otón Robrecht. De ellos aprendió las tácticas misionales, de las que llegó muy pronto a ser maestro. En compañía de uno u otro de ellos recorrió pueblos y ciudades, llevando a las almas el mensaje de la redención, durante el bienio 1912-1914.

Su primera misión fué la de la parroquia de Balvanera, en la Capital Federal y en ella tuvo por compañeros a los Padres Otón y Noever. Durante los quince días que duró la misión se acercaron a la sagrada mesa cerca de 1.000 hombres y más de 5.000 fieles en total.

Excelentes fueron los resultados conseguidos en las parroquias de Mercedes, Balcarce, Pergamino, Junín y Baradero, donde en el transcurso de esos dos años ejerció el apostolado característico de los hijos de San Alfonso.

Durante el verano de 1914 llevó a cabo una penosa campaña misionera en los valles de Catamarca, recorriendo los pequeños poblados pertenecientes a las parroquias de Belén, Tinogasta y Londres durante más de tres meses. El calor abrasador de aquellos profundos valles rodeados de altas montañas le cubrió de ampollas y úlceras el rostro y las manos mal aclimatados todavía a los rigores del sol en zona tan elevada y próxima al trópico; pero dió por bien empleadas las molestias sufridas, gracias a los consoladores frutos recogidos entre aquellas almas sencillas y de fe profundamente arraigada.

Familiarizado ya con el idioma y convertido en maduro apóstol, fué trasladado de nuevo a Montevideo en abril de 1914 y a esa comunidad quedó adscrito como misionero hasta bien entrado el año 1927.

Durante esos trece años de fecunda vida apostólica recorrió todos los Departamentos del Uruguay en continuas campañas evangélicas, acompañando muchas veces al preclaro obispo misionero Monseñor Stella en las largas visitas pastorales realizadas en su vasta diócesis de la República Oriental.

Más de setenta fueron las misiones que durante esos años llevó a cabo tanto en las parroquias de Montevideo como en las ciudades y pequeños pueblos del interior. En Montevideo se recuerdan sus misiones en las parroquias del Reducto, Aguada y Perpetuo Socorro, y en el campo, especialmente, las de poblaciones tales co-

mo Artigas, Bella Unión, Salto, Paysandú, Sarandí del Yi, Colonia Suiza, Tala, Las Piedras, Montes, Fray Marcos... Lugares todos donde todavía se añora con cariño la bondad que por todas partes fué sembrando. Porque esa fué la nota característica de su apostolado. Más que un elocuente orador fué un buen Padre que atraía a las almas con la bondadosa amabilidad de su corazón siempre abierto a la compasión y a la dulzura.

Durante las temporadas que permanecía en la residencia del Perpetuo Socorro, entre misión y misión, tampoco conoció el descanso. Eran muchas y muy selectas las almas que buscaban su luminosa dirección por los caminos de la perfección cristiana y no pocas las comunidades religiosas que lo buscaban para dirigir sus cursos de ejercicios espirituales.

Al poco tiempo de residir en Montevideo, dándose cuenta del abandono espiritual en que vivía la juventud del barrio que rodea la iglesia del Perpetuo Socorro, solicitó y obtuvo de los superiores el permiso necesario para fundar un centro recreativo y cultural que fué bautizado con el nombre de *Centro de Jóvenes San Clemente.* No pocos de los mejores hombres católicos de Montevideo proceden hoy de esa institución que les afirmó en la fe y en el amor a la Iglesia. Durante diez años fué el Padre Wagner director del centro que con tan generosa ilusión fundara en 1914.

Todas estas ocupaciones ministeriales llenaban su vida sacerdotal; pero no hasta el punto de absorber su vida interior. El Padre Wagner fué uno de esos hombres metódicos que, sin atarse a una seca reglamentación de minutos, sabía sacar tiempo para todo. Tenía

sus horas para la oración y para el estudio. Leía mucho. No solamente en esa época, sino hasta en las últimas semanas de su vida, poco antes de caer en el lecho para no levantarse más, buscaba las últimas novedades en libros referentes a asuntos de su predilección: piedad, historia, literatura. Era rara la vez que uno entrara en su pieza y no lo encontrara rezando o leyendo.

Durante los años de residencia en Montevideo escribió incansablemente. Son muchos los cuadernos de apuntes espirituales que por entonces llenó. Y es precisamente de ellos de donde hemos de sacar el contenido de la segunda parte de este libro.

Casi todos los años, en la época que venimos recordando, hizo alguna excursión apostólica por las provincias argentinas de Buenos Aires y Entre Ríos. Entre las misiones que por entonces predicó en estas provincias fueron particularmente fructuosas las de Bolívar, Balcarce, San José de Flores, Avellaneda, Villaguay, Rosario Tala, así como las temporadas que dedicó a las colonias de lengua alemana del sur de la provincia de Buenos Aires y del territorio de La Pampa.

El 18 de abril de 1926, después de quince años de sacrificadas campañas misioneras, tenía bien merecido un viaje de descanso a la patria y, efectivamente, embarcó rumbo a Europa, donde, como el mismo escribía, "con tantas ansias le esperaba su anciana madre". Entonces fué cuando cantó:

> Después de largos años
> de ausencia y añoranzas
> vuelvo en la primavera
> a los floridos campos de mi patria.

De nuevo oigo la voz que allá a lo lejos
dulcemente sonaba
—recordándome el cántico
de los remotos días de la infancia:
"¿Qué es de ti, viejo amigo?
¿dónde ahora te hallas?"...
Estoy aquí. Desde las lejanías
del mar azul y la anchurosa pampa,
sostenido en las alas del deseo,
hasta ti me ha traído la nostalgia.

El regreso al hogar después de muchos años de ausencia resulta siempre una batalla de emociones. El recuerdo de los que faltan anubla la alegría del encuentro con los que aun quedan.

No sé si cuando vuelva
tu tumba encontraré, ni si habrá en ella
flores que el viento bese...

Así cantó el Padre Wagner en vísperas del viaje, pensando en el momento amargo que había de pasar al regresar a la patria y no encontrar en el hogar natal al padre a quien tanto y tan tiernamente había amado. Encontró, sí, su tumba y el cariño filial seguramente le hizo hallar flores con qué adornar la tierra sagrada de la sepultura paterna.

Los últimos años de su anciana madre fueron, en cambio, alegrados con la presencia del hijo cariñoso que se convirtió para ella en aparición luminosa que le ayudó a soportar los sacrificios de su laboriosa ancianidad. Cuatro años más tarde volaba al cielo. Su hijo no volvería a verla más en este mundo.

RECTOR DE LAS COMUNIDADES DE MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

1927 - 1932

Unos meses después de su regreso del viaje a Europa le llegaba al Padre Wagner desde Roma el nombramiento de Rector de la comunidad de Montevideo. Fué en el mes de abril de 1927 cuando asumió el nuevo cargo. Hasta entonces su ocupación principal había consistido en la predicación de las misiones. Desde ese momento se opera un cambio fundamental en la orientación de su vida.

Ya no le veremos, sino muy raras veces, reanudar las actividades de apóstol trashumante y andariego que han llenado un ciclo de dieciséis años enteros de su fecunda existencia.

Sólo en contadas ocasiones vuelve a visitar su predilecta capilla de la Fagina, en el Uruguay, levantada gracias a su iniciativa y a las limosnas que logró reunir entre las almas piadosas que admiraban su celo. Alguna otra parroquia de la República Oriental y las colonias alemanas del sur de la provincia de Buenos Aires fueron también visitadas de tiempo en tiempo en diversas misiones que les consagró.

Fuera de esas escasas misiones, predicó algunos cursos de ejercicios espirituales a comunidades religiosas y al clero de la ciudad de Buenos Aires en la vieja Casa de Ejercicios de la calle Independencia, y bastante más tarde, siendo ya Provincial, al mismo clero porteño en el Retiro Cardenal Copello y a los sacerdotes de las diócesis de Azul y Santiago del Estero.

Su actividad no fué por eso menos fecunda a lo largo del quinquenio en que gobernó las comunidades de Montevideo y las Victorias.

Tanto en Montevideo como en Buenos Aires supo ganarse el amor de sus súbditos con la bondad de su corazón paternal, siempre tranquilo y sereno, enemigo de la precipitación al tomar resoluciones, buen aliado del tiempo que suele ser ordinariamente el mejor arreglador de los pequeños conflictos de la vida conventual, tolerante en medio de los menudos tropiezos intrascendentes, siempre el primero en cumplir con el deber de cada hora, sabedor de que la ejemplaridad en el cumplimiento de las obligaciones comunes es el medio mejor de mantener la observancia en una casa religiosa.

Sin caer en la exageración de declararlo perfecto en el desempeño de su cargo de Superior, bien podemos decir los que tuvimos la suerte de tenerlo por Padre, que hemos conocido muy pocos que con él pudieran compararse y menos aún que lo superaran en lo esencial de las dotes de gobierno.

Era proverbial su amor a las iglesias de que fué Rector y a las comunidades que gobernó. Celoso promotor de toda obra material o espiritual que cediera en ventaja de la comunidad o del esplendor del culto.

Se reservó siempre la asesoría de la Archicofradía del Perpetuo Socorro, principal institución en las iglesias del Instituto Redentorista, así como la Obra de los Tabernáculos dedicada a la reparación y confección de ornamentos para nuestros templos y otras iglesias pobres.

A fin de ayudar a los misioneros para que éstos pudieran dejar algún recuerdo piadoso a todos los fieles que participan en los actos de la misión, fundó o hizo florecer la Obra de los Detentes, o insignias del Sagrado Corazón confeccionadas por piadosas señoras y señoritas. Alcanza probablemente a millones la cantidad de esas insignias elaboradas por la Obra y repartidas por nuestros misioneros en todos los ámbitos de las Repúblicas del Plata.

Pero el ministerio predilecto del Padre Wagner desde los años que estamos recordando hasta el fin de su vida, fué el de la dirección de almas en el confesonario. Efectivamente, el confesonario fué la habitación donde vivió más horas durante los últimos veintiocho años de su vida. Casi podríamos decir que era su obsesión. Sin distinguir clases ni sexos, atendía en él con la misma paternal bondad a cuantos se le acercaban en busca de perdón y de consejo. La bondad con que a todos acogía y confortaba era el atractivo que congregaba en torno de su confesonario a tan gran cantidad de fieles.

Como redentorista amaba ardientemente a su Congregación y ansiaba verla extendida por todos los ámbitos de sus patrias de elección: la Argentina y el Uruguay. Hemos de ver las obras que llevó a cabo más adelante con el fin de aumentar el número de misioneros alfonsianos.

Mientras fué Rector de Montevideo experimentó la alegría de ver elevado al honor y a la responsabilidad del episcopado a Monseñor Miguel Paternain, una de las primeras vocaciones redentoristas logradas en la patria de Artigas. Al Padre Wagner le cupo la dicha de organizar como Superior la gran fiesta de la consagración episcopal de Monseñor Paternain, obispo de Florida y Melo, en nuestra iglesia del Perpetuo Socorro de Montevideo el 21 de julio de 1929. Fué ése un día grande que rubricó con elocuencia la capacidad de la provincia redentorista del Plata para formar sacerdotes eminentes y capaces de dar días de gloria a la Iglesia y a la Congregación alfonsiana.

Unos meses antes había viajado el Padre Wagner desde Montevideo a las colonias de habla alemana del sur de la provincia de Buenos Aires para predicar en la primera misa del Padre Alfonso Schwind, quien andando el tiempo había de llegar a ser gran misionero, excelente superior y actualmente Consultor General para todas las provincias redentoristas de América del Sur en la Curia Generalicia de Roma. El Padre Alfonso Schwind era uno de los muchos sacerdotes redentoristas nacidos en aquellas colonias a las que tanto amó y en las que trabajó con tanto cariño el Padre Wagner.

El 12 de mayo de 1930 llegaba de Roma para el Padre Jacobo Wagner el nombramiento de Rector de la iglesia y comunidad de las Victorias en Buenos Aires, que ponía fin a los dieciocho años de su residencia en Montevideo.

Durante dos años permaneció al frente de la comunidad porteña como superior ejemplar, poniendo a su ser-



El R. P. Wagner en compañía de su fraternal amigo y compatriota Mons. Maurer, redentorista, Arzobispo de Sucre.

vicio las mismas dotes de bondad, prudencia y espíritu de sacrificio de que tan hermosas pruebas había dado en Montevideo.

Durante ese bienio emprendió y llevó a cabo grandes reformas en la residencia, que resultaba demasiado estrecha e incómoda para la vida de una numerosa comunidad. Bajo la competente dirección del arquitecto Carlos Massa hizo construir una nueva ala de tres plantas orientadas al norte con amplias galerías bien soleadas y habitaciones para los Padres y Hermanos. En la antigua ala del edificio alineada sobre la calle Libertad hizo instalar el nuevo local para la biblioteca con tres pisos de estanterías, que permiten, sin auxilio de escaleras, alcanzar fácilmente cualquiera de los trece mil volúmenes que la integran en la actualidad.

No llegó a terminar como Superior el trienio a que normalmente hubiera debido extenderse su gestión. El 14 de marzo de 1932 pasaba a mejor vida, asistido por él, el Padre Pedro Wienen, Superior Viceprovincial de las casas del Instituto alfonsiano en las Repúblicas Argentina y Uruguaya. El Padre Wagner, que era su primer Consejero oficial, quedaba interinamente al frente de la Viceprovincia.

El 11 de mayo llegaba de Roma el diploma que le confirmaba definitivamente en su nuevo cargo.

SUPERIOR VICEPROVINCIAL Y PROVINCIAL

1932 - 1950

Las comunidades redentoristas establecidas en el Uruguay y la República Argentina formaban en 1932 una organización llamada Viceprovincia Argentina y algo más tarde Viceprovincia de Buenos Aires. Esta agrupación de comunidades no era del todo autónoma dentro de la gran familia alfonsiana que se extiende por casi todas las naciones del mundo, pues dependía de la Provincia de la Baja Alemania, o del Rin, hoy llamada Provincia de Colonia, bajo cuya égida había sido fundada y cuyos Padres y Hermanos nutrían su personal desde 1883.

El Padre Wagner fué nombrado Viceprovincial, o sea, Superior mayor de todas las comunidades de la Viceprovincia Argentina. Como tal gozaba prácticamente de todas las facultades que el Provincial de Alemania tenía para el gobierno de las comunidades de su propio país.

Cuando asumió el mando de la Viceprovincia ésta contaba con las siguientes comunidades: Nuestra Señora de las Victorias en Buenos Aires, Nuestra Señora del

Perpetuo Socorro en Montevideo, San Alfonso en Salta, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro en Rosario, San Gerardo en Tucumán y San Roque en Goya (Corrientes).

Para la educación y formación de los futuros misioneros que engrandecieran la Viceprovincia hasta que ésta tuviera el número conveniente de Padres y Hermanos para ser autónoma y depender directamente del General que gobierna toda la Congregación desde Roma, sólo contaba en 1932 con el colegio, o seminario menor, de Bella Vista, en el que hacían los estudios secundarios de humanidades alrededor de sesenta o setenta niños y jóvenes aspirantes al sacerdocio misionero.

De Bella Vista pasaban los jóvenes al noviciado que, por falta de casa especialmente adecuada, funcionaba unas veces en Buenos Aires, otras en Montevideo, otras en Salta y aun algunos años en España.

El Padre Wagner había apoyado poco antes de su nombramiento de Viceprovincial la gestión de su antecesor el Padre Wienen para fundar un noviciado permanente en terrenos próximos a Manuel Ocampo (Provincia de Buenos Aires), generosamente donados a la Congregación por la familia Ocampo. Al asumir el mando de la Viceprovincia ya estaba funcionando regularmente el noviciado en aquella extensa y hermosa finca donde se había construído una casa dotada de las instalaciones necesarias para llenar su fin.

Lo que no tenía aún la Viceprovincia era una casa de estudios superiores en la que pudieran terminar su carrera sacerdotal los estudiantes clérigos egresados del noviciado. A causa de ello, durante largos años debieron



El Colegio San Alfonso en Villa Allende, fundado por el R. P. Wagner.
En el cementerio próximo descansan sus restos mortales.

nuestros jóvenes hacer sus estudios de filosofía y de teología, primero en Alemania y desde el año 1915 en España.

Fué el Padre Wienen el que pensó en solucionar ese problema adquiriendo un terreno de 150 hectáreas en la localidad de Villa Allende, fuera de la villa, a distancia de diez y ocho kilómetros de Córdoba. Faltaba por pagar la última cuota para la adquisición de la propiedad del campo cuando el Padre Wienen falleció.

Tal fué la primera ocupación asumida por el Padre Wagner al tomar posesión de su cargo. Para independizar inmediatamente el estudiantado de la Viceprovincia, al mes siguiente a su nombramiento, sin haber recibido aún el diploma oficial que le confirmara en su puesto interino de Superior mayor, trasladó el noviciado a Salta, instaló a los estudiantes en Manuel Ocampo haciéndolos venir de Europa, e hizo ocupar por una pequeña comunidad de Padres y Hermanos unas casitas que existían desde antiguo en la finca de Villa Allende recientemente adquirida, a fin de que fuera preparándose el terreno para la construcción de la gran casa de estudios superiores que proyectaba.

Dos años más tarde, el 20 de mayo de 1934 se ponía la piedra fundamental del edificio. Al año siguiente estaban terminadas dos de las cuatro alas del mismo. El 21 de julio se inauguraba el nuevo estudiantado internacional integrado por jóvenes clérigos argentinos, uruguayos, brasileños y chilenos, a los que andando el tiempo habían de sumarse los peruanos y bolivianos.

La grandiosa obra quedó completamente terminada el 12 de julio de 1942. El Estado había contribuído con

la suma de 100.000 pesos votados por el gobierno del doctor Castillo. Esa cantidad representaba aproximadamente el diez por ciento del total exigido por la magnitud del edificio. El resto se debió en parte a la señora marquesa pontificia doña Adelia Harilaos de Olmos, que subvencionó totalmente la iglesia adosada a la casa; al doctor Carlos Zubizarreta, con cuyo valioso aporte se edificó el ala correspondiente a la fachada principal, y lo demás a donaciones anónimas menos importantes y a los recursos aportados por las comunidades redentoristas de toda la Viceprovincia.

Para aumentar el número de vocaciones de niños aspirantes al sacerdocio redentorista proyectó y llevó a cabo el Padre Wagner diversas obras, tales como el aspirantado de Quilmes, fundación hecha por él en la hermosa finca donada por doña María Harilaos de Olmos, en cuyo centro se levanta la suntuosa iglesia de Nuestra Señora de Lourdes. El edificio del aspirantado, ampliado convenientemente, fué más tarde convertido en monasterio de la Orden de Madres Redentoristas.

Otro pequeño aspirantado abrió en la localidad sureña de Darregueira; pero duró poco su funcionamiento.

El más importante de esos colegios vocacionales fué el que erigió primero en la comunidad de Montevideo y trasladó en 1945 a la propiedad adquirida por gestiones del Padre Morales Arrillaga en la localidad de La Paz, situada a corta distancia de la capital uruguaya. Hermosa finca y bello chalet convenientemente reformado para dar cabida a una veintena de niños que terminan en sus aulas los estudios primarios antes de pasar a cursar la enseñanza media.

También en Villa Allende reservó una parte del gran edificio del estudiantado superior para dar cabida a treinta pequeños escolares que perfeccionan allí su educación primaria.

El aumento del número de vocaciones que todo esto supone, le obligó a pensar en la ampliación del colegio apostólico de Bella Vista, centro en el que completan los siete cursos de enseñanza media los jóvenes, futuros misioneros. Hacia el final de su provincialato comenzó las importantes obras de ampliación que había de terminar su digno sucesor, Padre Ricardo Baztán.

La lista de las obras materiales llevadas a cabo por el Padre Wagner no se limitan a las reseñadas tan brevemente.

En septiembre de 1936 fundaba la casa de Darregueira, destinada a ser, no sólo parroquia de la población, sino activo centro misional desde el que los Padres de la comunidad habían de irradiar el apostolado característico de la Congregación a los inmensos campos del sur de la provincia de Buenos Aires, La Pampa y los territorios de la Patagonia.

En abril de 1937 aceptaba la parroquia de San Roque, en Goya, con un gran campo de acción parroquial. Los misioneros de esa residencia recorren incesantemente las provincias de Corrientes, Misiones y norte de Santa Fe.

En 1940, el Eminentísimo Cardenal Copello confiaba al Padre Wagner, que fué su confesor durante un decenio, la fundación de la casa de ejercicios "Retiro Cardenal Copello" y la atención de la adjunta parroquia, consagrada desde entonces a la tutela de San Alfonso

María de Ligorio. La obra entera de la casa y la ampliación de la antigua capilla fué íntegramente costeada por el Eminentísimo Señor Cardenal, quien la entregó a la Congregación redentorista en usufructo perpetuo.

Todas estas fundaciones ampliaban sustancialmente el ámbito de la Viceprovincia y la colocaban en situación de bastarse a sí misma a corto plazo. Por esta razón, sin duda, la Curia generalicia de Roma creyó llegado el momento de conferirle la autonomía y, en efecto, el 31 de octubre de 1943 recibía el Padre Wagner la comunicación por la que se decretaba la fundación de la nueva Provincia de Buenos Aires y era él nombrado primer Superior Provincial de la misma.

Durante toda esta época, si es cierto que no escasearon los trabajos y tribulaciones inherentes a toda gran empresa, no es menos verdad que tampoco le faltaron consuelos y satisfacciones.

Así, la iniciación de la causa de beatificación del Siervo de Dios Víctor Loyódice, preclaro redentorista con quien tan íntimamente había tratado durante los primeros años de residencia en la comunidad de Montevideo. Hermosísimas fueron las fiestas que con tal motivo se organizaron en la capital uruguaya. Conmovedora la peregrinación porteña presidida por el Padre Wagner, cuya organización había encomendado al Padre Morales Arrillaga. Enternecedor hasta las lágrimas el traslado de los venerables restos del Padre Loyódice desde el cementerio al sepulcro preparado en nuestra iglesia del Perpetuo Socorro. El proceso arquidiocesano se terminó durante el provincialato del Padre Wagner y la causa de beatificación sigue sus trámites en la Curia Romana.

Gran alegría le causó también la elevación a la dignidad episcopal del Padre José Weimann, amigo y colaborador suyo durante tantos años en la iglesia de las Victorias. La consagración de Monseñor Weimann, obispo de Santiago del Estero, tuvo lugar en la iglesia de las Victorias, de la que había sido Rector, el 8 de setiembre de 1940. Actuó de consagrante el nuncio de Su Santidad Mons. Fietta, que también tenía por confesor al Padre Wagner, acompañado por Mons. Devoto y por el obispo redentorista Mons. Paternain, y asistió a la ceremonia en el trono levantado en el presbiterio Mons. Lafitte, arzobispo de Córdoba, que tantas muestras de aprecio ha dado a nuestra Congregación.

Durante estos años realizó tres viajes a Europa. El primero duró desde el 1º de diciembre de 1933 hasta el 19 de abril del año siguiente. Durante ese viaje conferenció en Roma con el Superior General acerca de la construcción y financiación de la casa de estudios superiores de Villa Allende y de diversos problemas referentes al gobierno de la Viceprovincia.

Después de la obligada visita a la patria, tan conmovedoramente añorada por él, regresó en compañía del anciano Padre Johannemann, que pocos meses antes había vuelto a Alemania con ánimo de permanecer trabajando en ella por la salvación de las almas hasta el término de sus días. El Padre Johannemann, que había trabajado con tanto éxito, rodeado de gran prestigio, durante cincuenta años en las Repúblicas del Plata, sufrió la decepción que embarga a todos los que por largos años han vivido lejos del país natal. Habían ocurrido demasiadas cosas en Alemania desde 1884 hasta la época del

Tercer Reich para que la encontrara semejante a lo que fuera en los años de su juventud. Comprendió que su patria verdadera era la tierra que había regado con sus sudores de apóstol y a ella regresó con el corazón traspasado por el desengaño, para morir seis días después del arribo a Buenos Aires.

El segundo viaje que hizo como Viceprovincial llenó las fechas que median entre el 14 de febrero y el 6 de julio de 1936. A la ida hizo una rápida visita a las comunidades redentoristas del Brasil. En Roma y en Alemania conferenció con los superiores mayores y asistió como vocal de la Viceprovincia Argentina al Capítulo General de toda la Congregación celebrado durante el mes de abril.

El tercer viaje por Europa lo hizo ya como Provincial, acompañado del vocal de la Provincia Padre Arturo Solares, para tomar parte en el primer Capítulo General de la postguerra, en el que fué elegido el Padre Leonardo Buijs Rector Mayor del Instituto alfonsiano. Salió de Buenos Aires el 2 de febrero y regresó el 12 de junio de 1947.

Con los otros dos viajes que realizó posteriormente, formando como confesor parte del séquito del Eminentísimo Cardenal Copello, fueron seis las travesías redondas a Europa que completó en los veintinueve años últimos de su vida.

Como Superior Viceprovincial y Provincial supo mantener el idealista espíritu misionero y la observancia religiosa en las comunidades puestas a sus órdenes. El número de trabajos apostólicos se acrecentó en proporción correspondiente al aumento de misioneros egresados de

la casa de estudios de Villa Allende. Y la bondadosa amabilidad con que presidía el despliegue de fuerzas espirituales de todas sus comunidades parecía acrecentarse con los años.

Él era el primero en dar ejemplo con su constancia inspirada en el espíritu de sacrificio, que le mantenía largas horas en su predilecto puesto de trabajo del confesonario de la iglesia de las Victorias, sin buscar ni pretender otro premio que el de la consolación y santificación de las almas, a quienes confortaba con invariable solicitud paternal.



Altar mayor de la iglesia de las Victorias
(16 de junio de 1955).

SEMBLANZA ESPIRITUAL

La fisonomía espiritual del Padre Wagner podría concretarse en una sola frase, con decir simplemente de él que fué un Padre lleno de bondad.

Él mismo se retrató de cuerpo entero en un escrito íntimo de los últimos años de su vida, que sólo hemos podido leer después de su muerte. En el reverso de una estampa del Sagrado Corazón escribió los siguientes versos blancos redactados en su idioma natal, que traduzco casi literalmente al castellano:

Mi Lema

¡Señor! Tú quieres sacerdotes santos
que hablen siempre a las almas de tu amor,
y a los desheredados sin amparo,
y a los desesperados que en la vida
andan sin rumbo
les inspiren confianza y les enseñen
que tienen en Ti un Padre.
Dame tiempo y paciencia
para escuchar y consolar pesares.
Haz que tenga por vano y por perdido
el día en que no diere testimonio
de tu amor paternal

con un consuelo de palabra o de obra
prodigado a quien sufra.
Por todos quiero trabajar y a todos
aliviar los afanes
con amor entrañable e ingenioso.
Haz que jamás olvide
que si vivo en la tierra
sólo es para servir
igual, Señor, que como Tú servías.

Así era el Padre Wagner. Sacerdote santo, según el corazón de Dios, que consumió su vida en el trabajo y el sacrificio, en acto continuo de servicio al lado de Jesucristo, Divino servidor de los que sufren.

El secreto de su constancia en atender a centenares de penitentes en el confesonario en jornadas de escondido trabajo de seis y más horas, durante años y años, queda revelado en ese lema que no fué escrito para que lo leyeran los demás, puesto que no fué conocido hasta después de su muerte.

Sólo Dios sabe el número de "desheredados sin amparo" a quienes socorrió con las limosnas que ponían en manos del Padre Wagner sus penitentes. Ninguno de los que se acercaron a él dejó nunca de ser socorrido. Él mismo, que había recibido tantos donativos y regalos, murió tan pobre que no pudo encontrarse cosa de provecho que pudiera servir de recuerdo a quienes lo solicitaban como reliquia venerable. Todo lo iba dando a medida que lo recibía. Su guardarropa consistía en el hábito que vestía y el único par de zapatos que calzaba.

Muchas veces fué engañado por explotadores de la caridad que iban a contarle necesidades y miserias fingidas.

En tales casos solía decir: "¡Pobrecitos! No se verían obligados a desempeñar ese triste papel, si no lo necesitaran."

La mayor parte de su vida la pasó consolando aflicciones. En muchas frases que ha dejado escritas nos revela el fondo de su alma llena de aquel espíritu de fe que le inspiraba su permanente comunión con Cristo.

En tiempo de persecución consolaba a los que se sentían afligidos por los ataques despiadados contra la Iglesia:

"No temáis. La Iglesia triunfará. Sólo la Iglesia ha permanecido firme e invariable en medio de los tronos derribados y de los mapas hechos jirones, como el roble secular en lo alto del monte entre los débiles arbustos tronchados por el viento."

"Tenemos que resistir —escribía en otra ocasión parecida— los ataques de esos hombres llenos de orgullo y odio contra la religión que quieren separarnos y separar a la patria de los brazos de nuestra Madre la Iglesia. La Iglesia está bajo la protección de Dios. Los hombres, por poderosos que parezcan, nada pueden contra ella. A pesar de sus burlas, de sus comedias, de sus blasfemias, la religión siempre será verdadera y santa. Podrán herirla; pero jamás lograrán deshacerla. Los enemigos de hoy pasarán, como los de ayer, al olvido. Día vendrá en que nadie se acordará de ellos sino para maldecir su triste memoria."

A almas desoladas por la pérdida de seres queridos escribía para inspirarles resignación:

"No llores como los que no tienen esperanza y no creen en la aurora que brilla más allá de las tinieblas de la noche... La muerte no es más que una despedida.

Un *hasta luego,* después del cual vendrá un nuevo encuentro que no se interrumpirá jamás."

"Algo muy grande se oculta en el sufrimiento, cuando Dios no ha llamado bienaventurados a los que ríen sino a los que lloran."

"Las lágrimas son como el agua del mar que se endulza subiendo a las nubes."

"No hay tempestades eternas. Cuando Dios ve cumplida la misión salvadora del dolor, tiende su iris de paz en medio de las nubes sombrías."

"Madre, enjuga tus lágrimas. Cuando tú también franquees un día las puertas del cielo, ese hijito tuyo que ya es compañero de los ángeles saldrá a tu encuentro y no se apartará más de tu lado."

"No vivimos aislados en este mundo. No vivimos limitados por estos horizontes tan estrechos que parecen las paredes de una cárcel. Con sólo extender la mano desde la tierra, en el Corazón de Jesucristo hallamos las manos de aquellos cuya muerte lloramos. Y a nuestra vez, cuando hayamos salido de esta vida, en el Corazón de Jesucristo enlazaremos nuestras manos con las de aquellos que lloren nuestra muerte."

A algunas almas afligidas por la duda de si se habría salvado alguno de sus parientes que no había llevado una vida del todo ejemplar, escribía también:

"Nuestra Madre la Iglesia a nadie condena. Promulga decretos para atestiguar que un alma santa está en el cielo; pero jamás para declarar que alguien está en el infierno."

"Entre el último suspiro de un moribundo y la eternidad hay un abismo de misericordia."

"Entre las sombras confusas de la última hora, en que la mirada del hombre no discierne nada, cuando el alma parece volar sobre los labios como un ligero soplo, en el momento en que Dios desciende para recogerla, ¿quién será capaz de penetrar el misterio de amor que oculta ese trance?"

En cierta ocasión le oí decir en substancia: Nunca hice caso de acusaciones anónimas contra mis súbditos y, antes de proceder, he tratado siempre de asegurarme bien sobre la culpabilidad o inocencia de los demás, sin dejarme seducir por las apariencias que, muchas veces, a primera vista engañan. Para mí no sería prueba concluyente de la culpabilidad de alguien la fotografía de un hecho, porque podría haber sido amañada y compuesta.

La delicadeza con que procedía, incluso en casos de grave culpabilidad, era extraordinaria. Hace algunos años fuí testigo de un hecho que resume la fisonomía moral del Padre Wagner, mejor que pudieran hacerlo todas las palabras.

Un sacerdote, que anteriormente había dado claras muestras de enajenación mental no suficientes, sin embargo, para justificar su retiro a un sanatorio, cometió una grave falta penada por las leyes eclesiásticas con la expulsión del Instituto a que pertenecía. El Padre Wagner, deseoso de salvar aquella pobre alma, investigó el lugar donde se hospedaba el sacerdote después de haber abandonado su casa religiosa. Conseguido este intento, cierta noche se vistió de civil para salvaguardar la apariencia de honor del culpable y fué a la casa donde éste se había hospedado. Le habló al corazón de tal ma-

nera que, a las pocas palabras, lo redujo a mejor modo de obrar e inmediatamente lo llevó a su convento. Días después, el mismo Padre Wagner, tras las diligencias propias del caso, le consiguió un puesto en una diócesis lejana donde pudiera tener ocasión de regenerarse volviendo al buen camino.

Comentando el hecho, decía: En todos los trámites del caso, no hice sino acordarme del Buen Pastor que trata por todos los medios de salvar a la oveja perdida, e imitar su infinita misericordia.

Así justificaba con las obras el anhelo expresado en el lema antes transcrito:

> Si vivo en la tierra
> sólo es para servir
> igual, Señor, que como Tú servías.

PERSECUCIÓN Y MARTIRIO

1951 - 1955

A principios de 1951 quedaba el Padre Wagner aliviado del peso de su cargo de Provincial. Bien merecido tenía el descanso, después de haber soportado las responsabilidades inherentes al puesto que durante más de diez y ocho años había honrado con sus virtudes. Pero la Curia generalicia de Roma no podía prescindir del todo en el gobierno de la Provincia argentina del concurso de varón tan experimentado y fuerte aún en energías físicas.

A pesar de haber cumplido los sesenta y seis años, el Padre Wagner poseía una naturaleza excepcional. Su robusta corpulencia proporcionada a la estatura prócer que le hacía sobresalir entre cualquier muchedumbre, se había mostrado siempre rebelde a toda enfermedad. Una gripe fuerte en Buenos Aires y una tremenda insolación sufrida a consecuencia de un viaje por Corrientes en una de sus visitas a la casa de Goya realizadas todos los años en plena canícula, fueron las únicas dolencias que le hicieron guardar cama algunos días. El menosprecio en que tenía a la medicina rayaba en los límites de lo irrespetuoso. Y probablemente, la falta de confianza en los

médicos, entre los que contaba con distinguidísimos amigos, contribuyó a la aceleración de su fin.

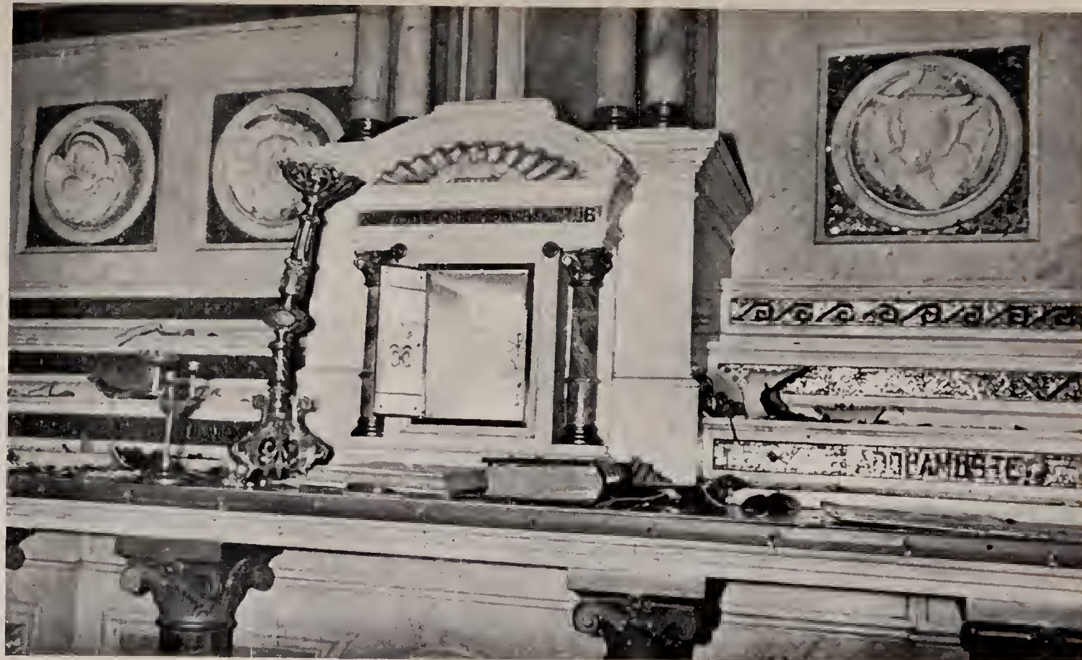
Por otra parte, sus dotes de prudencia y consejo se habían acrecentado con la experiencia que dan los años, y todo ese conjunto de cosas movió a los superiores mayores a confiarle los cargos de Rector de la comunidad de las Victorias y consejero admonitor de su sucesor en el provincialato, el Padre Ricardo Baztán.

Durante tres años desempeñó esos cargos de confianza, sin variar en un ápice su ejemplar y sacrificada conducta, al frente de la comunidad de las Victorias y en sus familiares puestos de trabajo silencioso, rodeado cada vez de mayor número de almas que buscaban su dirección espiritual.

A primeros de marzo de 1953 fué confirmado de nuevo en su puesto de Rector de las Victorias.

Ya por entonces se hacía sentir cada vez más claramente en el ambiente del país el descontento creciente fomentado por la tiranía del poder estatal que, después de corromper a la clase obrera con sus propagandas demagógicas y de avasallar todas las instituciones vitales de la Nación, daba claras muestras de hostilidad frente a la Iglesia, a la que antes hipócritamente había querido conquistar con el soborno de dádivas que a algunos pudieron parecer desinteresadas.

El recelo contra la Iglesia se había manifestado asaz claramente en la conducta observada por el presidente de la Nación en cada vacante de diócesis, en la celebración del Congreso Eucarístico de Rosario y en mal veladas alusiones malévolas vertidas en el incesante martilleo de los discursos del dictador. El recelo se había



El sagrario de la iglesia de las Victorias (16 de junio de 1955).

ido trocando en hostilidad manifiesta con ocasión de los intentos de promulgación de la inmoral ley de profilaxis y de la celebración de un mitin espiritista cuya propaganda se hizo con la consigna de *Jesús no es Dios*, mitin al que enviaron un mensaje de adhesión el presidente y su digna consorte. La muerte de esta última dió ocasión al desborde de la propaganda supersticiosa que quiso convertirla en santa, llenando la República de altares y hasta de estampas con aureola celeste igual a la de los bienaventurados canonizados por la Iglesia, y de oraciones sacrílegas como la adaptación del Ave María.

El Padre Wagner, respetuoso con la autoridad por atavismo racial y por formación espiritual, había mirado con simpatía las propagandas de la primera hora del régimen imperante y sus realizaciones aparentemente positivas en los órdenes social y religioso. La rectitud de su carácter le dificultaba la visión de las torcidas intenciones de los demás.

Mientras el 14 de septiembre de 1954 celebraba las bodas de oro de su profesión religiosa, rodeado de las muestras de cariño de la multitud que lo festejaba, sentíase feliz rememorando los trabajos de su vida de renunciamiento y la paz en que se deslizaban los años de su ancianidad fecunda, totalmente consagrada al servicio de Dios y de las almas. En compañía de su viejo amigo y compatriota el Arzobispo redentorista de Sucre y de Monseñor Weimann, agasajado por las representaciones de todas las comunidades de la Argentina y del Uruguay, que lo querían y veneraban como al más amado entre los Padres, hacía proyec-

tos de viaje para celebrar en varias casas sus fiestas jubilares.

Poco más tarde, el discurso irrespetuoso del presidente, totalmente indigno de un jefe de Estado, en el que, ante los gobernadores de todas las provincias, declaraba la guerra a la Iglesia, estallaba como una bomba.

Después... Todo el mundo sabe lo que pasó y no hay para qué repetirlo en esta obrita. En la intimidad del alma del Padre Wagner se operó un desengaño profundo, que sin duda le ayudó a desprenderse más aún de esta vida que es toda vanidad, menos cuando se emplea en el servicio de Dios.

Sufrió mucho con los desmanes de todo género en que se desató la tiranía. Padeció moralmente lo imposible cuando fueron sometidos a prisión y vergonzosamente befados y calumniados sus dos súbditos, los Padres Federico y Trivisonno, y más aun cuando pocas semanas después más de treinta redentoristas e innumerables sacerdotes y religiosos y hasta obispos eran encarcelados y tratados como viles criminales.

Su corazón extremadamente sensible fué incapaz de soportar la angustia en que vivió sumido durante los primeros vergonzosos meses del año 1955, sin que su salud se resintiera. El proceso de la arterioesclerosis, que ya se había iniciado desde algún tiempo antes, se hizo cada día más rápido.

Por otra parte, su trato íntimo con altos persònajes de la Iglesia argentina le ponía en continuo y especial contacto con los problemas que se iban planteando día tras día, y así, la angustia de su alma no podía menos

de traducirse en el decaimiento de fuerzas que observábamos cuantos con él convivíamos.

Llegó, por fin, la tarde del 16 de junio. Durante la comida de la comunidad, presidida por el Cardenal Caggiano, se oyó de pronto el rugir sorpresivo de los aviones que volaban sobre la ciudad e iniciaban el bombardeo de la Casa Rosada. El dictador, escondido a tiempo en los subterráneos blindados del Ministerio de Ejército, llamaba a sus mesnadas y las mandaba a la muerte, poniéndolas bajo las bombas y la metralla de los aviones.

Parte de la comunidad de las Victorias se dispersó. Teníamos la conciencia bien tranquila; pero sabíamos de sobra cuál había de ser la reacción del poder público si la revolución fracasaba.

El Padre Wagner pasó la tarde en una casa amiga; pero al atardecer, ya fracasado el alzamiento de la marina y la aviación, después de oír el discurso del presidente que prometía paz y tranquilidad, se dejó engañar por las falaces seguridades ofrecidas y regresó al convento, como casi todos los Padres y Hermanos integrantes de la comunidad.

Entre tanto, apenas divulgadas por la radio las promesas de paz del presidente, ya empezaba a ennegrecer el cielo el humo espeso de los incendios de la Curia Arzobispal, que ardió hasta quedar aniquilada con su rica biblioteca de 80.000 volúmenes y sus archivos que guardaban casi cuatro siglos de historia, y las magníficas iglesias de San Francisco, Santo Domingo, San Ignacio, San Miguel, la Merced, San Juan, la Piedad, San Nicolás, tesoros venerables de fe y de patriotismo.

La soledad trágica de las calles envueltas en neblina y en lluvia y la temerosa oscuridad de la noche favorecieron la obra nefanda de los incendiarios protegidos por la total y voluntaria inhibición de las fuerzas policiales, retenidas en sus cuarteles por órdenes emanadas de arriba.

En las Victorias, ni se sospechaba siquiera nada de lo que estaba ocurriendo a muy corta distancia.

A la hora acostumbrada, o sea a las 20.15, se dió la señal para la cena. Igual que a mediodía, presidía la mesa el Cardenal Caggiano. No bien acababa de sentarse la comunidad para dar comienzo a la frugal refección, se oyeron bajo las ventanas que dan a la calle Libertad los gritos acostumbrados de Peerón - Peerón. Era la mesnada asalariada que a los pocos minutos, después de violentar las puertas de la iglesia, irrumpía en el templo y en la residencia, rugiendo y blasfemando, quemando y destrozando cuanto hallaba al paso.

Al sentir la amenaza, la comunidad se dispersó por el interior del convento, por las tribunas de la iglesia, por las azoteas y el campanario. Sonaron las campanas en demanda de auxilio y desde las azoteas se pidió socorro a los vecinos. Muchas llamadas telefónicas se hicieron a la comisaría policial de la jurisdicción desde diversas casas aledañas. Un auto de la policía pasó lentamente frente a la fachada de la iglesia. Un oficial salió de él, entró en el templo, vió lo que ocurría, volvió a subir al coche y éste partió majestuosamente, sin apresuramiento.

Mientras tanto, el Padre Wagner, obsesionado por

el deseo de poner en salvo la preciosa vida del Cardenal Caggiano, guió a éste a través de los corredores de la casa hacia la galería a cuyo fondo hay un muro que separa el convento de las Victorias del colegio de las Damas de Caridad. Adosada al muro hay una gruta de Nuestra Señora de Lourdes recubierta por una frondosa enredadera. Cuando el Padre y el Cardenal llegaban, envueltos en total oscuridad, al lugar elegido, se acercaba tras ellos por la misma galería un grupo de asaltantes.

Lo que entonces sucedió hay que deducirlo de la posterior declaración de los dos únicos testigos y actores del trágico suceso. El Cardenal Caggiano asegura que el Padre Wagner pasó el primero por encima de la barandilla de hierro de la galería, se asió a la enramada de la enredadera y no alcanzó a poner pie en el muro divisorio perpendicular a la baranda, rodando entonces por la pendiente de la gruta y cayendo al patio desde la altura de cinco metros. El Cardenal no podía retroceder ni hubiera sabido hacerlo, porque desconocía el lugar de la escalera de acceso al patio y se sentía ya cercado por los asaltantes que avanzaban hacia él entre las sombras de la noche. Dió desde arriba una absolución al Padre, y con mejor suerte que él consiguió trasponer el muro divisorio y pasar al colegio, salvándose así de la brutalidad de los perseguidores.

El Padre Wagner daba una versión distinta. Según él, ni pasó la barandilla ni cayó al patio, sino que, después de ver que el Cardenal pasaba por encima del muro y se hallaba a salvo, volvió hacia atrás por la misma galería.

Hay indicios a favor de la narración del Cardenal: en el piso del patio se encontraron al día siguiente ramas desgajadas de la enredadera que, posiblemente, frenaron la caída del Padre; derribada en el suelo estaba la imagen de Santa Bernardita, que ocupa un hueco a media pendiente de la gruta, cerca del ángulo por donde el Padre pudo caer; al lado de la imagen, también en el suelo del patio, estaba la servilleta, que sin duda había llevado inconscientemente el Padre Wagner desde el comedor, manchada de sangre; el traje que vestía el Padre era nuevo, pero al día siguiente estaba gastado y magullado todo a lo largo de la pierna derecha del pantalón, como si hubiera sido rozado violentamente sobre una superficie ruda y arenosa, como es el revoque de la gruta.

Lo indudablemente cierto es que el Padre Wagner, bien fuera que retrocediera por la galería, bien que subiera a ella por la escalera desde el patio, pasó frente a la pieza del Padre Provincial, saqueada en aquel momento por siete u ocho de los asaltantes. Quiso entrar para afearles su proceder; pero en la puerta, abierta de par en par, fué detenido por uno de aquellos forajidos que, rugiendo como una fiera, se precipitó sobre él y le golpeó bárbaramente con un palo. El Padre Wagner retrocedió trastabillando, mientras el malvado, acuciado por la prisa de robar, se internó de nuevo en el cuarto. Aturdido por los golpes, sangrándole las heridas recibidas en el rostro y la cabeza, fué caminando penosamente por los corredores, bajó las escaleras que conducen a la portería y, una vez en el zaguán, abrió con su llave la puerta que estaba cerrada, pues los asaltantes

habían forzado la otra puerta grande de la iglesia para penetrar en el edificio. Después de emplear la llave, sacó la clavija que sujeta la barra afianzadora de la puerta. Esa clavija se encontró al día siguiente en el domicilio adonde fué conducido medio inconsciente. A punto de abrir la puerta, varios malhechores de los que andaban por el interior del convento saqueándolo y prendiéndole fuego, se precipitaron hacia la salida y volvieron a golpear al Padre Wagner. En ese momento un heroico caballero acompañado por una piadosa y valiente señorita llegaban a la puerta de las Victorias. El caballero luchó con los malvados que golpeaban al anciano sacerdote hasta conseguir arrancarlo de sus manos sacrílegas y ponerlo a salvo.

En la casa donde le refugiaron sus salvadores no estaba seguro, y cuando volvió en sí, fué conducido a otra un poco más alejada. En efecto, al poco rato de salir el Padre de su primer refugio, llegaba la policía con intención de detenerle y, al no hallarlo, se llevó presos al caballero y a la señorita que le habían prestado auxilio. Esa fué la defensa que brindó la policía a un venerable anciano perseguido y golpeado por los malhechores, en esa noche en que parecían haberse desatado sobre Buenos Aires todas las furias del infierno.

Los asaltantes de las Victorias, entre tanto, saqueaban y robaban a placer durante la media hora que les fué acordada. Cinco focos de incendio prendieron a lo largo y a lo ancho de la casa, la sacristía y la iglesia. Rompieron docenas de vidrios de puertas y ventanas. Destruyeron o robaron varios cálices y copones y veintiún juegos de ornamentos sagrados. Despedazaron

imágenes y crucifijos. Hicieron añicos varios vitrales artísticos. Desgoznaron las puertas del Sagrario y se llevaron, por creerla de oro, una de sus hojas. Robaron las lámparas del Santísimo y un ángel de bronce de 80 kilos de peso. Despojaron los altares, sacaron de sus huecos las aras consagradas y derribaron, rompiéndolos, gran cantidad de floreros. Doblaron a golpes y destrozaron arañas y candelabros. De las habitaciones de los Padres robaron o destruyeron máquinas de escribir y cuantos objetos creyeron de algún valor, dejándolo todo en espantoso desorden. La bandera de la patria izada al lado del Evangelio del altar mayor de la iglesia, se encontró derribada en el suelo, pisoteada, sucia y chamuscada a trechos por aquellos malvados sin Dios, sin patria y sin ley.

Cuando, por fin, llegó la policía, los salteadores abandonaron el campo de sus depredaciones. Mientras salían por las puertas de la iglesia, se oyó la voz de un agente policial que les decía: "¡Salgan pronto, muchachos!" Con la mayor facilidad pudieron haber sido detenidos todos. No consta que en aquellos días fuera apresado ninguno. Consta, sí, en cambio, que ni en las Victorias ni en ninguna de las iglesias quemadas en esa noche trágica se hizo posteriormente la menor diligencia para averiguar por las huellas quiénes habían sido los malhechores. Las fuerzas policiales que tantos allanamientos han practicado y tantas detenciones y procesos de personas honradas han realizado, aplicándoles incluso el tormento para averiguar lo inexistente, no se tomaron el menor trabajo para investigar los crímenes cometidos por los salteadores de tantos templos.



Otra vista de la iglesia de las Victorias (16 de junio de 1955).

La reducción de los focos de incendio que hubieran convertido el convento y la iglesia de las Victorias en montones de cenizas, no se debió a la actuación de los bomberos o de la policía. Hombres y mujeres de la vecindad, jugándose heroicamente la vida, acudieron inmediatamente y ayudaron a los Padres, que ya habían descendido del campanario y las azoteas, a extinguir rápidamente las llamas.

MUERTE Y GLORIA

En el hogar de la piadosa familia de Martínez del Villar, al que fué conducido desde su primer refugio de la casa del doctor Uriburu, halló el Padre Wagner las delicadas atenciones que le salvaron la vida, cuando el lamentable estado en que quedó hacía temer la probabilidad de un rápido fin.

Asistido de continuo por los doctores Casalins y Bachmann, fué poco a poco reponiéndose de sus heridas y de la tremenda conmoción sufrida. Durante veinte días permaneció en medio de la generosa familia que tan cordialmente le acogiera y cuidara; pero resultó imposible retenerle por más tiempo. Desde el 6 al 24 de julio hacía noche, para mayor seguridad, en el hogar del señor Martínez del Villar. El día lo pasaba casi entero en su habitación favorita: el confesonario de las Victorias.

Por lo demás, durante cada jornada seguía el horario de la comunidad, como si nada hubiera ocurrido. Pero ya no era el mismo de antes. Sólo quedaba de él el corazón: ese corazón grande y tierno que fué siempre el motor dominante de su vida.

Se advertía en su manera de proceder, como superior, la complacencia en aliviar la tensión en que su familia

religiosa había vivido y seguía viviendo, con las condescendencias que le dictaba su bondad inagotable. Participaba en las conversaciones durante los recreos y las comidas; pero ya con aire ausente, como si viviera con el pensamiento fijo en un mundo mejor. Siempre había sido generoso al conceder los permisos que se le solicitaban; pero ahora se advertía en su sonrisa paternal una particular complacencia cuando podía conceder algo, y repetía: "Todo lo que yo puedo. Todo lo que yo puedo."

El Padre Provincial le propuso un viaje a Alemania, a fin de que pudiera reponerse del todo lejos del ambiente afiebrado en que estábamos viviendo. Aceptó la idea lleno de ilusión. El 16 de julio, el doctor Casalins llevó en su coche al Padre Wagner, acompañado por quien escribe estas líneas, al edificio central de la policía con objeto de gestionar el pasaporte necesario. Al regresar a las Victorias, el Padre Wagner no pudo incorporarse de su asiento y cayó dentro del coche, del que lo sacaron con gran trabajo sus dos acompañantes. En los días subsiguientes fué acentuándosele la falta de estabilidad. El día 24 se cayó varias veces al suelo, aunque sin perder nunca el conocimiento.

Ese mismo día, víspera de su fiesta onomástica, se reunieron en las Victorias para festejarle con una cena familiar Padres y Hermanos de todas las comunidades redentoristas de la Capital y de sus cercanías. Había venido también para participar en el regocijo común el Padre Juan Arens, Rector de la residencia de Rosario, recién salido de la cárcel rosarina. El Padre Wagner respondió a la alocución que le dirigió el Padre Provin-

cial en nombre de todos, con un discursito lleno de cariñosos sentimientos. Fué el último que pronunció en su vida.

El día 25, fiesta de su Patrono, Santiago el Mayor, debía haber celebrado en el altar mayor de las Victorias la misa de comunión ofrecida por todas las asociaciones radicadas en el templo. Pero ya no tuvo fuerzas para realizar su propósito. Asistió a la misa sentado en un sillón en medio del presbiterio. La emoción del gran concurso de damas y caballeros que llenaba la iglesia y la capilla destinada a los hombres anublaba todos los semblantes.

Terminada la misa, recibió el homenaje de todos en el salón de la residencia. Todos desfilaron ante su venerable persona, besándole las manos, entre lágrimas y sollozos. Él sonreía, mientras dirigía a cada uno alguna expresión amable de consuelo.

Aún pudo sentarse a la mesa para asistir a la comida tradicional en la que se congregaron Padres y Hermanos de las comunidades más cercanas. Fué la última reunión animada por su presencia.

Esa tarde comenzaron las consultas de médicos convocadas por los doctores Bachmann y Casalins, quienes con el mayor cariño y el más grande espíritu de sacrificio venían asistiéndole constantemente desde la noche trágica del 16 de junio. La gratitud que debemos a estos doctores —Oblatos ambos de la Congregación alfonsiana— es de las que obligan eternamente.

Convocados por ellos fueron llegando hasta bien anochecido, los doctores O'Farrell, Esteves Balado, Dowling, Solanez, Enrique Castaño y varios otros médicos

amigos y bienhechores de la comunidad. El diagnóstico que formularon fué el de encefalopatía cerebral arterio-esclerósica. Todos estaban de acuerdo en afirmar que, aunque era ésta una enfermedad que databa de algunos años atrás, había sido fulminantemente precipitada por el tremendo choque sufrido durante la noche del 16 de junio. Ahora ya no quedaba ningún remedio en lo humano.

En la tarde del 30 de julio, el Padre Leo Harkins lo confesó y, ya anochecido, el Padre Provincial en presencia de todos los Padres y Hermanos de la comunidad le administró los santos sacramentos del Viático y la Extremaunción, que recibió el enfermo con toda lucidez y admirable serenidad de espíritu. Siguió con la mayor atención todos los ritos, santiguándose al recibir las bendiciones y respondiendo con voz firme a todas y cada una de las oraciones e invocaciones. Durante esa noche se cercioró plenamente de la proximidad de su deceso sin perder por ello la tranquilidad con que lo esperaba.

Treinta años antes había descrito en una bellísima poesía alemana el trance de sus últimas horas. Fué una profecía, dictada por su inspiración de poeta, cuya realidad hemos podido comprobar cuantos conocíamos la sensibilidad de su alma y los sentimientos que le embargaban en sus postreras jornadas, atormentadas por el dolor de abandonar a los seres queridos que se veía obligado a dejar en este mundo y consoladas por la seguridad de encontrar pronto en las orillas de la eternidad a tantos otros seres amados como había ido perdiendo y que le llamaban desde allá:

La apariencia del mundo se diluye
en fondo gris de niebla.
A la última partida sin retorno
el barquero se apresta,
por más que arda la llaga
del adiós a las almas que aquí deja.
Pronta a zarpar la barca de la orilla,
el Señor escondido en la hostia llega
para ser el piloto
orientador del alma que navega.
El amistoso grupo
de los que aquí se quedan
se despide agitando los pañuelos
y llora en la ribera.
La voz de los que quedan en la orilla
se va perdiendo, mientras
como celestes ecos otras voces
del otro lado llegan.
Las sombras de la muerte
bruñidas espejean.
Susurra adormecida
la agónica tormenta.
Entre las olas sosegadas traza
el divino Piloto ruta cierta.
Se hace más leve el aire.
Se disipa la niebla.
En la serena bóveda del cielo
irradian esperanza las estrellas...
Ya se esfumó la temporal orilla
y arribó el alma a la ribera eterna.

Desde el 24 de julio no había podido celebrar la santa misa; pero todas las mañanas hasta el 4 de agosto siguió recibiendo la sagrada comunión.

Rezaba mucho y hablaba poco. Dócil como un niño,

no oponía la menor resistencia a la labor de médicos y enfermeros. Respondía a cuanto se le preguntaba, diciendo siempre que no sentía dolor ni fatiga, que estaba contento, que descansaba entre los brazos de Dios.

Alrededor de la medianoche, entre el 1º y el 2 de agosto, se reunió en torno de su lecho toda la comunidad para asistir a la recomendación del alma que leyó el Padre Provincial, previa la fórmula de renovación de los votos religiosos repetida con unción por el enfermo.

Al comenzar el día de la fiesta de San Alfonso, pocos minutos después de la medianoche, apenas había terminado el rezo de la recomendación del alma, se advirtió en él una inesperada reacción, en vista de la cual la comunidad se retiró a descansar. Me quedé solo con él para velarle durante el resto de la noche. Me invitó a acercarme más a su cabecera y se interesó por el libro que poco después comencé a leer. Poco más tarde volvió la cabeza hacia mí para decirme sonriendo: "¿Aún no ha llegado el tren?" En el primer momento pensé que deliraba; pero luego me di cuenta de que se refería al tren de la muerte. Ese tren que en el transcurso de los últimos meses había él dicho repetidamente que era el último que le quedaba por tomar y que no había llegado mientras, momentos antes, se le leía la recomendación del alma.

Durante la noche entera descansó a intervalos. Cada vez que se despertaba miraba el reloj que tenía puesto en la muñeca, rezaba o sonreía, contestando suavemente las preguntas y jaculatorias que le sugería.

Ni ésa ni ninguna otra mañana dejó de oír la campana que despertaba a la comunidad. Invariablemente,

movido por la fuerza de la costumbre, retiraba al punto el embozo de las sábanas y frazadas y hacía esfuerzos para levantarse, hasta que se le recordaba que estaba enfermo y, por lo tanto, debía permanecer en cama. Entonces volvía a cubrirse, se santiguaba y rezaba fervorosamente las oraciones de la mañana.

Lentamente fué consumiéndose hasta la tarde del domingo, 7 de agosto. Durante la mañana de ese día y en horas de la tarde permaneció inconsciente. Eran las horas adivinadas por él muchos años antes:

> Las sombras de la muerte
> bruñidas espejean.
> Susurra adormecida
> la agónica tormenta...

A las 16.32, susurra la invocación: *Cristo*. Y en ese mismo instante

> se disipa la niebla.
> Ya se esfumó la temporal orilla
> y arribó el alma a la ribera eterna.

Había terminado su pasión y comenzaba su gloria.

Los funerales, celebrados a las 11.30 de la mañana del lunes 8 de agosto, marcaron una fecha inolvidable en la historia del templo de las Victorias. La muchedumbre colmó todo: iglesia, presbiterio, capilla de hombres, tribunas, pasillos y dependencias. A duras penas pudieron instalarse ante el altar el Cardenal Primado Mons. Copello, Mons. De Andrea, Mons. Franceschi, Mons. Figueroa y varios distinguidos sacerdotes, apretados todos por la multitud prensada en torno. El gen-

tío desbordaba en la calle, por la que apenas podían desfilar los tranvías.

Al término del funeral, Mons. Franceschi no pudo contener la emoción que le embargaba y, ante las personalidades que le rodeaban en el presbiterio, pronunció una frase que es el mejor timbre de gloria y aureolará para siempre la memoria del preclaro caído: "El Padre Wagner es el primer mártir de la persecución religiosa en nuestra patria."

La capilla ardiente instalada en el salón de la residencia estuvo constantemente llena, antes y después del funeral, por el río de gente de toda condición social que constantemente se renovaba.

A las 15 horas, el frente de las Victorias ofrecía un espectáculo impresionante, mientras el féretro era colocado en el furgón fúnebre. Durante más de media hora estuvo interrumpido el tránsito de coches y tranvías. La multitud rezaba y lloraba por la pérdida del Padre a quien tanto había amado. Con insistencia se repetía una y otra vez en alta voz el rezo del Credo, coreado por toda la muchedumbre como afirmación de la fe por la que el mártir había dado la vida. Al fin, el furgón pudo partir escoltado por una caravana de automóviles hasta bien lejos de los límites de la Capital.

En pos del carruaje fúnebre siguieron hasta Rosario el Padre Provincial, el nuevo Superior de la comunidad de las Victorias, el Procurador y el Viceprocurador de la Provincia redentorista del Plata, el Hermano enfermero que atendió al Padre Wagner en su última enfermedad y el doctor Casalins acompañado por su señora.

En Rosario, toda la comunidad redentorista y un numeroso concurso de personas que llenó el amplio y suntuoso templo de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro esperaban a la fúnebre comitiva. A la llegada del cortejo fúnebre sonaban en el reloj de la torre las once campanadas antes de la medianoche. La multitud de fieles, agrandada por los que seguían acudiendo atraídos por el doblar de las campanas a hora tan avanzada, permaneció velando el cadáver hasta las 24, hora en que se reanudó el viaje hacia Córdoba y Villa Allende.

El día 9 de agosto, a las nueve de la mañana, entraban los despojos mortales del fundador de nuestra casa de estudios superiores en la iglesia que con tanto amor había construído y ornamentado. Sencilla y fraternal fué la recepción dispensada. Sencillos los funerales en los que actuó de celebrante el Padre Provincial, diaconado por los superiores de Rosario y Villa Allende. Emotiva hasta el llanto la alocución pronunciada al borde de la fosa por el Padre Provincial.

Con el poeta podemos decir que del Padre Jacobo Wagner, como de todos los seres arrebatados a nuestro cariño por la muerte

> la parte principal volóse al cielo.

Pero de él nos queda en la tierra el recuerdo de su corazón ancho y profundo, cuyas palpitaciones generosas llenaron su vida entera, y el ejemplo de sus virtudes, merced a las cuales lo veneraremos siempre como uno de los mejores imitadores de San Alfonso que hayan honrado las páginas de la historia de la Congregación redentorista.



La capilla ardiente.



Funeral.



La conducción del cadáver.



El cortejo fúnebre.

EPÍLOGO

Lector amigo: El 15 de septiembre de 1955, un mes y seis días después de haber presenciado el sepelio de los despojos mortales del Padre Wagner, me encontraba de nuevo en Villa Allende, adonde había vuelto, en busca de la tranquilidad que faltaba en Buenos Aires, con ánimo de redactar este librito que tienes entre las manos.

En el cementerio de la comunidad, situado a un extremo de la colina que domina el valle del Saldán y enfrenta el panorama luminoso de la sierra, al borde de la fosa cubierta de flores donde nuestro querido mártir duerme tranquilo el sueño de la paz, esperando el alba de la resurrección, me encontraba rememorando el soneto de Argensola que tan bien resume los sentimientos de millones de argentinos en aquellas horas sombrías de persecución que aún perduraban:

Dime, Padre común, pues eres justo:
¿por qué ha de permitir tu Providencia
que arrastrando prisiones la inocencia
suba la fraude a tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
hace a tus leyes firme resistencia
y que el celo, que más las reverencia,
gima a los pies del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inicuas, la virtud gimiendo
del triunfo en el injusto regocijo...
Esto decía yo, cuando riendo
celestial ninfa apareció y me dijo:
¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?

Pero aun sin ser la tierra el centro de las almas, me parecía esa tarde que en el fondo de aquella fosa querida sentía el palpitar de la esperanza que está siempre enterrada, viva y fecunda, en el grano de trigo que se siembra. ¡Sangre de mártir, semilla de vida y de victoria!

Pasó la noche del 15. La aurora del 16 nació iluminada por el albor del triunfo. Banderas y brazaletes blancos —símbolos de la justa rebelión frente a la tiranía— se alzaban por todas partes sobre la tierra cordobesa. La cruz de la victoria sellaba casas y pechos, vehículos de paz y carros de guerra. Por el cielo azul volaban atronando el espacio los aviones rebeldes a la esclavitud, y la tierra temblaba sacudida por los estampidos de los cañones que lanzaban salvas a la libertad.

Pocos días más tarde, el 21 de setiembre, lucía por fin el sol de la primavera esperada con tantas ansias después de muchos años de opresión, y el hombre de gran corazón que había comandado al pueblo alzado en armas para salvar a la patria, proclamaba a la faz del mundo entero que la victoria había sido conseguida gracias a la protección de Dios y de la Virgen Capitana.

¡Jacobo Wagner! Tu sacrificio no fué estéril. Grano de trigo enterrado en el surco de la tumba, contribuiste, sin saberlo cuando caías, a la germinación de la victoria que hoy contemplas desde el cielo.

SEGUNDA PARTE

REFLEXIONES ESPIRITUALES
DEL
PADRE JACOBO WAGNER

LA VIDA HUMANA

La *tierra está horriblemente desolada, porque no hay nadie que reflexione en su corazón.*

Este lamento del profeta Jeremías lo han repetido constantemente cuantos tienen verdadera caridad para con sus hermanos y observan al mismo tiempo que la causa de la espantosa desolación que convierte el mundo de las almas en un desierto, es la falta de reflexión profunda sobre las verdades eternas: esas grandes verdades que, como hermosas estrellas, brillan en el firmamento de nuestra vida para mostrarnos el rumbo hacia la playa de la felicidad temporal y eterna.

Vivimos en el siglo del progreso material, que no deja al hombre tiempo ni tranquilidad para reflexionar sobre sí mismo, sobre su origen y destino final, sobre el gran porvenir que le aguarda cuando se haya desvanecido la ilusión de esta vida.

Esta vida no es la vida. No es el término de nuestro ser. No es más que el puente entre el tiempo y la eternidad, por el cual debemos pasar para llegar al reino de nuestro Padre.

Nuestra vida es el sueño de un momento. Una ola que pasa. Una sombra que se aleja. Nacer, agitarse y desaparecer: ese es el drama efímero de la vida humana.

La niñez no es más que un sueño del que despertamos sin darnos cuenta. La juventud es una flor que ostenta en su cáliz los colores más bellos de la ilusión; pero flor que dura una mañana y que se marchita mucho antes de que el sol llegue a su ocaso. Y el ocaso ¡ay! es breve, porque son muy altas las montañas de la eternidad que cierran por todas partes los horizontes de la tierra.

Bien decía el poeta cuando cantaba:

Al brillar de un relámpago nacemos
y aun dura su fulgor cuando morimos.
¡Tan corto es el vivir!
La vida y el amor tras que corremos
Sombras de un sueño son que perseguimos.
¡Despertar es morir!

Si en un puerto de mar preguntamos a los capitanes de los buques dispuestos a levar anclas a dónde dirigen el rumbo, no habrá uno que no pueda señalar en las cartas marítimas, no sólo el término de su viaje, sino también el derrotero que ha de seguir y los escollos que ha de evitar. Todo está determinado, todo está previsto, nada se deja a merced del acaso.

Puerto de mar es la vida que resuena continuamente con los gritos de alegría que reciben a los que arriban y con ayes de dolor que despiden a los que parten. Los

que arriban son los que nacen, los que parten son los que mueren. Y entre los gritos de alegría con que saludamos a los nacidos y los ayes de dolor con que lloramos a los muertos se forma esa mezcla discordante de risas y llantos, de esperanzas y desengaños, de ímpetus y desmayos que llamamos la vida.

De ese puerto de la vida hemos de zarpar antes de lo que pensamos.

¿A dónde vamos? En pos de Jesucristo que hace brillar sobre nosotros el sol de su infinita misericordia. Él es el Camino, la Verdad y la Vida.

Vida que sigue otro rumbo no es vida, sino pura vanidad, humo y fracaso.

¿Qué se hicieron las hermosuras que hace veinte, cuarenta años robaban los ojos y los corazones de los hombres?

¿Qué se hicieron los poderosos que empuñaban las riendas de los gobiernos?

¿Qué se hicieron los sabios honra de las cátedras, los oradores gloria de las tribunas, los poetas decoro de las letras?

¿Qué se hicieron los ricos capaces de remover el mundo con la palanca del dinero?

Pasaron como el relámpago. ¿Qué es el relámpago? Un destello de luz acompañado del estampido del trueno, y al instante, oscuridad, silencio, nada. Tales fueron esas hermosuras, esas grandezas, esos triunfos: un poco de luz, de vanidad, ruido de aplausos, y luego... la oscuridad del sepulcro, el silencio del olvido, la nada.

Oíd las palabras de una mujer a quien el mundo había dado mucho: gloria, riqueza, placeres.

Su nombre había resonado por toda Europa y por ambas Américas. A sus plantas habían caído coronas de oro guarnecidas de diamantes.

Pues bien; aquella ilustre trágica, a punto de morir, llamó a su camarera y le dijo con voz casi apagada: Tráeme aquí todas mis alhajas. Y se llenó el cobertor de su lecho de perlas y de anillos y de relojes de oro y de joyeles y diademas.

La infeliz moribunda contemplaba con sus ojos apagados por la cercanía de la muerte el esplendor de todo aquello que antaño la llenara de orgullo, y acariciando las joyas con su mano helada prorrumpió en amargo llanto: —¿De qué me sirven ahora todas esas riquezas y para siempre?

LA FELICIDAD

El hombre sabe que su fin es la felicidad. El deseo de ser feliz es su gran pasión, el móvil de todos sus afectos, la razón de todas sus acciones. A la felicidad tienden las encantadoras ilusiones del niño, las aspiraciones del joven, los cálculos del hombre maduro y las esperanzas del anciano.

¿Y encuentran todos ellos la felicidad?

Ved a los jóvenes arrebatados por el torbellino de las diversiones, ávidos del placer que en risueña perspectiva columbran allá en los dorados horizontes del porvenir, sedientos de gozar del anhelado objeto de la ilusión. Ven la felicidad en el porvenir. El presente no les brinda más que inquietud.

Mirad allá a los ricos en medio de sus tesoros. Más de un mendigo levantará los ojos llenos de envidia hacia los balcones de sus suntuosos palacios, pensando para sus adentros: "¡Felices ellos!" ¡Cuánto nos equivocamos! Si nuestros ojos, sin dejarse alucinar por apariencias pudiesen penetrar hasta los corazones de sus habitantes, ¡cuán cruel sería nuestro engaño! Aquí, la enemistad y la discordia en medio de la familia, allí la aflicción sobre hijos ingratos que hieren el corazón, ultrajes y desprecios sufridos, pérdidas de bienes de

fortuna, negocios fracasados, envidia por el bienestar creciente de los demás, enfermedades y muertes de seres queridos: todo borra del rostro de los habitantes de esas moradas suntuosas la alegría, pintando en ellos la tristeza y el hastío de vivir.

En una de las grandes ciudades de Norteamérica se abrió una encuesta acerca de esta pregunta: ¿Para qué sirve el dinero?

Los jurados adjudicaron el premio a esta contestación: Con el dinero se puede comprar todas las cosas menos la felicidad.

Mirad a los sabios engolfados en fatigosos estudios y a los políticos en empresas de vastos contornos, aspirando al laurel de la gloria. Pero la gloria del mundo es una sombra, y la sombra huye de quien la persigue sin que se la pueda alcanzar. Los amadores de ella no llegan jamás adonde se extienden sus anhelos. Y cuando han creído llegar a la cumbre de sus aspiraciones, ya divisan otras alturas hermosamente iluminadas, y espoleados por un insaciable deseo de honra vuelven a seguir su fatigoso camino sin ver nunca el término de sus afanes, encontrando crueles decepciones donde esperaban hallar el colmo de su felicidad.

¿Y qué diremos de la felicidad que se espera del amor y de la amistad? Sus expansiones no hallan la correspondencia a que creen tener derecho, sino indiferencia, rivalidades, envidias, y con frecuencia crueles traiciones.

¡Cuántos Judas no se encuentran en la tierra disfrazados con el manto de la amistad?

Amar en esta vida, ha escrito alguien, es lo mismo que sufrir.

Más que felicidad, el amor es una aspiración a la felicidad. En el fondo del corazón humano está enterrado el germen del dolor, y el gemido que lanza todo ser, salido apenas del seno de la madre, halla un eco en el estertor de la agonía. Una vida llena de amor y de paz es imposible en este mundo, porque el verdadero lenguaje del amor es el llanto y su expresión más elocuente, las lágrimas.

Como mariposa que vuela de flor en flor, el corazón revolotea sobre todas las ambicionadas alegrías de esta tierra; pero ninguna le sacia, ninguna le contenta, ninguna lo llena por completo.

El Espíritu Santo se puso a buscar lo más leve, lo más frágil, lo más movedizo que hay en todos los seres para declararnos la nada de eso que llamamos felicidad en la tierra.

¿Qué tan leve como el tamo que vuela sobre las eras? Toda la felicidad de la tierra —dice el Espíritu de Dios— es como el tamo de la trilla.

¿Qué tan frágil como la espuma de las olas que se deshacen en la playa? Toda la felicidad de la tierra es como la espuma de las olas sorbida por la arena...

¿Qué tan movedizo como el humo que vuelve y revuelve a su capricho el aire? Toda la felicidad de la

tierra es como humo que sube, sube y subiendo se desparrama y se desvanece.

Buscad en los desiertos del mar la estela de la nave; buscad en los desiertos del aire la huella de la bala.

Cerráronse las aguas, ¿quién hallará la estela?

Cerróse el aire ¿quién hallará la huella?

Así pasa toda la felicidad de la tierra por el corazón del hombre. ¿Rastro de su paso? Ninguno. Menos que la estela de la nave. Menos que la huella de la bala.

¿Quién se acordará del viajero venido de lejanas tierras, que hace noche en una posada, y en despuntando la mañana vuelve a emprender su camino?

Toda la felicidad de la tierra es como el recuerdo del huésped de un día.

Ave que hoy canta al lado de nuestras ventanas y mañana volará a hacer su nido, quién sabe dónde.

Con todo esto no quiero predicar un malsano pesimismo. La religión de Cristo no sólo no prohibe sino hasta manda trabajar para ganarse el sustento de la vida, bendice las alegrías y los castos goces del hogar, aprueba los esfuerzos legítimos para subir a la cumbre de los honores.

Pero no debemos descansar en estos bienes de la tierra como si ellos pudieran hartar nuestra hambre de felicidad y colmar los anhelos todos de nuestro corazón.

No. Las criaturas de la tierra, las magnificencias y dichas de este mundo, no pueden llenar el corazón del hombre, no pueden ser, por consiguiente, su último fin.

El último fin del hombre es el bien infinito, el bien supremo: Dios conocido y amado.

A Dios, pues, han de volar nuestras esperanzas como las aves al nido.

Fuera de Dios todo cansa, todo hastía, todo entristece, todo acaba, todo engaña.

Dios es el bien que nunca hastía, la alegría que nunca se nubla, la vida que nunca muere, la verdad que nunca miente.

Después de la batalla de Granson vendió un soldado suizo por una sola moneda de oro el gran brillante del príncipe Carlos de Borgoña. Poco después supo que aquella piedra preciosa se había vendido por veinte mil ducados.

¿Quién podrá expresar el arrepentimiento del pobre soldado, al pensar que por tan poca cosa había perdido una joya de tanto valor?

¡Cuánto más grande será un día en el infierno la desesperación de tantos cristianos que por un puñado de dinero, por un vil placer, por el humo fugaz de los honores han renunciado a la felicidad sin fin del cielo, precipitándose en el abismo de la desdicha eterna!

Oigamos a Jesús: No os acongojéis ni os afanéis por muchas cosas; no hay más que una sola necesaria.

¿De qué sirve ganar todo el mundo si se pierde el alma?

La felicidad verdadera está en la posesión de Dios. En conocerle y amarle en esta vida. Y en vivir de la es-

peranza, con el corazón allá arriba, donde el sol divino nunca se pone, donde nunca se marchitan las flores de la dicha, donde ríe la perenne primavera.

Allá está nuestra patria eterna, allá el eterno calor de la vida, allá el eterno alimento del alma, allá el eterno descanso.

Allá está Dios que es el bien supremo, único capaz de llenar del todo nuestro corazón.

La felicidad total no es de la tierra; está en el cielo.

LA MAYOR DESGRACIA

Por estupendos que sean los hallazgos de la ciencia en nuestros días, ésta no ha logrado descubrir aún la solución del gran enigma del dolor.

El río del dolor cruza la tierra más caudaloso que nunca; pero la ciencia no ha enjugado ni una lágrima de nuestros ojos ni infiltrado una gota de consuelo en nuestros corazones.

La Religión, en cambio, iluminada por la antorcha de la fe, encuentra escrita la historia del dolor en una de las primeras páginas de los sagrados libros: *Sufrirás, porque has pecado.*

Hermoso y feliz salió el primer hombre de las manos del Creador. Era un reflejo de la hermosura y de la felicidad de Dios, sacado de la nada para cantar las eternas melodías de la gloria.

Pero el hombre abrió su corazón al pecado y Dios lo desterró del jardín de las delicias y desde entonces la tierra quedó convertida en valle de lágrimas.

El pecado fué el monstruo que arrancó al hombre del camino de la felicidad y le condujo a la senda sembrada de abrojos y espinas.

Causa asombro ver con qué facilidad se da entrada en el corazón al monstruo que en un momento devoró la dicha humana. Los hombres de nuestros días lo embellecen con las flores del arte y del ingenio para hacer más vistosa su apariencia y menos temible su compañía.

Pero nosotros hemos de verlo siempre despojado de los postizos colores con que seduce a las pasiones para que le abran las puertas del alma. Porque el pecado, visto tal como es, no puede infundirnos sino horror y vergüenza.

El pecado es una rebelión contra el soberano Señor del cielo y de la tierra.

Presentóse Moisés a Faraón por mandato de Dios y le dijo: Oh rey, de parte del Todopoderoso vengo a pedirte que permitas a los hebreos que viven en tu reino salir al desierto y ofrecerle allí un sacrificio.

¿Quién es ese Dios —replicó Faraón— que quiere imponerme sus leyes? No reconozco en Él competencia ni autoridad para mandarme.

La rebelión de aquel soberbio monarca es idéntica a la de cualquier hombre que peca.

La voz de Dios, retumbando como el trueno entre las rocas del Sinaí, nos inculcó sus santos mandamientos: Santificarás las fiestas, honrarás al padre y a la madre, no matarás, no fornicarás, no hurtarás, no levantarás falso testimonio ... Y ¿qué responde a Dios el hombre cuando peca?

No con la boca sino con las obras le replica: No quiero obedecer, ni reconozco otra ley o norma que mis caprichos.

Rebelión inconcebible, pues ese Dios contra quien se levanta el pecador es la Omnipotencia misma: Porque quiso, al eco de su palabra omnipotente, se extendió el firmamento como hermoso pabellón sobre la tierra; porque quiso, empezaron a girar por los cielos los astros; porque quiso, el mar rugió de coraje aprisionado en las playas...

Y cuando Él quiera, el sol palidecerá con la palidez de la muerte y los cielos se enrollarán como se enrolla por la mañana la carpa a cuyo abrigo el viajero del desierto pasa la noche y el mar se secará como se seca el barro entre el fuego del horno.

El hombre, por lo contrario, es una miserable criatura, gota de rocío que al primer rayo del sol se evapora, granito de arena en la inmensidad del desierto... El hombre es la impotencia misma. ¡Si no puede amansar las enfermedades que le desgastan el cuerpo! ¡Si no puede contener las lágrimas que el dolor arranca a sus ojos! ¡Si es incapaz de hacer latir su corazón una vez más tan sólo, cuando Dios lo paraliza por medio de la muerte!...

El profeta Oseas pinta al pecador con una balanza en la mano; pero balanza falsa, injusta e impía. De un lado coloca a Dios, el sumo bien, y del otro la vil y miserable acción que le induce a pecar: allí el ladrón coloca un puñado de bienes perecederos; el deshonesto un torpe placer; el vengativo la satisfacción de su venganza. Si el hombre sacrificase la amistad divina para alzarse con el señorío de un imperio, no tendría disculpa; por-

que la amistad de Dios vale más que el mundo entero con todas sus grandezas. ¡Cuánto menos la tiene el desprecio inmenso que se hace a Dios cuando se le pospone a un torpe interés, a un placer vergonzoso, a una honra imaginaria!

¿Qué nos ha hecho Dios para que le tratemos con tanto desprecio?

Es nuestro Padre. Es nuestro Creador. Todo nuestro ser es un tejido de beneficios que recibimos de su amorosa providencia.

Cuando miramos fuera de nosotros, el horizonte de los divinos beneficios se dilata hasta lo infinito, la bondad divina toma proporciones inconmensurables, es un océano sin fondo ni riberas.

Bastaría recordar estas tres palabras: Pesebre, Cruz, Tabernáculo.

¡Qué mal paga el hombre esos estupendos prodigios del amoroso corazón de Dios!

Los cielos y la tierra cantan himnos de alabanza y gratitud a la gloria de su Creador.

La flor del campo agradece la gota de rocío, cerrando su cáliz y convirtiéndose en fruto.

La tierra agradece la lluvia cubriendo sus llanuras de doradas mieses.

Hasta el animal agradece a quien le da de comer, acariciándole a su manera.

Sólo el hombre, que se llama a sí mismo rey de la creación, responde con maldad a los favores divinos que recibe.

Triste cosa es comprobar que la ingratitud es hija de la perversidad y la perversidad es una aberración en que únicamente incurren estos dos seres conscientes: el demonio y el hombre cuando peca.

Harta razón tiene el Señor cuando llama al cielo y a la tierra para que le compadezcan por la ingratitud con que los pecadores pagan sus beneficios:

Oíd cielos, y tú, oh tierra, presta atención a mis clamores: ¡He criado hijos y los he engrandecido, y ellos en pago me han despreciado!

El insensato pecador, viendo que después del pecado sigue gozando de salud, conservando su buen nombre ante la sociedad y sin sufrir desgracia alguna, se jacta de su suerte y llega a decir: He pecado y ¿qué mal me ha acontecido?

¿Qué mal te ha acontecido? ¡Ah, infeliz! Te pareces a uno de esos enfermos cercanos a la muerte que no sienten ya dolor alguno.

¿Qué mal te ha acontecido? Escucha y me entenderás, si aun queda en tu alma un rastro de fe.

Antes, revestido todavía con la blanca túnica de la inocencia, eras hijo de Dios.

Dios te amaba tiernamente como a un hijo. Encontraba sus delicias en tu alma. Habitaba en ella como en su templo.

Cristo miraba a tu alma como esposa y el Espíritu Santo se complacía en ella como en su más grata morada.

Y ahora, después del pecado, ¿en qué te has convertido? De hijo de Dios has venido a trocarte en hijo del

demonio. La belleza de tu alma, por la cual Dios tanto te amaba, se ha mudado en horrible fealdad y te ha convertido en objeto de repugnancia, de horror y de indignación a sus divinos ojos, a los de María Santísima, a los de los ángeles y santos.

Por más que en la sociedad seas mirado con respeto, por más que te admiren por tu belleza y elegancia, mientras estés cubierto con la lepra del pecado, no eres más que un cadáver ambulante, con el alma muerta, y motivo de abominación a los ojos de Dios.

Cuando eras hijo de Dios, tenías verdadero y real derecho, mediante la gracia santificante, a los méritos de Jesucristo y a su eterna gloria en el cielo.

Dichoso tú, si en aquel momento te hubiese sorprendido la muerte. Del destierro de este mundo hubieras pasado a la patria del cielo, del lugar del llanto y de las amarguras al paraíso de eternas delicias en compañía de los ángeles y de los santos.

Pero ahora, desde que estás sepultado en el abismo del pecado has perdido la ciudadanía de aquel magnífico reino del cielo.

De Lutero se refiere que, levantando en una noche serena los ojos al estrellado cielo, exclamó lleno de desesperación: ¡Ay de mí! ¡Qué patria tan hermosa he perdido!

Otro tanto puede decir quien se halla en pecado mortal: ¡Oh paraíso! Te he perdido. ¡Ya no eres para mí!

Si estuvieras en pecado mortal, yo te diría: Trae a tu memoria los venturosos días de tu inocencia. Recuerda el día feliz de tu primera comunión.

¿Te acuerdas? Fué en la primavera de tu vida. Tu tierno corazón, como capullo de rosa a los rayos del sol naciente, se entreabría gozoso a la inspiración de la gracia. Ibas a recibir por vez primera a Aquél cuyo nombre inefable recogiste en la cuna de los labios de tu bendita madre, y cuya imagen misteriosa ella grabó en tu alma con lágrimas y caricias.

En esos días felices podías abrir las puertas de tu corazón como se abren las puertas de un sagrario, porque allí habitaba Dios y con Él estaban la inocencia, la paz y la alegría.

Pasaron algunos años, amaneció el día más sombrío de toda tu vida, el día en que cometiste el primer pecado, y tuviste que cerrar las puertas de tu corazón, como se cierra un ataúd: allá estaba el cadáver de tu alma.

Ahora andas inquieto y desabrido, te haces insoportable a ti mismo y a los que te rodean, eres un desventurado.

El pecado: esa es la víbora que envenena la vida, que atormenta día y noche, que emponzoña todas las alegrías y redobla todas las tristezas.

Caigamos a los pies de la cruz y oigamos la voz del Salvador que repite lo que dijo un día a las mujeres de la ciudad santa: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas.

¡Sí, dulce Jesús! Queremos llorar, porque nos pesa de haberos ofendido, afligiendo tantas veces con nuestros pecados vuestro amoroso corazón.

Perdonadnos nuestras ofensas. Olvidad la ingratitud con que hemos pagado vuestro amor.

Inspiradnos un verdadero dolor de nuestras culpas para que odiemos el pecado como el mayor de todos los males y seamos fieles a nuestros propósitos hasta el postrer aliento de nuestra vida.

LA MUERTE

El mundo es semejante a un gran teatro en el que figuran los hombres como actores que van representando siempre las mismas obras, ora tristes, ora alegres, con trajes y actitudes diferentes.

Se corre el telón y aparecen nuevos actores en el escenario para abandonarlo pronto dejando su lugar a otros.

Breve es nuestra permanencia en este mundo, contados están nuestros días y todos ellos van pasando fugaces como nave impulsada por recio viento. La estela de espuma que en pos de sí va dejando se deshace, y de su paso por las aguas no queda rastro alguno.

El hombre no quiere acordarse de la brevedad de la vida. Aun más, quiere borrar de su memoria el triste recuerdo de la muerte.

Hubo una vez un potentado que mandaba a su lector suprimiese la palabra muerte siempre que ocurriese en la lectura.

Mas ¿de qué le sirvió? A pesar de eso, la muerte no dejó de llamar a la puerta de su palacio para llevárselo a la eternidad.

Rey de la creación ha sido llamado el hombre. Y también compendio maravilloso del mundo espiritual y del mundo corpóreo.

Pero San Gregorio de Nisa, que miraba al hombre con ojos no enturbiados por la soberbia humana le llamó: Estatua de tierra condenada a convertirse en polvo.

Eso es todo hombre: Estatua de tierra es quien nace entre los halagos de la fortuna para desgranar los días de una vida dichosa como se desgrana un hilo de perlas. Estatua de tierra es quien nace entre los ahogos de la miseria para arrastrar los días de una vida desdichada como se arrastran los eslabones de una cadena; porque no hay cuna adonde no acuda la muerte para marcar con su hierro a cada ser nacido.

Todo cuanto vemos y cuanto oímos nos recuerda a la muerte; porque todo en torno nuestro es nacer y morir. Adonde quiera que volvamos los ojos, en todos los reinos de la naturaleza se alza como perenne amenaza la imagen de la muerte. En todas partes tiene estampado su lúgubre nombre.

El nombre de la muerte está escrito en los pétalos de la flor que sonríe al rayar el alba y se marchita y se deshoja antes de llegar el sol al ocaso.

De la muerte nos habla con misterioso murmullo el arroyo que presurosamente se precipita por el pedregoso cauce hasta perderse en la inmensidad del mar.

La nube que cruza el firmamento nos recuerda las palabras del apóstol Santiago: El hombre no es más que un poco de vapor que se levanta para desvanecerse luego.

Recuerda que has de morir. Tal es el rumor que brota de la naturaleza entera como un eco de las palabras del Creador: Recuerda que eres polvo y en polvo te has de convertir.

Como se suceden y renuevan las cosechas, y caída una al filo de la hoz del segador nace y crece otra a la cual aguarda inmediatamente el mismo destino, así se cambian y renuevan en el mundo las humanas generaciones al filo de la guadaña de la muerte.

Otros recorrieron tiempos atrás estas plazas y calles, otros habitaron estas casas, otros llenaron estos templos, otros trabajaron aquí antes que nosotros. ¿Dónde están ahora? Con sus buenas o malas obras, con sus vicios o virtudes recibieron la orden de partir y desaparecieron de la escena del mundo como si bajo sus pies se hubiese abierto la tierra.

Muere el hombre. Pocas horas después de haber exhalado el último suspiro, llevan su cadáver al cementerio. Allá queda solo y pasa por primera vez la noche entre los muertos.

Los que formaron el cortejo vuelven a sus hogares. La vida sigue como antes, sin que se note la falta del que se fué... "¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!"

> Triste destino el de la vida humana.
> Ayer, grandezas, ilusiones, ruido.
> Hoy, sollozos y lágrimas.
> Mañana, soledad, silencio, olvido.

Y ¿dónde está el alma que dió vida a esos cadáveres que tan solos se quedan en el cementerio?

¿Acaso en ese sepulcro adornado de mármoles, columnas, relieves y títulos? No. Esa es la sepultura temporal del cuerpo. El alma va a la eternidad.

Morir del todo: Eso quisieran los impíos para no caer en manos de Aquél a quien han ofendido durante la vida mortal. Pero no lograrán sustraerse a la justicia eterna; porque el alma es inmortal.

En el fondo de la tumba el hombre toca las fronteras del otro mundo. Detrás de las sombras de la muerte brilla la aurora de la vida eterna.

Acá en el sepulcro: destrucción, podredumbre, miseria. Allá, ¿quién sabe lo que nos aguarda? En rigor, lo que queramos: el cielo, si por medio de las buenas obras y la penitencia nos acogemos a los brazos abiertos de la misericordia de Dios; el infierno, si permanecemos duros e insensibles a los divinos llamamientos.

La vida vuela y la muerte llega pronto. Estupendos son los progresos de la ciencia en nuestros días. Pero ningún sabio ha descubierto ni descubrirá jamás un remedio eficaz contra la muerte.

En la esfera de cierto reloj famoso se leen estas palabras referentes a las horas que marca: Todas hieren; la última mata. Cada hora que pasa debilita nuestra vida; la última nos la quita.

Ni la juventud ni la salud son garantías contra la muerte. Aunque el joven hubiera de vivir todos los años que le augura su imaginación, ¿ha de creer por eso que tiene muy lejana la muerte?

Para apreciar los años en su justo valor, no basta mirarlos cuando están por venir, sino que hay que fijar también la vista en ellos cuando ya han pasado.

Con razón se ha pintado al tiempo en figura de anciano decrépito con alas; porque el tiempo visto de frente, cuando está por venir, parece llegar a paso lento como los ancianos; pero visto de espaldas, cuando ya ha pasado, parece tener alas para huir con paso más veloz que el vuelo del ave.

¿Por qué, pues, nos aficionamos tanto a las ilusiones del mundo, donde no somos más que peregrinos que van en busca de su patria verdadera, que es la eternidad, que ayer soñaban con la vida y hoy tropiezan en el borde del sepulcro? ¿Por qué amamos tanto las vanidades pasajeras de la tierra, que hoy son y mañana desaparecen como las flores de la primavera?

Todo lo temporal es incierto. La verdad de la muerte flota sobre ese perenne flujo y reflujo entre cuyos vaivenes se levantan y se hunden nuestras ilusiones. Feliz el alma que, pensando en la eternidad, menosprecia los bienes caducos que al frío soplo de la muerte se disipan como si fueran humo, y se acerca a Dios único bien verdadero capaz de llenar las inmensas ansias del corazón.

Pensando en la muerte y en la eternidad, el abad Rancé se retiró del mundo al desierto de la Trapa y fundó allí la Orden monástica más austera que hay en la Iglesia, y se hizo santo.

Ojos que miraron de frente a la muerte, no se abrirán más sino para despreciar el mentiroso brillo de las cosas terrenas y mirar a Dios, aspirando a los bienes del cielo.

¡Qué dichosos seremos en nuestra última hora, si grabamos en nuestros corazones las santas enseñanzas que nos da la muerte, verdadera maestra de la vida!

¿Por qué nos espanta la muerte sino porque no la miramos cara a cara? Si así la miráramos la hallaríamos hasta hermosa. Hermosa, sí, como la esperanza de una vida eterna. Porque escrito está que quien piensa en la muerte nunca pecará. Y quien nunca peca, ciertamente se salva.

¿Por qué pintáis a la muerte —preguntaba San Carlos Borromeo a un pintor— por qué pintáis a la muerte con una guadaña en la mano? Ponedle una llave de oro.

La muerte meditada, la muerte esperada, la muerte escuchada como maestra de sabiduría, no empuña la guadaña que siega la vida, sino la llave de oro que abre las puertas del cielo.

EL JUICIO FINAL

La vida del hombre en este mundo está envuelta en la sombra del misterio.

El crimen levanta su trono sobre la tierra, mientras la virtud se encuentra arrinconada en la soledad del santuario. Y entre tanto, Dios calla como si no existiera o como si su poder estuviera reducido a la impotencia.

¿Qué hace Jesús, el hijo del carpintero, que no defiende a sus discípulos contra el poderío del César? Así preguntaba irónicamente un pagano a un fervoroso cristiano cuando Juliano el Apóstata se propuso reconstruir los altares de los falsos dioses y encerrar otra vez a la Iglesia Católica en las catacumbas. Jesús está fabricando un ataúd para el emperador Juliano —respondió aquel cristiano lleno de fe inquebrantable en la victoria de Jesucristo.

Y así fué. Al poco tiempo el desdichado apóstata Juliano caía mortalmente herido en una batalla contra los persas, y alzando al cielo la mano teñida en la propia sangre, lanzaba con el último suspiro la última blasfemia: ¡Venciste, Galileo!

¿Qué hace Jesús, vuestro Dios? Esa es la pregunta que durante esta vida mortal dirigen los malos a los buenos, los enemigos de Jesucristo a los que, siguiendo la bandera de este divino Capitán, batallan por conquistar el reino de los cielos.

¿Dónde está vuestro Dios? ¿Cómo os desampara y os deja en poder de los que os insultan, persiguen y oprimen? ¿No tiene ojos para ver vuestras lágrimas? ¿No tiene oídos para escuchar vuestras súplicas? ¿No tiene manos para arrancaros de la tiranía de vuestros enemigos?

Porque el hecho es que adonde quiera que volvamos los ojos hallamos una desconsoladora inversión del orden moral que en algún modo parece justificar esas burlonas y sacrílegas preguntas de los impíos. La maldad se regocija entre carcajadas, la virtud llora lágrimas que nadie enjuga, la injusticia dicta leyes, la justicia siéntase en el banquillo de los reos, la desvergüenza y el escándalo yerguen públicamente la cabeza, oyen aplausos, reciben y reparten favores.

Pero aguardad. Amanecerá un día en que Dios romperá el silencio y los hombres verán resplandecer la justicia de Dios de la que dudaron tantas veces cuando el crimen aparecía en el mundo coronado de laureles y perseguía y castigaba a la virtud. Entonces se rasgará el velo de tantos misterios que no comprendimos en la vida y nos explicaremos el desorden de este mundo donde lloran los justos y ríen los impíos.

¿Cuándo apuntará la aurora del último día de los tieinpos? Jesucristo dijo que nadie lo sabe, ni los mismos ángeles del cielo.

Hay, sin embargo, un día designado por el cielo en que el mundo se verá sumergido en un mar de espantos y de horrores. Tristes y funestos días serán para el hombre aquellos en que el Dios de la majestad ostente todo su poder y grandeza. Todos los estragos y calamidades que nos refieren las páginas de la historia no son más que una sombra comparados con el exterminio del mundo.

En medio del profundo silencio que reinará entonces en el universo, retumbará el sonido de la angélica trompeta y se oirá una voz que clamará: Levantaos, muertos, y venid a juicio.

Al imperio de esta voz la muerte temblará, y al sonido de aquel clarín misterioso, la tierra y el mar lanzarán los cuerpos que tenían en su seno escondidos, y bajando del cielo las almas de los bienaventurados se unirán a aquellos cuerpos con los cuales sirvieron a Dios durante la vida. Saldrán también del infierno las almas de los réprobos y entrarán en los cuerpos con los que tanto ofendieron a su Creador.

Dios, que con el imperio de su omnipotencia nos ha sacado de la nada, ¿no podrá con otro acto de su voluntad omnipotente resucitarnos del sepulcro?

Reunidos todos los mortales sin distinción de clases y categorías, se abrirán de repente los cielos y comen-

zará la representación del drama más grandioso que se pueda imaginar.

Lo primero que se presentará a nuestros ojos será el real estandarte de la Cruz acompañado de millares de ángeles, y a su vista todos caerán de rodillas, saludándola reverentes los que en virtud de ella se salvaron, y apartando de ella los ojos los que por no seguir esta bandera incurrieron en la eterna reprobación.

Jesucristo aparecerá sentado en majestuoso trono, ostentando todos los atributos de su soberana majestad y revestido con todo el esplendor y autoridad que cumple al Rey de reyes y soberano Señor de cielos y tierra. Su figura brillará más que el sol en medio de su carrera y sus ojos serán más resplandecientes que las estrellas y luceros que tachonan el firmamento.

¿Cuál será la impresión que producirá en nosotros la presencia del supremo Juez en su tribunal?

Si el profeta Daniel, con ser tan santo y tan amigo de Dios, cayó postrado en tierra desmayado al contemplar como en figura la visión del juicio universal y no pudo moverse hasta que la mano de un ángel le ayudó a levantarse, ¿qué será de nosotros pobres pecadores cuando veamos, no ya una figura del juicio, sino la misma realidad de aquel soberano tribunal?

Es el corazón del hombre un abismo impenetrable. Sólo Dios, que lo creó, es capaz de leer en él hasta los últimos secretos.

Ahora, en esta vida, el corazón es mudo. ¡Cuántos secretos esconde que, si se publicaran, abrasarían el rostro con el escozor de la vergüenza! Pero sujetándolo y ahogándolo entre las manos de la voluntad, le decimos: ¡Calla, corazón, calla! Y seguros de su silencio, nos cubrimos con la máscara de la hipocresía, y alzamos la frente, como si la tuviéramos tan pura como la de un niño recién regenerado en las aguas bautismales, y pregonamos nuestra honradez, nuestra sinceridad, la nobleza de nuestras intenciones, y desafiamos el juicio de los hombres. ¡Mentira! nos dice el corazón muy bajo, tan bajo que solamente nosotros lo oímos. ¡Mentira! ¿Y aquellas murmuraciones? ¿Y aquellos fraudes? ¿Y aquellos pecados de sensualidad?

¡Calla, corazón, calla!, repetimos apretándolo más, temerosos de ver descubierta nuestra maldad. Y tanto, tanto lo apretamos que por fin enmudece y nos deja vivir tranquilos, estimados del mundo y hasta satisfechos de nosotros mismos.

Pero día llegará, y será el terrible día del juicio final, en que se descubrirán hasta los repliegues más ocultos de la conciencia humana.

En aquel día Jesucristo, soberano sol de justicia, hará que clara y distintamente vean todos lo más escondido de la conciencia de cada cual, y cada cual lo más recóndito de las conciencias de todos.

Los que tenéis vergüenza de confesar vuestras culpas, a pesar de estar garantidos con la salvaguardia del sigilo sacramental y de saber que no se los decís a un

hombre sino al mismo Dios que ya los conoce, ¿qué sentiríais si ahora mismo revelase Dios a todos vuestros conocidos los pecados que ocultáis en vuestro corazón? ¿No quedaríais llenos de rubor y no llegaríais hasta a desmayaros de vergüenza?

Pues sabed que en el día del juicio, no sólo se publicarán las culpas que cometisteis, ante un grupo de personas, sino a la faz de todos los hombres del mundo, de todos los ángeles y santos, y os los echarán en cara vuestros padres, hermanos y amigos.

Mas no vayáis a imaginar que sólo se verán los pecados. El día del último juicio Dios revelará también a todo el mundo todas las obras buenas de los justos: tantas obras de virtud que en esta tierra no encontraron merecida recompensa, pero que los ángeles del cielo habían escrito con letras de oro en los libros de la vida eterna.

Allí aparecerán radiantes de belleza y de júbilo tantas almas piadosas, despreciadas por los mundanos mientras vivían; tantos sacerdotes perseguidos por su celo incansable en el servicio de Dios; tantos hombres que prefirieron renunciar a puestos brillantes y hasta perder la fortuna antes que violar las sagradas convicciones de la conciencia.

En aquel día se les hará justicia a los justos despreciados en la tierra; allí les dará Dios la honra y la alabanza que les negaron los hombres; allí recompensará el Señor y glorificará las virtudes que el mundo perverso escarnecía y vituperaba.

Colocados los justos con orden admirable a la derecha del supremo Juez, y amontonados los réprobos a su izquierda, pronunciará Jesucristo desde su excelso trono aquella sentencia irrevocable, feliz o desgraciada, que durará por toda la eternidad.

Pero como su mayor gusto es premiar y usar de misericordia, se volverá primero a los elegidos y fijando en ellos aquella mirada que enamora y embelesa a los ángeles y santos, les dirá: Venid, benditos de mi Padre, a gozar de mi reino, en compañía de los ángeles y santos del cielo.

Y los buenos, más resplandecientes que el sol, se levantarán por los aires prorrumpiendo en voces de alegría, y batiendo palmas de victoria, exclamarán: ¡Al cielo, al cielo! Salud y gloria y alabanza al Cordero sin mancilla que nos ha salvado.

¡Oh feliz penitencia, oh dulces lágrimas, oh amadas tribulaciones y trabajos, que nos han merecido tanta gloria!

Después, el Juez supremo, vuelto a los réprobos, les dirá con semblante justiciero: Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno que está preparado para Lucifer y los que siguieron sus banderas.

¡Oh pecado! ¡Maldito pecado! ¡A qué fin tan desastroso habrás de conducir un día a tantas almas!

Tal es el lúgubre fin de aquella horrible tragedia que se desarrollará ante nuestros ojos el día del juicio supremo. Tal el fatal término al que irán a parar las intrigas y pasiones de la tierra: un suplicio eterno.

¿Cuál será la suerte que aquel día nos ha de caber? No lo sabemos; pero todavía no ha sonado la hora de la justicia; todavía nos llama Dios con la dulce voz de su infinita misericordia.

Dios es un Padre bondadoso y amante que nos convida lleno de amor a arrojarnos en brazos de su infinita clemencia.

Arrepentidos de los pecados cometidos, lloremos nuestras culpas para que en aquel día supremo podamos escuchar de sus labios aquellas dulces palabras: Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os tengo preparado desde el principio del mundo.

MISERICORDIA DE DIOS

La misericordia del hombre es mezquina porque su corazón es tan estrecho y tan pequeño que con una gota de hiel rebosa. La misericordia de Dios es infinita porque su corazón es un océano insondable de amor para con sus criaturas.

Nadie como Jesús es capaz de hacernos comprender la ternura de la divina misericordia. Meditando sus parábolas y los hechos de su vida narrados en los Evangelios, entenderemos algo de lo que es su corazón infinitamente misericordioso.

Jesús se ofrece a nuestras miradas en la figura del buen Pastor. El buen pastor —dice— deja en el aprisco noventa y nueve ovejas para ir en busca de una sola que se le perdió.

La oveja perdida, mientras el sol doraba los campos, pudo sentirse feliz, gozando de la libertad. Pero cuando se extendieron las sombras de la noche empezó a tener miedo de los lobos que infestaban la región, y caminando, caminando, cayó al fin rendida de cansancio. Sola, sin abrigo, enredada entre las zarzas se encontraba tal vez al borde del precipicio.

Allí creyó morir, cuando inesperadamente oyó la voz del buen pastor que la llamaba.

Cuando éste la alcanzó, la colmó de caricias para que no se asustara y la puso sobre los hombros para que no se cansara y marchó contento y presuroso a guardarla otra vez en medio del rebaño.

Así trata el buen Jesús a los pecadores por extraviados que estén, y tan grande es el gozo que experimenta su corazón al ver la conversión de un pecador que no puede contenerlo en su pecho y quiere que participen de su alegría todos los bienaventurados del cielo.

En el cielo —dice Jesús— habrá más regocijo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.

Digno lenguaje del mismo que dijo: No he venido a buscar a los justos, sino a los pecadores. Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

En la parábola del hijo pródigo —la más bella y conmovedora que salió de sus divinos labios—, nos descubre Jesús aún mejor el fondo infinitamente misericordioso de su corazón.

Un padre tenía dos hijos. Los amaba entrañablemente y los dos vivían felices en la casa paterna disfrutando del noble cariño de su padre y de todas las comodidades que puede brindar una gran fortuna.

Cierto día dijo el menor de ellos a su padre: Padre, dame la parte de herencia que me corresponde, porque quiero irme lejos.

El padre quedó aterrado, con el corazón herido como por un puñal, con expresión de infinito dolor pintada en el semblante. Cuantos esfuerzos hizo para disuadirle de su intento fueron inútiles. El hijo, duro como una piedra, repetía: Dame mi herencia.

Por fin, el padre, transido de congoja, satisface ampliamente la demanda del hijo desnaturalizado.

A los pocos días, el muchacho recoge todas sus cosas, junta el dinero recibido y parte camino de un país remoto donde en poco tiempo derrocha todo su caudal viviendo disolutamente. No le quedó nada más que los ojos para llorar, el corazón para sentir los remordimientos que le atormentaban, la soledad en que le dejan los amigos que le ayudan a arruinarse y la miseria espantosa que lo consume.

Sobreviene una grande hambre en aquel país. ¿Qué puede hacer el pobre pródigo solo, abandonado de sus falsos amigos y sumergido en la mayor miseria? Se pone a servir a un señor de aquella tierra que le manda lejos, al campo, a cuidar una piara de inmundos animales.

Hijo de una noble y acaudalada familia, acostumbrado al bienestar de la casa paterna, se encuentra de pronto en la soledad, rodeado de animales inmundos; muerto de hambre, disputando a los cerdos la mísera y vil comida de que se alimentan.

Cansado de sufrir, agobiado por la miseria como el más pobre de los mendigos, cubierto de sucios harapos, el pródigo se pone a reflexionar. Piensa en la felicidad que reina allá lejos, en la casa paterna.

¡Oh, la casa de su padre! ¡Santos recuerdos de la infancia! ¡Fúlgida estrella que brilla en la opaca noche que le cerca! Sus ojos se llenan de lágrimas, los sollozos brotan de su corazón embargado por la tristeza. De repente, como un relámpago, una idea ilumina su mente: ¿Y si yo volviera a la casa de mi padre? Pero rechaza este pensamiento. ¿Volver? Es imposible. ¿Cómo le recibirá el padre a quien ofendió? ¿Qué dirá la gente? ¿Cómo podrá presentarse así, sucio, cubierto de jirones, demacrado por el hambre y el vicio ante su familia?

Mas el hambre sigue haciendo estragos en su salud debilitada. Así no puede vivir. Mejor es sufrir vergüenza que morir de hambre. ¡Ah! —se dice a sí mismo—, cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí estoy pereciendo de hambre. ¡Ea! Me levantaré e iré a mi padre.

Y se levanta. Huye de la inmunda piara. Traspone montañas, vadea arroyos, cruza valles y bosques. El sol le quema, los pies le sangran, el hambre le atormenta, la fatiga va creciendo. No importa. Quiere llegar hasta su padre. Este pensamiento le da nuevos bríos. Una colina aún. La sube y delante de él se extiende la llanura en medio de la cual contempla una casa sombreada de árboles: es la casa de su padre. El corazón no le cabe en el pecho.

El padre, como acostumbraba, salió también ese día de su casa y tendió la vista en la dirección por donde su hijo había desaparecido. Lo vió desde lejos. Y aun antes de que sus ojos lo vieran ya se lo había dicho el corazón.

También el hijo ha reconocido a su padre. Se estremece lleno de confusión. Ahí está . . . Derrochada en la lujuria la hacienda paterna, con los vestidos hechos jirones. ¡Dios mío! ¡Cómo se fué y cómo vuelve! No se atreve a mirar a su padre. Sollozando se postra en el suelo y con voz entrecortada por los sollozos que le arrancan el dolor y el arrepentimiento, exclama: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. No soy digno de ser hijo tuyo.

Pero el padre, vencido por la emoción y la alegría, nada oye. Le echa los brazos al cuello. Lo estrecha contra su corazón, cubre su rostro de besos y lágrimas y pronuncia mil veces con inefable ternura el nombre de hijo.

Ni una sola palabra de censura le dirige. Lo engalana con espléndida vestidura y dispone un festín para celebrar la vuelta del hijo a la casa paterna.

Jesús nos explicó esta hermosa parábola, y todos vemos en ella retratada la infinita misericordia de nuestro Redentor.

Dios tiene dos hijos: el justo y el pecador.

Éste, insensato, se cansa de la compañía y del amor de su padre celestial. Se aleja de Dios y parte hacia la tierra de los pecadores para entregarse más libremente al desahogo de sus desenfrenadas pasiones.

Pero ¡ay! que en los lugares y en los corazones donde no reina Dios todo está agostado y destruído por el fuego de los vicios y sólo reinan el hastío, la intranquilidad y la desesperación.

El pobre pecador pensaba ser dichoso y es desgraciado. Tiene sed y hambre de felicidad, la busca en el país de los pecadores, al lado de compañeros libertinos y sólo encuentra el hastío y la miseria más espantosa.

En esas horas de soledad y de tedio que se entreveran con las horas alegres, como en la noche se entrevera la negrura del firmamento con el resplandor de las estrellas, Dios llama al corazón con los divinos toques de su gracia. Y el pobre pecador entra dentro de sí mismo. Se acuerda de los días felices de la infancia

> "cuando felices el camino andamos
> y todo se disuelve en la fragancia
> de un domingo de ramos",

recuerda las oraciones que le enseñó su piadosa madre, acuérdase de la primera comunión y de la paz que gozaba cuando era todavía inocente...

Piensa. Y ante tales recuerdos el corazón se le llena de amargura y la conciencia de remordimientos. Al fin, prorrumpe en la resolución salvadora: Me levantaré. ¿Qué hago en medio de estos vicios que me degradan? ¿Por qué arrastrar por más tiempo estas cadenas que me aprisionan y amarran al servicio del demonio? ¡Arriba! Volveré a mi Dios; me arrojaré a sus pies; le pediré perdón y solicitaré, no el cariño paternal que no merezco, sino al menos una mirada de misericordia. Él es tan bueno que no podrá negármela.

Y el Redentor, el Padre celestial, recibe con los brazos abiertos al pobre pródigo, lo purifica y lo viste de

nuevo con la túnica de la inocencia y luego, transportado de alegría, le invita al banquete eucarístico donde le proporciona, no manjares terrestres, sino su propio cuerpo y sangre como si fuese su hijo predilecto.

Ésta es la parábola. Veamos ahora la realidad; es decir, la misericordia de Jesucristo en acción frente a los pobres pecadores.

Miremos a esa mujer pecadora que llega arrepentida a los pies de Jesús en medio de un convite. Es María Magdalena. Todos la miran con desprecio. El buen Jesús no la desprecia. Permite que le bañe los pies con las lágrimas que le arranca el arrepentimiento. Con inefable dulzura la defiende contra sus altaneros adversarios y lejos de increparla con aspereza, le dice lleno de profunda compasión: Perdonados te son tus pecados. Vete en paz.

¡Oh, Corazón de Jesús! ¡Abismo insondable de misericordia y amor!

Los fariseos llevan a su presencia a una mujer sorprendida en pecado, para que la condene. Mal conocen esos hipócritas el amoroso corazón de Jesús.

Por toda contestación Él les responde: Aquél de vosotros que no haya pecado, tire contra ella la primera piedra. Y todos se retiraron llenos de vergüenza y de confusión.

No. Jesucristo no había venido a juzgar y condenar, sino a perdonar y salvar.

Zaqueo, pecador, se arrepiente. Jesús va con él a su casa. Come en su compañía. Conversa con él y lo salva.

Pedro le niega cobardemente. Jesús le dirige una mirada llena de dolor, pero también de amor y de misericordia, y arranca lágrimas del corazón del apóstol, que le alcanzan a éste el perdón más generoso.

¿Qué es la vida entera de Jesucristo sino una continua manifestación de infinita misericordia? Ni a Judas el traidor hubiera dejado de perdonarle si se hubiese arrepentido. Y en el Calvario, atormentado y ultrajado por sus enemigos, alzó sus moribundos ojos al cielo para rogar: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

EL CIELO

La falta de fe en la vida futura, el alejamiento de Dios en que viven hoy gran parte del pueblo y de la sociedad, son gravísimas amenazas para la humanidad, si ésta, arrepentida, no vuelve a Cristo en demanda de luz y de vida.

Nunca, ciertamente, hubo tanta necesidad de pensar en el cielo como hoy, cuando tan triste se va haciendo el vivir sobre la tierra.

Tenemos que afirmar nuestra fe en la aurora que brilla más allá de las tinieblas de la tumba; en aquel reino magnífico donde Dios premia con coronas eternas los trabajos de esta corta y miserable vida, donde se calman todas las angustias y se satisfacen todos los deseos y se encuentra para siempre el manantial que apaga la sed de felicidad.

Remontémonos, pues, en nuestra meditación a esas regiones eternas de inefables delicias, a esas moradas de magnificencia incomparable para las cuales es antesala demasiado humilde el firmamento con todas sus estrellas.

Cuando miramos al cielo todos los trabajos de la vida se endulzan, todos los placeres terrenos se acibaran, la voz de las pasiones enmudece y el alma se eleva y adquiere nuevas fuerzas cuando piensa: la tierra es el destierro, el cielo es la patria.

¡El cielo! Esta es la palabra maravillosa que hace palpitar de alegría a todos los corazones cristianos, e impulsa a los hombres a seguir caminos de heroísmo y de santidad en servicio de Dios y de sus semejantes.

Espléndido es el orbe que Dios fabricó con sus manos. ¿Cómo encarecer la hermosura de este gran teatro de la tierra, opulenta casa del hombre guarnecida con tan rica variedad de luces y ornatos peregrinos? ¡Qué majestad la de los altos y frondosos árboles! ¡Qué grandeza la del mar y de los anchos ríos! ¡Qué amenidad la de los campos! ¡Qué aromas los de los jardines y las brisas! ¡Qué música más concertada el gorjeo de las aves! ¡Qué variedad de formas y colores y armonías explayó en el inmenso lienzo de la naturaleza la gracia del divino pincel!

Pues bien, si Dios creó tantas maravillas para embellecer el lugar de nuestro triste destierro, ¡cómo será el paraíso, donde Dios con toda su magnificencia quiere premiar por toda la eternidad a los que le aman y sirven en esta vida!

Si hasta en este valle de lágrimas, en este caos de miserias, de dolores y de tristezas, el corazón humano se siente a veces inundado de dulce alegría y consuelo, ¿qué será en el cielo, en nuestra verdadera patria, don-

de nos abrazaremos con el creador de todos los bienes y de toda la felicidad?

Razón tenía San Ignacio, cuando al hundir la mirada en las profundidades del estrellado firmamento exclamaba en un arranque de sublime emoción: ¡Oh, cuán pequeña y vil parece la tierra comparada con el cielo!

Regalado un día por un favor especialísimo del Señor, vió el Apóstol San Juan el cielo abierto y el trono glorioso del Creador.

Sobre un mar de oro y de zafiro se alzaba la morada resplandeciente del Señor con tan viva lumbre que ofuscaba los ojos. Una suave melodía angélica rodaba por las bóvedas sonoras como un suspiro del mar en la serenidad de las playas.

¡Qué aromas exquisitos y regaladas músicas y delicados goces sintió el Santo Apóstol! Con el alma abierta lo mismo que una rosa, recibió aquel divino rocío, y tendió de nuevo la vista por aquellas hermosas moradas.

Por cualquier parte que allí miraba, contemplaba ya majestuosos palacios, ya deliciosos jardines y cuanto de bello y hermoso se pueda imaginar.

No había en aquella encantadora ciudad ni sol, ni luna, ni estrellas, porque la claridad inmensa de Dios la ilumina con el brillo de sus resplandores.

Una muchedumbre inmensa de todas las naciones y lugares puebla esta ciudad esplendente, y todos ellos rebosan de felicidad, sin sentir jamás la más leve amargura.

Allá han desaparecido las distinciones con que el mundo nos trae acá divididos. La púrpura del monarca no es más gloriosa que el humilde vestido del pobre. Las heroínas de la castidad religiosa brillan al lado de las santas matronas que honraron con sus virtudes el estado matrimonial. Magdalena y Agustín, lumbreras del cielo después de haber sido escándalo del siglo. Luis de Francia, Fernando de Castilla, Enrique de Alemania, austeros anacoretas entre los esplendores del trono, al lado de Isidro y Zita, santificados en la vida fatigosa del campo. Los doctores con sus tesoros de saber y los artesanos con la humilde oscuridad de su condición. Los niños en la flor de la inocencia y los ancianos cargados de trabajos y méritos: todos a una cantan las alabanzas de Dios y amistosamente nos invitan a participar de su inefable bienaventuranza.

Y entre los millares de santos que la Iglesia conoce y cuyo nombre ha encomendado a nuestra veneración, ¡cuántos hay sólo conocidos por Dios! ¡Cuántos también a quienes nosotros conocimos y tratamos en esta vida mortal! ¡Cuántos que con nosotros estuvieron unidos con vínculos de sangre y de amistad!

Desde el cielo contemplan nuestras luchas, desde su gloriosa morada ven las amarguras de nuestro sufrir, cuentan nuestros suspiros, perciben nuestras lágrimas e interceden por nosotros.

¡Oh, sí! En el cielo volveremos a encontrar a los que hemos amado en esta vida y cuya pérdida hemos llorado con tantas y tan ardientes lágrimas.

La muerte abre a veces heridas que nunca cicatrizan y deja en el corazón vacíos que no se colman en la tierra.

¡Oh, cuán dulce es el pensamiento del cielo para aquellos que han visto partir a los seres queridos del corazón, para aquellos a quienes les parece que tarda demasiado la hora de volver a reunirse con ellos!

¡Qué gozo inunda el corazón de la madre cuando recibe las primeras caricias de aquel angelito que le envía Dios para sellar con su presencia la felicidad del nuevo hogar! Cuando ese niño despliega por primera vez los labios para llamarla madre, el corazón no le cabe en el pecho de gozo y de júbilo.

Pero a veces, la muerte —tremenda segadora—, entra en aquel hogar feliz y corta con su guadaña esa hermosa flor, inundando de tristeza indecible el corazón de la pobre madre.

¡Madre desconsolada! Enjuga las lágrimas. Si tienes la dicha de salvarte ese hijo que ya es compañero de los ángeles, saldrá a tu encuentro y no se separará más de tu lado.

Y tú, pobre huérfano que sientes un vacío inmenso en el corazón desde el día en que la inexorable muerte arrancó a tu cariño aquella madre idolatrada que era tu única alegría, vierte tus lágrimas sobre la tumba que guarda sus queridos restos; pero no llores como aquellos que carecen de esperanza. Si sigues el luminoso camino que ella te marcó con sus virtudes, brillará para ti la aurora del hermoso día en que volverás a ver a

tu madre y lleno de júbilo la abrazarás de nuevo, y esos abrazos serán eternos.

San Pablo fué arrebatado al cielo en una visión y, al volver de su misterioso viaje contemplativo, tomó la pluma para describir las impresiones que embargaban su alma, y he aquí todo lo que acertó a decir el más elocuente de los apóstoles: Lo que mis ojos vieron, jamás lo han visto ojos humanos, lo que mi oído oyó, jamás lo ha percibido oído de hombre, ni el gozo que experimenté cabe en entendimiento mortal.

Todas las hermosuras de la tierra no son nada al lado de las bellezas con que Dios recrea en el cielo los ojos y el corazón de sus hijos. Él mismo, fuente inagotable de hermosura y felicidad, de quien todas las bellezas humanas no son más que pálidos reflejos, quiere ser la recompensa de los bienaventurados.

En el cielo veremos a Dios, no como ahora lo vemos entre las sombras de la fe o como por entre cristales y celajes a la manera que vemos el sol cuando lo cubren las nubes, sino con toda claridad en el esplendor de su infinita magnificencia.

Allá comprenden los bienaventurados todos los misterios que adora nuestra sacrosanta religión.

Allá, en la misma esencia divina, contemplan como en un espejo, el grandioso drama de la historia del mundo y todas las maravillas del cielo y de la tierra: la estructura del universo, la fuerza misteriosa de los elementos y el orden maravilloso con que funcionan to-

das las cosas según el plan que Dios trazara desde el comienzo de la creación.

Nuestro pobre corazón, tantas veces herido por las amarguras y desilusiones de esta miserable vida, se verá en la gloria del paraíso tan feliz y satisfecho que nada le quedará por desear; pero sin experimentar jamás ese desagrado y hastío que hasta las cosas mejores nos causan al fin en este mundo.

Alcemos a menudo la mirada desde este triste valle de lágrimas a la región serena del paraíso, donde se secará la fuente del dolor y toda tristeza se trocará en júbilo eterno.

Cuando la mano de la adversidad con los recios golpes del infortunio venga a llamar a las puertas de nuestro corazón, alcemos la mirada nublada por las lágrimas a las espléndidas moradas del paraíso, donde no habrá más llanto ni dolor y todas las lágrimas se cambiarán en preciosos brillantes de nuestra eterna corona.

Cuando el recuerdo de nuestras culpas pasadas quiera abatirnos el ánimo y cubrir como con pesada y fría losa las esperanzas que tenemos de una vida inmortal, eternamente feliz, levantemos la vista hacia el espléndido trono de gloria preparado por Dios para aquellos que lavaron sus culpas en las aguas regeneradoras de la penitencia.

En el cielo brillan como estrellas de primera magnitud muchos que en vida mortal fueron grandes pecadores. Dios, infinitamente bueno, les tocó el corazón, y

ellos detestando sus pasados errores volvieron al camino de la virtud. Unos se convirtieron en la flor de la edad, otros pasadas las tempestades de las pasiones, muchos en la última enfermedad y hasta en la hora de la muerte.

Brevísimo es el tiempo de la tribulación, eterno el de la recompensa, rápido y sereno como un sueño el viaje, delicioso y sin término el descanso, corta la lucha e inmortal la corona que Dios ceñirá a la frente de sus fieles servidores por los siglos de los siglos.

JESUCRISTO

Así como nuestro planeta en su misterioso viaje por los espacios alrededor del sol no puede en manera alguna sustraerse a la atmósfera, que como suave y delicado manto lo envuelve, sin la cual veríase privado del soberano beneficio de la vida, así la humanidad en sus inmortales jornadas a través de los siglos hacia sus eternos destinos no podrá jamás sustraerse a la benéfica influencia de Jesucristo, por más que una parte de los hombres, poseída de un furor insano, forcejee incesantemente por conseguirlo.

Jesucristo ha entrado en la historia y jamás logrará nadie arrojarle de ella. Su cuna divide a la historia en dos hemisferios. En la humilde cuna de Belén hacen alto y quedan petrificados los siglos antiguos y de la misma cuna arrancan los del mundo moderno, de tal suerte que todas las generaciones civilizadas en adelante, al querer fijar en el tiempo sus fechas memorables, ora sean días de gloria y de triunfo, ora de luto y de tristeza, no podrán hacerlo sin referirse a aquel misterioso Niño que nació en la gruta de Belén. Ni un decreto darán los reyes y mandatarios de los pueblos, ni un documento escribirá el hombre de negocios, ni

una carta dirigirá la madre a su hijo, sin que al principio o al fin se pongan en relación con el nacimiento del prodigioso Niño.

La vida de Jesucristo fué el espectáculo más admirable que jamás se ha visto en la tierra; por nadie se han derramado tantas lágrimas ni tanta sangre; nadie ha hecho latir tantos corazones ni germinar tantos heroísmos, ni abrió surco tan profundo en la vida de los pueblos.

Jesús vivió treinta años en la misteriosa oscuridad de un taller y mientras manejaba los rudos instrumentos para ganar el sustento con el sudor de su frente, asentaba los cimientos de un nuevo mundo, del mundo moderno, cuya colosal grandeza, cuyos soberanos resplandores y deslumbrantes magnificencias tienen por factor principal el trabajo, que en adelante será a la vez ley de los individuos y fundamento de la riqueza y prosperidad de los pueblos. Jesucristo quiso ser obrero y dignificar el trabajo manual tan despreciado en el mundo antiguo. Gracias al obrero divino de Nazaret los pueblos modernos consideran el trabajo como condición indispensable del progreso.

Al lado de su divinidad brillan siempre en Cristo, sin confundirse, los rasgos de su humanidad, demostrando con esto, que su virtud no es un fantasma, un ideal inaccesible al hombre, sino que está al alcance de nuestra voluntad. En Jesús no desaparece el hombre, lo descubrimos siempre en las escenas ternísimas de su vida,

embelleciendo y sublimando a nuestros ojos el valor de sus actos. Su corazón divino era un corazón de carne que por nosotros latió apresuradamente, que sintió la impresión de todas las pasiones generosas, de todos los sentimientos nobles y elevados. Sufrió, se agitó, se entristeció, agonizó como los demás corazones, cayeron sobre él las amarguras de la vida. Se conmovió a la vista de las turbas hambrientas, lloró ante el sepulcro de Lázaro, su amigo; pero en todos estos actos no se descubre ni una sombra, ni una mancha. Sólo la figura de Jesús encierra una belleza inmaculada. La prudencia en sus palabras, la sabiduría en sus respuestas, la majestad en su persona, la bondad en sus acciones, todo revela el carácter sobrehumano de que está revestido: Jesucristo era Dios.

¿Y no es un milagro que este Jesús clavado en el infame madero de la cruz haya logrado hacerse adorar y amar en todo el universo? Este amor palpita hoy en los corazones más vigoroso que nunca. En ese amor a Jesús encuentra fortaleza el mártir para morir por la fe, y valor el misionero que deja su patria y cruza los mares en alas de su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas; en él encuentran gracia las Hermanas de la Caridad para besar las llagas de los enfermos en los asilos y hospitales, y fuerza el pecador para romper las cadenas que le sujetan al crimen, y consuelo el desgraciado, y luz viva y esperanza todas las almas dolientes, todos los corazones heridos que trepan por las ásperas pendientes del mundo en busca de las auroras bellísimas de los cielos.

Han rodado convertidos en polvo los cetros de la tierra, la mano del tiempo ha eclipsado el brillo de los reyes derribando sus tronos y coronas, todos los genios han caído de su pedestal, sólo Jesucristo sobrevive en la historia amado y adorado por el mundo. Ante su excelso trono vienen a postrarse las generaciones todas para besar sus pies ensangrentados, ofreciéndole el homenaje de un culto ardiente, de un amor que nunca desfallece.

La imagen bendita de Jesús, radiante de amor y de ternura, emerge del fondo de la humana miseria arrastrándolo todo hacia Sí; la humanidad enferma se incorpora penosamente sobre el lecho de su dolor, le dirige una mirada suplicante y le tiende los brazos murmurando la última plegaria de los Libros Santos: "¡Ven, Jesús, ven!"

LA PASIÓN DE CRISTO

En este espejo de la Pasión se descubre el abismo de la misericordia divina, se ostenta la grandeza del infinito amor y se manifiesta cuán grande es el valor de un alma por cuyo rescate todo un Dios, el creador del cielo y de la tierra, derramó su sangre entre los más horribles dolores.

A la cruz del Redentor han acudido los tristes de la tierra, los desamparados del mundo, las víctimas del dolor y de la desgracia. Allí, al pie de este patíbulo afrentoso, infinitas almas han hallado para sus penas un alivio y un consuelo que vanamente habían buscado en otras partes; allí se han secado fuentes de lágrimas que parecían inagotables; allí han recobrado amor a la vida corazones que ansiaban morir; allí innumerables inteligencias han descubierto la faz de Dios a través de las nubes tempestuosas de sus aflicciones, aprendiendo las riquezas y magnificencias encerradas en el dolor, y conociendo por dichosa experiencia que lo que parecía no haber de encerrar más que tristeza y amargura es fuente de consuelos soberanos, objeto especial del amor de Dios para con el hombre, regalo de su misericordia, corona

con que su mano divina se complace en adornar las frentes de sus escogidos.

Si el solo recuerdo del pecado bastaba para que se desmayasen algunos santos, si nos refieren las páginas de la historia que algunos santos murieron a fuerza del dolor que sentían por sus pecados, ¿cuál no sería la aflicción del corazón de Jesús en el huerto de Getsemaní, cuando los pecados de todo el mundo le abrumaban con su peso como montañas de roca?

Pero lo que allí destrozaba el corazón de Jesús era la previsión de que millones y millones de almas no se aprovecharían de su sangre divina sino para su eterna perdición. ¡Yo muero —diría— y mi muerte será estéril para tantos hombres; yo verteré gota a gota toda mi sangre por redimir al mundo y tantos pueblos se perderán y maldecirán mi nombre por toda una eternidad! ¡Qué extraño es que el pobre Redentor sucumba bajo el peso de tanta amargura! Gruesas gotas de lágrimas surcan sus mejillas, los sollozos ahogan su corazón, el cual, presa de indecible pena y comprimido por inmenso terror no puede ya contener la sangre que con ímpetu brota de su sacratísimo cuerpo y baña la tierra. ¡Padre mío —exclama con lastimosa voz—, Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz, mas no se haga mi voluntad sino la tuya!

El corazón de Cristo se estremece cruelmente torturado a la vista de Judas el traidor. ¡Le había amado tanto... le había predestinado entre millares... le hizo apóstol suyo y sacerdote! Y ahora Judas por un vil puñado de monedas viene a entregar al Salvador... tien-

de a Jesús los brazos, ¡oh felonía!, y acercándose a su rostro le besa Judas, donde le besó a Jesús su Madre inmaculada.

¿A quién buscáis? —dice Jesús a los soldados dominando con majestad divina su dolor inmenso. A Jesús de Nazaret —contestan a una voz los que venían, sedientos de su sangre. Y el dulcísimo Maestro se adelanta, ofrece las manos y, cautivo de los hombres, doblega su cuello bajo una soga atado como criminal.

¡Oh! ¿Quién podrá penetrar jamás en los misterios de aquella noche de horror, noche sin sueño, sin amigos, sin justicia y sin piedad, que pasó Jesús en la morada de los pontífices, en la sala del juicio, insultado, abofeteado, escupido en el rostro, aguardando el alba para comparecer delante del tribunal romano que había de confirmar la injusta sentencia?

Ecce homo! Allí está Jesús sangrando de mil heridas. Sus miradas descansan tristemente sobre aquel pueblo ingrato como si quisiera preguntarle: Pueblo mío, ¿qué te he hecho o en qué cosa te he contristado? ¡Contéstame! Soy yo tu Salvador, que recorrió tus ciudades y aldeas, derramando doquiera beneficios y gracias sin número y dejando en todas partes recuerdos de mi bondad y de mi amor. Mas todo fué en vano. Los judíos repiten su grito salvaje: ¡Que viva Barrabás, que muera Jesús! Pero ¿no habrá nadie en tan numerosa concurrencia que alce la voz en defensa de Cristo, ni un corazón siquiera que enternecido se acuerde de sus be-

neficios? No, no hubo nadie. Jesús está solo, traicionado, vendido, abandonado en medio de sus verdugos. Pilatos pronuncia la sentencia de muerte, y el pueblo triunfante lanza gritos de alegría.

Mirad ahora a Jesús cubierto de heridas, con la corona de espinas sobre la cabeza, con la pesada cruz cargada sobre los hombros. Miradle cómo camina con el cuerpo inclinado, dejando marcados sus pasos, exhausto de fuerzas; vedle caer repetidas veces bajo la cruz como aplastado por el tosco madero. Sólo por un gran milagro de su divina omnipotencia arribó al lugar del sacrificio, el monte Calvario, que había de ser el primer altar mayor del mundo.

Los enemigos de Cristo, más crueles que tigres, no pudiendo hartar más su odio en el cuerpo de la víctima clavada ya en la cruz, seguían ultrajando y despedazando su corazón dulcísimo con burlas y blasfemias. El Salvador, desde lo alto de su patíbulo oía aquellos brutales desahogos, veía el furor y la rabia de sus triunfantes acusadores, y levantando sus ojos arrasados de lágrimas y sangre, despliega sus labios benditísimos, ¿para qué? No para fulminar rayos deletéreos sobre aquella chusma nefanda, no. Con una voz impregnada de infinita dulzura y dolor, exhala al cielo esta sublime plegaria: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. He aquí la venganza que tomaba Jesús de sus enemigos. Y ¿quién de nosotros no perdonaría las ofensas viendo a un Dios ultrajado pedir perdón por sus mismos sanguinarios verdugos?

Escuchad las últimas palabras que se desprenden de los agonizantes labios de nuestro Redentor: "Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu." Jesús ha pronunciado su última palabra. Jesús ya no habla... Jesús ya no respira. Su veneranda cabeza ha caído sobre su pecho. Ha muerto.

Venzamos todos los obstáculos que nos oponga la tierra y corramos presurosos a abrazarnos a esa cruz en donde nos espera Jesucristo con los brazos abiertos para estrecharnos en ellos, con la cabeza inclinada para más aproximarse a nosotros, y con el costado abierto para que podamos llegar hasta su corazón y poner en las heridas de nuestra alma el licor salutífero que manó de sus sagradas llagas.

JESÚS SACRAMENTADO

El Dios de la Eucaristía es aún para muchos católicos como el Dios desconocido a quien los atenienses habían consagrado un ara, y sigue verificándose lo que con profunda tristeza el apóstol San Juan nota en el principio de su Evangelio, que el Hijo de Dios está en el mundo, que permanece entre los suyos, mas el mundo no le conoce, ni los suyos quieren recibirle.

Al leer las hermosas páginas del Evangelio que nos hacen ver a Jesucristo viviendo con los hombres, derramando bienes por dondequiera que pasaba, llevando la indulgencia y el perdón en la mirada y prendidas en la orla de su manto la salud de los cuerpos y la ventura de las almas, una envidia santa se apodera de nosotros y allá en lo más profundo de nuestras almas parece formarse esta exclamación: ¡Ah, quién hubiera vivido en aquellos años felices!, ¡quién hubiera podido acercarse a Jesús y confiarle sus penas y recibir su bendición! A esa aspiración del alma responde la fe y señalándonos el altar santo nos dice, imitando las palabras de Marta a María: el buen Maestro está aquí, no llores cristiano, Jesús está cerca de ti, te espera y te llama, helo ahí en esa hostia sacrosanta. Sí, la Eucaristía trasladó el cielo

a la tierra, colocó el manantial inexhausto de la dicha en el triste desierto del mundo y retiene hasta el fin de los siglos a Dios entre los hombres.

Allí en el Sagrario encontramos a todas horas a nuestro lado un Corazón lleno de amor donde descansar y enjugar nuestras lágrimas y sanar nuestras heridas.

¡Dios en nosotros, Dios formando una sola cosa con nosotros! Todo lo grande, todo lo bello que hay en la Iglesia de Dios se debe a la sagrada Comunión. Por que hay Eucaristía hubo apóstoles y mártires y hay en el mundo prodigios de penitencia y heroísmos de celo y de caridad y de abnegación y de sacrificio. Allí, a la sagrada Eucaristía van los héroes anónimos de mil y mil obras de celo, caridad o propaganda para rehacer sus fuerzas gastadas en el diario combate y dar nuevo y superior temple a sus armas melladas quizá de tanto sufrir la contradicción de los malos en el campo de batalla del mundo de hoy. Dejadlos un momento reposar de su ruda tarea en los brazos del Dios de la Eucaristía; de ellos volarán otra vez a las fatigas del apostolado social en la escuela, en la fábrica y en el hogar.

En el Calvario, por altar está una cruz, por templo la inmensidad, por asistentes los ángeles del cielo, por ministros la Madre del dolor al lado de San Juan. El sol que oculta sus resplandores, brilla como una lámpara fúnebre y el firmamento se oscurece envolviendo el templo en la sombra y el misterio. Y en medio de esta terrible y solemne grandeza hay un Dios sacerdote,

sacrificándose a Sí mismo y sacrificándose por nosotros.

Si una vez el Señor ahogó los crímenes de la tierra en un diluvio de aguas, la Víctima divina que se ofrece todos los días en la santa Misa, como en el Calvario, ahoga las iniquidades del mundo en un diluvio de amor y de sangre. La sangre del Salvador subirá por encima de las montañas más altas de la tierra y cubrirá todos los pecados e iniquidades de los hombres, y el arca santa, la Iglesia, flotará en ese océano de sangre y amor, y seguirá salvando a los hombres hasta el fin de los tiempos.

MARÍA, NUESTRA MADRE

Al entrar en cualquiera de los muchos templos que el amor y la gratitud de los pueblos cristianos ha levantado en honor de María, al recorrer los santuarios del mundo —Lourdes, Loreto, Luján— y al examinar la multitud de ofrendas y pinturas, tanto antiguas como modernas, ¿qué nos anuncian esos miles de millares de exvotos que ostentan allí los altares y paredes? Con su muda pero sublime elocuencia nos repiten cada vez que se ofrecen a nuestra vista, que María, nuestra amorosa Madre, alcanza todas las gracias con la omnipotencia de sus ruegos, pues son tales exvotos otras tantas lenguas que pregonan las maravillas que ha obrado allí y sigue obrando el amor de nuestra dulce Madre en favor de sus hijos.

María que escribe en el hermoso libro de su corazón a cuantos la invocan con fe y confianza, no podrá consentir que se pierda un alma que la ama. Sé que un verdadero devoto de la Virgen Santísima puede caer y caer profundamente, pero se levanta; sé que un verdadero devoto de la Virgen María no puede condenarse.

No podemos descorrer el velo que oculta nuestro porvenir; no sabemos cuántos días de tribulación y de su-

frimiento nos esperan todavía. Pero no importa. Cuando caigan sobre nuestra alma las sombras del infortunio, cuando todos los que nos eran queridos hayan pasado como pasaron las flores de la primavera, cuando solos y abandonados no encontremos corazón a quien confiar nuestras lágrimas, no olvidemos nunca que aquí tenemos una Madre, una Madre que no muere, una Madre cuyo corazón no cambia, que nunca dejará de ampararnos bajo el manto maternal de su cariño.

La Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, el Todopoderoso, el que sacó de la nada los mundos y les dictó sus leyes, el que con una palabra puso en movimiento la potente máquina del universo, Aquél a cuya voz obedecen los ángeles, a quien adoran los querubines y serafines, Aquél que lleva escrito en la orla de su manto real: Rey de los reyes y Señor de los que dominan, deposita el cetro de su omnipotencia en manos de esta candorosa Virgen, ciñe su frente con la corona de reina del cielo y de la tierra, y la reviste con los resplandores de soberana de un poder ilimitado. ¡Qué consuelo para los desterrados hijos de Adán que andamos gimiendo bajo el peso de tantos trabajos en este mundo! ¡Qué consuelo nos da esta convicción: María nos puede salvar, porque sus ruegos valen en el cielo, siendo como es Hija del Eterno Padre, Madre del Hijo Divino y Esposa del Espíritu Santo!

Dirijamos una mirada a la imagen de nuestra Madre del Perpetuo Socorro. Está en su trono sencilla e imponente, rodeada de las insignias de su poder y de

su bondad. El Niño en sus brazos, la corona imperial en su frente, signos son de su poder; son las llaves para abrirnos los tesoros celestiales. Y para que nunca se olvide del pacto que firmó con la sangre de su Hijo de amarnos como Madre, le presentan los ángeles los símbolos de la Pasión del Señor. Así se nos presenta la Madre del Perpetuo Socorro: poderosa y benigna. ¿Y su mirada? ¡Ah, su mirada nos busca! Busca un eco de su cariño en nuestro corazón. Su mirada nos alienta a tener ánimo y confiarle a ella todas las penas que embargan nuestro corazón. ¡Oh mirada de mi Madre, no te retires de mí! Donde tú reposas se derrama tu bendición, la bendición del cielo. Tu mirada, oh María, es misericordia, es perdón, es paz, es tranquilidad; tu mirada ahuyenta al enemigo, disipa las tinieblas y calma las tempestades de las pasiones.

LA IGLESIA NUESTRA MADRE

En la popa de la barca de la Iglesia está Jesucristo su divino fundador, rigiendo el timón. Sólo aparecen los sucesores de Aquél, pero en realidad la mano de Dios es la que imprime la dirección y el movimiento. ¿Qué podemos temer por consiguiente, siendo compañeros de navegación con Cristo?

¿Quién en el silencio de la propia conciencia no se ha dicho a sí mismo: Quién eres tú, de dónde vienes, cuál es tu destino? Este pensamiento que rápido vuela por los campos de lo infinito, este corazón que tiene ansias inmortales, ansias que no hay goce en la tierra capaz de llenar, ¿qué cosas son? Esta existencia incompleta jamás satisfecha, siempre turbada y nunca tranquila ¿acabará para siempre en el silencio de la tumba o bien hallará complemento y paz en una vida nueva? A estos problemas que siempre han agitado el espíritu humano sólo la Iglesia católica puede dar una cumplida solución. Ella nos explica la idea de la grandeza de Dios y nos descifra el misterio que rodea la vida del hombre. Ella también esparce por nuestra mente una luz hermosa que aclara nuestro porvenir, dándonos la esperanza y el consuelo.

¡Qué triste es dirigir las miradas a la sociedad no iluminada por la fe de Cristo, y no ver por todas partes más que despojos y ruinas, almas que sufren, almas que lloran, almas que mueren! La sonrisa escéptica de la incredulidad ha arrancado los ideales de las almas, las ha dejado sin fe; el librepensamiento ha ahogado los entusiasmos y la esperanza. Nos habían prometido curar los males de la humanidad y los han agravado horriblemente; nos dijeron que lejos de Dios seríamos felices, y he aquí que el desorden crece, el malestar aumenta, el río del dolor cruza la tierra más caudaloso que nunca, la ciencia no ha enjugado una lágrima de nuestros ojos ni infiltrado una gota de consuelo en nuestros corazones desgarrados. La incredulidad, en vez de ser salvadora de la humanidad, ha sido su verdugo. Y todo por resistirse a doblar sus rodillas ante Cristo y por no querer saciar su inteligencia con los raudales de la verdad y su corazón con los torrentes del amor, raudales y torrentes que han llenado el mundo de armonías y colores, de espíritu y de vida.

¡Qué envidia nos tienen, los que arrastrados por los vientos de sus pasiones, han salido de la barca de la Iglesia y han perdido el seguro rumbo de la fe! Esta tierra es un valle de lágrimas, este mundo es mundo de cruces, esta vida es vida de amarguras. Hemos de padecer sin remedio dolores en el cuerpo, agonías en el alma, hasta que doblemos la frente para recibir el terrible golpe de la muerte. Pues cuando estemos postrados en el lecho del dolor ¿quién es la única que nos puede consolar? Sólo nuestra Madre, la Iglesia católica. Ella es la que

se sienta a nuestra cabecera llevando en sus manos la antorcha de la fe, y con voz suavísima nos dice allá dentro en nuestro corazón: Sufre, hijo mío, sufre con paciencia, que el dolor nos purifica de los pecados que nos condenan... Y descorre un velo y nos muestra a nuestro Dios crucificado que desde lo alto de la cruz nos dice: El que quiera venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame; y descorre luego otro velo y desde nuestro lecho de dolor vemos como el mártir San Esteban las delicias del paraíso, y oímos al apóstol San Pablo que nos consuela diciendo: Nada son las tribulaciones de la presente vida, si las comparamos con la futura gloria que será revelada en nosotros.

La Iglesia católica es la aparición más luminosa que registran las páginas de la historia. Como reina radiante de hermosura, flotando entre nimbos de gloria, aparece en medio del mundo, sojuzgando las inteligencias con los resplandores de su ciencia, cautivando los corazones con la belleza de su caridad y admirando a todos por su vida lozana y sempiterna.

La Iglesia católica fué quien salvó a la ciencia humana del naufragio en que pereció el mundo antiguo, conservándola y enseñándola a los nuevos pueblos, a quienes ella sacó de la barbarie y les hizo disfrutar de los beneficios de la civilización; civilización nacida al calor de la Iglesia, cuyas grandezas y méritos no podrá nunca el hombre apreciar ni describir suficientemente.

Lejos de cortar las alas del ingenio la Iglesia abrió escuelas, erigió cátedras, fundó observatorios y aplaudió

sinceramente los triunfos de la ciencia. ¿Quién no se llena de orgullo y entusiasmo al ver que han sido fervientes católicos Gutemberg, el inventor de la imprenta; Copérnico, el padre de la astronomía moderna; Volta y Ampère, descubridores de la electricidad; Gauss, célebre por sus conocimientos en matemáticas; Röntgen y Pasteur, estrellas de primera magnitud en química y medicina, y otros muchos varones esclarecidos que esculpieron su nombre en la inmortalidad con sus obras y descubrimientos?

Hablan los hechos y nos dicen que jamás se elevaron tan alto las facultades del alma como cuando la Iglesia las cobijó entre los pliegues de su manto maternal.

Otra perla preciosa que brilla en la diadema de la Iglesia católica es su caridad. Las obras de beneficencia que han nacido al calor de su seno son innumerables. Los discípulos de Cristo al predicar el Evangelio por todo el mundo comienzan el apostolado de la caridad con un ardimiento infatigable. La Iglesia primitiva consagra sus generosos esfuerzos a aliviar la suerte de los desgraciados, a socorrer las necesidades de sus hijos. No sólo levanta templos soberbios donde convoca sin distinción alguna a todas las clases sociales, sino que construye también asilos y hospitales para los pobres y enfermos.

La caridad verdadera es una planta divina que bajó del cielo y sólo florece en el jardín de la Iglesia católica.

En los tiempos modernos, el progreso de las ciencias y los adelantos de la industria han establecido ciertamente nuevas corrientes de civilización y de cultura; pero

han multiplicado también las necesidades y aumentado los males de la sociedad de una manera aterradora. La ambición de los ricos y el ansia de placer de los pobres han producido un choque violento que conmueve con sus convulsiones los cimientos del orden social. La caridad cristiana no podía permanecer neutral en la contienda: se ha interpuesto entre los pobres y los ricos para unirlos con amoroso abrazo adaptando formas diversas para curar las llagas de la humanidad doliente. Ha creado maestros para los niños, madres para los huérfanos, asistentes cariñosos para los enfermos, sin que haya agotado jamás el tesoro de su caridad.

¡Oh, si se estudiaran más las sublimes enseñanzas de la Iglesia sobre la cuestión social; si vinieran a beber en su purísima corriente esos pobres envenenados con la ponzoña de la mentira, seducidos por falsos profetas, y esos ricos embrutecidos por el placer y la avaricia, la pavorosa cuestión obrera no quemaría como fuego nuestros agitados corazones y se desvanecería como humo!

Desgraciadamente muchos de nuestros hermanos han cerrado los oídos para no escuchar la voz de la Iglesia y de Cristo, que es la vida y la salvación.

Otra perla preciosa y refulgente que brilla en la corona de nuestra Madre la Iglesia católica es su vigor lozano y perpetua duración.

La santa Iglesia es fundación inmediata del Eterno. Los años al pasar sobre ella coronan su frente con las lozanas flores de sus primaveras y los siglos se inclinan respetuosos ante una institución que triunfa de los em-

bates del tiempo. En los últimos diecinueve siglos todo se ha renovado: dinastías, imperios, costumbres, ideas... y la Iglesia ha permanecido invariable e infalible, en medio de las coronas deshojadas, de los tronos hechos astillas y de los mapas hechos jirones, como la encina secular en lo alto del monte, entre los débiles arbustos tronchados por el viento; como la roca firme puesta a la orilla de las aguas ve pasar a sus pies inalterable las revueltas olas que empujándose unas a otras van a confundirse en los abismos sin fin del océano.

Y no es que a la Iglesia no se la haya perseguido; lejos de ello, las puertas del infierno no han dejado de combatirla.

En el espacio de veinte centurias Lucifer esgrimió todas las armas posibles contra ella, y todas se han embotado, o en menudas partes roto al golpear la coraza diamantina de la Iglesia.

La Iglesia católica es como el arco iris: brilla más después de las mayores tormentas. Es como la robusta encina, a quien la tempestad, que todo lo destroza a su derredor, no consigue sino arrebatar las hojas secas.

El historiador recuerda todavía asombrado las persecuciones crueles contra la Iglesia naciente, los vaivenes furiosos que agitaron su cuna. Tres siglos duró la contienda y al cabo de ellos la fuerza capituló ante el amor, y el odio sanguinario ante la mansedumbre cristiana: el lábaro bendito de la cruz fulguraba en la corona de los emperadores.

El trono de los césares desplomóse al fin, rociado con la sangre de los mártires, y el gran Constantino enarbolando el lábaro bendito, cierra con la victoria de puente Milvio aquella serie de atropellos inauditos contra la Iglesia de Cristo.

Siglos más tarde el orgullo de un religioso apóstata arrojó temerariamente la tea del incendio sobre los combustibles de tiempos atrás hacinados, produciendo una violentísima explosión de odio que separó de la Iglesia a la mitad de Europa. Y cabalmente entonces nuevos mundos surgían del fondo del océano, levantando su frente de verdor sobre las no surcadas ondas para oír la voz de la Iglesia y dejando al descubierto las entrañas de sus montes para adornar con sus diamantes la corona pontificia.

La Iglesia no puede perecer porque tiene como garantía de su porvenir promesas infalibles.

Y cuando el mundo perezca, quedará la Iglesia de pie sobre las ruinas, y los escombros hacinados le servirán de escalera para subir a las alturas del cielo desde donde presenciará la ruina eterna de sus enemigos de todos los tiempos.

LA FE

La raíz de la vida cristiana es la fe. ¿Has visto lo que pasa con los árboles? Mientras la raíz está sana, la savia corre por el tronco del árbol y la copa se corona de flores y frutos. Pero cuando la raíz está seca, se marchitan las ramas y el árbol se muere.

Lo mismo pasa con la vida sobrenatural. Mientras el hombre tiene fe verdadera y viva, florece en el alma la vida sobrenatural con las más hermosas flores de virtud y los más lozanos frutos de buenas obras. Pero cuando la fe ha muerto, sécase la fuente de la vida espiritual y el alma se convierte en árido desierto.

La fe es una virtud sobrenatural por la cual creemos firmísimamente todas las verdades reveladas por Dios Nuestro Señor y propuestas por la Santa Iglesia, fundados únicamente en la autoridad de Dios que las revela y de la Santa Madre Iglesia que las propone.

La verdadera fe no rebaja en manera alguna los derechos de la razón, porque creer a otros es para el hombre una necesidad inevitable. Sin fe la existencia de la familia y de la sociedad sería imposible y el hombre estaría condenado al aislamiento y, por tanto, a la muerte.

El niño cree lo que le enseñan sus padres y maestros y esta fe en la palabra de quienes le educan es el cimiento sobre el que se levanta el edificio de su formación humana. Nuestro propio nombre, el lugar de nuestro nacimiento, la familia de que descendemos, nuestra casa, nuestra hacienda, serían para nosotros enteramente desconocidos si no fuera por la fe que prestamos a los que nos lo han dicho.

También por la fe adquirimos conocimiento de las letras y de los primeros rudimentos de las ciencias. En la fe se apoyan los contratos, y lo que sabemos de lo pasado nos lo enseña la fe cuya depositaria es la historia.

Pues bien, si no se envilece el hombre cuando cree a otro hombre, ¿se rebajará cuando cree a Dios, Ser inmensamente grande y sabio que no puede engañar ni engañarse jamás?

Esta fe divina ha de extenderse a todas las verdades reveladas, pues excluir una sola, sería negar la veracidad de Dios que es el autor de todas.

Repite, pues, todos los días el Credo —compendio de todas las verdades reveladas— para no olvidarlo. Rézalo por la mañana cuando te levantas y por la noche cuando te retiras a descansar. Grábalo profundamente en la memoria y no te canses de repetirlo para recordar todo lo que debes creer. Sea como espejo en que te mires continuamente para comprobar si crees con plena y firme persuasión. Sea siempre el Credo tu alegría, tu tesoro, tu adorno y tu escudo.

La fe nos enseña algunas verdades que la inteligencia no alcanza a comprender, como pasa con los misterios de la santa religión. Pero no es indigno del hombre creer cosas que él mismo ignora, si hay otra inteligencia superior, como la de Dios, que se las asegura. ¡Cuántas cosas creemos, teniéndolas por segurísimas, sin que nuestra razón sea capaz de penetrar su esencia!

Todos los días estamos oyendo hablar de la luz, del calor, de la electricidad, cuyas aplicaciones a la industria y al comercio han transformado las naciones y abierto a nuestros ojos horizontes de infinitas maravillas. Pero ¿quién se atreve a explicarnos, seguro de no ser refutado por alguien, la naturaleza íntima de esas tres realidades físicas, origen de tantos prodigios?

Por eso, la oscuridad interna de un misterio de la religión no es motivo suficiente para que el cristiano deje de creerlo. Antes bien, debe confiar firmemente en el testimonio de Dios y asentir plenamente a sus oráculos.

Jamás hubo ni puede haber desacuerdo alguno entre la ciencia verdadera y un dogma cristiano, porque la fe y la ciencia son dos hermanas, dos rayos de ese gran foco de luz que es Dios.

La fe es como un instrumento óptico del alma, una prolongación de la vista natural que acerca, corrige y presenta con claridad los objetos lejanamente confundidos y oscuros. Es el telescopio del entendimiento que agranda su horizonte y le hace distinguir nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad.

De los trescientos más grandes sabios en ciencias naturales que han vivido en los tres últimos siglos, las cuatro quintas partes, según el testimonio del protestante Dennert, eran creyentes y buenos cristianos.

Sucede a los hombres lo que a las espigas. Éstas, mientras no llevan granos alzan arrogantes la cabeza; pero en cuanto madura el fruto se inclinan hacia la tierra. Los grandes hombres inclinan también la frente humildemente ante la grandeza de Dios a medida que van progresando.

Poca ciencia, aleja de Dios. Mucha ciencia, acerca a Dios.

LA ESPERANZA CRISTIANA

Hay entre otras, una virtud que la santa religión nos da por compañera en el viaje de la vida. Está a nuestro lado para aliviarnos en nuestras fatigas, y en medio de las tempestades no cesa de indicarnos el puerto seguro. Dulce y buena para el viajero rico e ilustre lo mismo que para el pasajero pobre y desconocido.

Nada puede compararse con la dulzura de su voz. La fe y la caridad la llaman hermana. Su nombre es: Esperanza.

La esperanza guarda nuestra cuna, nos sonríe en la primavera de la vida y no nos abandona ni siquiera en el sepulcro.

Si la esperanza no brillara como hermosa estrella sobre la tumba de los muertos, la noche más aterradora envolvería el lugar donde esperan el alba de la resurrección.

Una sombra de esperanza basta para darnos aliento en medio de las mayores tribulaciones. A veces, por no tener ninguna otra, nos contentamos con una ilusión. Vano y triste recurso; pero siempre menos triste que la desesperación.

La esperanza cristiana es una virtud sobrenatural que nos inclina a esperar de la misericordia de Dios la gracia y la gloria.

Por consiguiente, no son objeto de la esperanza cristiana los bienes terrenos y temporales, sino los espirituales y eternos.

Estos bienes son tan sublimes que ni los sentidos alcanzan a percibirlos, ni el entendimiento a conocerlos, ni la imaginación a figurarlos. Todas las descripciones y pinturas que de ellos nos hacen los libros santos, a pesar de ser tan maravillosas, sólo pueden considerarse como ligeros rasgos de aquella felicidad inmensa, o como apagados destellos, más bien para hacérnosla desear que para dárnosla a conocer.

El fundamento de nuestra esperanza es Dios. Todo el poder humano es aquí como débil caña que se quiebra y rompe la mano que se apoya en ella.

La esperanza cristiana se funda en Dios. Su bondad inmensa quiere hacernos participantes de su gloria y darnos las gracias que necesitamos para conseguirla. Su misericordia siempre está dispuesta a perdonar nuestros pecados para que no nos perdamos.

El fundamento principal de la esperanza es la fidelidad de Dios que no puede faltar a sus promesas.

Los pecados contra la virtud de la esperanza son la presunción y la desesperación. Ésta consiste en la repulsa o renuncia de la salvación con la que no cuenta el desesperado. Se arroja a este abismo porque cree que

son tantos y tan grandes sus pecados que Dios no quiere o no puede perdonárselos.

Tal fué el pecado de Caín quien, después de haber dado muerte a su hermano, reconvenido por Dios de su delito, contestó: Mi iniquidad es tan grande que no merece perdón.

Este mismo delito cometió Judas porque no contó con la misericordia de Jesús para perdonarle y, en vez de llorar su traición como San Pedro, salió furioso de la sinagoga y se ahorcó.

¡Qué lamentable ceguedad! La misericordia de Dios es un océano que nunca puede ser agotado ni por las iniquidades del mundo entero.

Una sola gota de sangre de las que a torrentes Jesús ha derramado tiene virtud suficiente para borrar todos los pecados del mundo.

Así como la desesperación consiste en la falta de esperanza, la presunción consiste en la exageración de esa virtud.

La presunción es una temeraria esperanza de conseguir la salvación, o sólo con el auxilio de Dios sin méritos propios, o sólo con los propios méritos sin el auxilio de Dios.

Persuadirse uno de que la salvación es totalmente segura, de que Dios está siempre pronto a darle sus auxilios para convertirse cuando él quiera, que puede diferir su conversión de un año para otro, de la juventud para la edad madura y de ésta para la vejez, es la presunción más temeraria. Porque ¿qué cosa más peligrosa que jugar así con la salvación eterna y exponer al azar

el reino de los cielos? ¿Qué cosa más temeraria que disponer uno a su arbitrio de los auxilios de la gracia y señalar tiempos y momentos al Autor del tiempo y de la vida?

La vida del hombre sobre la tierra es un combate y el Apóstol San Pablo la ha llamado yugo.

Nuestra primera entrada en el mundo la hacemos llorando, y el dolor, como compañero nuestro de viaje, no nos deja hasta el sepulcro.

¿Eres pobre? El dolor llamará a tus puertas cubierto de andrajos. ¿Eres rico? Llamará cubierto de seda; pero con la misma angustia.

Todos los siglos, todos los hombres han lanzado este grito desgarrador: ¡Cuánto sufro!

¿Dónde encontrar una medicina capaz de amortiguar nuestros dolores, de curar nuestras llagas, de mitigar nuestras penas? En la esperanza cristiana.

Con la sonrisa en los labios la esperanza viene a sentarse junto al atribulado, y como la madre heroica de los Macabeos exhortaba al último de sus hijos al martirio mostrándole la corona inmarcesible de la gloria, la esperanza cristiana en las tristes noches del dolor, muestra al buen cristiano la misma gloria donde la mano de Dios enjugará para siempre las lágrimas.

Son muchos en nuestros días los que se sonríen cuando oyen hablar de los consuelos que proporciona la esperanza cristiana, y juzgan necedad arrancar al hombre de la tierra para elevarlo al cielo. Mas ¿quién podrá sostener al hombre víctima de los golpes de la calumnia,

de la envidia, de la desventura, si la esperanza cristiana no le muestra en lontananza una justicia suprema que ponga a la virtud oprimida la merecida corona? ¿Quién sostendrá la humana fragilidad cuando contra ella se desencadenan las miserias, los padecimientos, si la esperanza no viene a mostrarle días de gloria y de consuelo?

Quitar al que sufre la esperanza del cielo es quitar al náufrago la última tabla de salvación. Pero nuestra esperanza nadie podrá arrancárnosla del corazón.

Acabarán los días del destierro, y cansados de las ilusiones y miserias de que está repleto el mundo, alcanzaremos el puerto seguro de la eterna felicidad.

¡Cómo cambiará nuestra conducta si llegamos a vivir siempre animados de la esperanza filial en Dios, cuya bondad infinita nos promete el consuelo, la gracia y la gloria!

AMOR A DIOS

La suma de la santidad y perfección del alma cristiana se cifra en amar a Dios, nuestro sumo y soberano bien.

Ponen unos la santidad en llevar vida austera y retirada, otros en la oración, éstos en frecuentar los sacramentos, aquéllos en dar limosnas; mas todos se engañan, porque la santidad consiste en amar a Dios de todo corazón.

Esta es la doctrina que exponía San Pablo en el sublime cántico que su alma enamorada de Dios dedicó al amor: Si hablara todos los idiomas de los hombres y pudiera interpretar el pensamiento de los ángeles del cielo y no tuviera amor a Dios, vendría a ser lo que el bronce que suena y la campana que retiñe. Y si me fuera dado penetrar los arcanos más secretos de la Divina Providencia y con mi inteligencia resolver todos los problemas, y si pudiera trasladar de un lado a otro las montañas, pero no amara a Dios, de nada me serviría todo mi poder.

Todas las obras de Dios son grandes y en ellas nos ofrece la ostentación de su omnipotencia sacándolas de

la nada con el imperio de su palabra. La magnificencia de su gloria cantan los cielos y repiten los mares y reproducen con su eco los abismos. Pero lo que más brilla en todas las obras de la creación es la idea de su amor y el testimonio de su amorosa bondad.

El mundo y todo lo que el mundo encierra nos dice sin cesar en nombre de Dios: Te amo. Es cierto que es un destierro donde todos cumplimos nuestra condena antes de entrar en la verdadera patria; pero como destierro y prisión hecha por Dios está lleno de bellezas y maravillas y en él, si bien nos fijamos, todo nos habla de su amor.

Tomad una flor y, al deleitaros aspirando su perfume, ella os dice en nombre de Dios: Te amo. El sol que nos alumbra, el aire que respiramos, el agua que apaga nuestra sed, los campos que se cubren de doradas mieses, las ricas frutas que recrean nuestro paladar, el hermosísimo cielo iluminado por los astros de la noche, todo nos dice a grandes voces en nombre de Dios: Te amo.

No hay minuto de nuestra vida en que no tengamos algo que agradecer a la infinita bondad y misericordia de nuestro Dios en orden a la gracia. Más fácil sería contar las estrellas del cielo en una noche serena, o las gotas de rocío que esmaltan el prado en una fresca mañana de noviembre que reducir a cifra las ilustraciones con que esclarece Dios constantemente la noche de nuestra vida, o las gotas de rocío celes-

tial con que ablanda y fecundiza la aridez de nuestro corazón.

Pero, con ser tan grandes, todos estos dones palidecen cuando contemplamos las muestras de amor que nos dió el Señor en la encarnación y muerte de su Divino Hijo.

Dios mismo, el creador de cielos y tierra, por puro amor hacia nosotros, se dignó descender hasta nosotros para mostrarnos cuánto nos ama. Un establo fué el palacio del Hijo del Altísimo y un pesebre su cuna. Por amor vivió treinta y tres años entre nosotros, abrazado con toda suerte de sacrificios, y practicando toda clase de virtudes para decirnos después: Yo soy el camino, la verdad y la vida; seguidme a Mí y llegaréis conmigo a la gloria. Por amor murió como víctima por nuestros pecados entre los más terribles tormentos, clavado en la cruz y derramando hasta la última gota de su sangre por nuestra salvación.

Si el hombre más vil de la tierra hubiera hecho por nosotros lo que ha hecho Jesucristo, ¿podríamos vivir sin amarle?

Pero Jesús hizo más todavía. Nos amó hasta el delirio y en prueba de su amor inmenso quiso Él mismo quedarse con nosotros hasta la consumación de los siglos. En el Sagrario está Jesús, lleno de amor. Él, Dios de cielos y tierra, bajo el humilde velo de la sagrada hostia. Allí permanece día y noche para consolarnos en nuestros que-

brantos derramando bálsamo en las heridas de nuestro corazón, ofreciéndonos remedios para todas las desgracias que nos aquejan.

Al amor de Dios hay que corresponder con amor. Abre, alma cristiana, las puertas de tu corazón al amor de Dios. Sólo Él te dará la paz y la felicidad verdadera que el mundo no conoce ni te puede dar.

AMOR AL PRÓJIMO

JESUCRISTO convirtió la caridad en distintivo de sus verdaderos discípulos. La piedra de toque del cristiano de buena ley y sólida virtud es la caridad. "En esto conocerá el mundo —dijo Jesús—, que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros, como Yo os he amado."

El fruto más hermoso del cristianismo es la caridad para con nuestros hermanos que brota del amor de Dios.

El hombre ha sido creado a imagen de Dios. Cualquiera que sea el rango que ocupe en la sociedad humana, cada hombre lleva grabada en sí mismo la semejanza de Dios.

Esa imagen y semejanza podrán afearlas el pecado y los defectos físicos; pero jamás podrán borrarlas.

Un crucifijo puede estar hecho de barro y labrado sin arte; pero como imagen de Cristo, es digno de veneración. Así también el hombre, a pesar de la humilde condición en que nace a la vida y por grandes que sean sus defectos, guarda siempre la semejanza con Dios y, como tal, merece inviolable amor y respeto.

Además de ser imagen de Dios, cada hombre ha sido redimido por los méritos de la sangre preciosísima de Jesucristo.

Decía un santo: Para moverme a amar al prójimo le voy mirando a través de las llagas sangrientas y del costado abierto de mi Redentor y así lo veo cubierto con la sangre de Dios. ¿Cómo podría dejar de amar a un ser a quien Dios amó tanto?

Todos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, sin distinción alguna, formamos parte de la gran familia de Dios. Somos hermanos. Hijos del mismo Padre que está en los cielos. Todos estamos llamados a compartir un día la misma felicidad.

Debo pensar bien de todos. Debo ver siempre el lado bueno de cada cual y juzgar a todos con benignidad.

Si una acción tuviera cien caras, debiéramos buscar y mirar solamente la más hermosa.

El hombre ve tan sólo las apariencias que engañan. Únicamente la mirada de Dios penetra el corazón y conoce las intenciones.

¡Oh, si conociésemos la triste historia de muchos corazones! No seríamos entonces ni tan prontos ni tan duros para juzgar y condenar.

¡Cuántas víctimas de la desgracia nunca han tenido una mano que enjugase sus lágrimas, ni un corazón en que hallaran eco sus penas, ni una inteligencia que despertara la suya y la elevara a Dios que es el Padre amoroso de todos los que sufren!

La verdadera caridad está acostumbrada a interpretar siempre favorablemente las acciones ajenas, y cuando no puede disculpar la obra, disculpa a lo menos la intención.

Si tal benignidad tiene el defecto de ver fácilmente todas las cosas de color de rosa, tiene la disculpa de que el optimismo es preferible a la malicia que nos expone a verlo todo oscuro.

No hay que abrir jamás las puertas del corazón al bajo vicio de la envidia. Las almas grandes no la conocen. El envidioso es verdugo de sí mismo. Aseméjase al demonio a quien roe el corazón la felicidad de los hombres.

No hay nada más grato a los ojos de Dios que el perdón de las injurias. Se cuenta de Santa Teresa que la mejor manera de ganar su simpatía era haberla ofendido.

¡Dios mío! ¿Por qué tantos se enojan y guardan rencor días, meses y hasta años enteros? Por una palabra desatenta deslizada al acaso de unos labios inconscientes, por un gesto que les pareció despectivo, por un aparente desprecio que sólo existe en la imaginación, ¡cuántas personas unidas por los lazos del amor y de la sangre rompen tan sagrados vínculos y viven uno al lado del otro peor que si fueran personas extrañas que nunca se hubieran conocido!

El Señor rechaza las confesiones, las comuniones y todas las buenas obras de aquellos que se obstinan en guardar dentro del corazón venganzas y rencores. Aquél que no perdona de todo corazón a su hermano no será perdonado —dice el Señor— ni en esta vida ni en la otra.

Hemos de ser generosos como nuestro Padre que está en los cielos, el cual hace salir el sol sobre los justos y los pecadores. Sea nuestra benignidad un sol que resplandezca indistintamente sobre amigos y enemigos. "La caridad —dice San Pablo— es benigna, no se irrita, todo lo cree, todo lo espera, todo lo toma a bien."

La palabra nos ha sido dada por Dios para que sea la efusión de nuestra bondad. Bien empleada es un manantial de gracias y de bendiciones inagotables. ¡Es tan fácil y al mismo tiempo tan consolador hacer felices a los demás! Una palabra benévola puede salvar a un hombre de la ruina temporal y eterna.

¡Cuántas veces, por lo contrario, la palabra es fuente de males incalculables! ¡Cuántas existencias ha sepultado para siempre en la miseria y el deshonor! ¡Cuántos matrimonios ha desunido! ¡A cuántos odios implacables ha dado pie! ¡Cuántos corazones nobles, henchidos de las más floridas y risueñas esperanzas, se marchitan roídos por el vil gusano de la calumnia!

Destiérrese para siempre de nuestros labios la murmuración aborrecida de Dios y de los hombres. Destiérrese principalmente de las personas piadosas que aspiran a la perfección, pues en balde trabajan y se fatigan, si no se empeñan en tener a raya la lengua. Si alguno se tiene por piadoso y no pone freno a su lengua, vive muy engañado y no tiene ni sombra de religión ni de piedad.

Nuestro mayor gozo debe consistir en hacer todo el bien que podamos. Todos los días se nos presentan her-

manos pobres y desvalidos a implorar nuestra caridad, nuestro amparo, nuestros consuelos. Ayudemos a todos hasta donde alcancen nuestros recursos.

La mano del pobre —dice bellamente un santo— es el arca que guarda los tesoros de Cristo. Cada limosna es como un grano de trigo echado en el seno de la tierra; lejos de perderse, se multiplica hasta dar ciento por uno.

¿No veis cómo a veces se pierden de la noche a la mañana grandes fortunas? Inquirid la causa y de ordinario sabréis que la herrumbre las corroe. Muchas especies de herrumbre destruyen el oro y la plata. Una es la dureza del corazón.

¡Qué dulce tiene que ser en la última hora de la vida el recuerdo de un atribulado al que arrancamos de las garras de la desesperación! En el día de la eterna justicia se inclinará la balanza en favor del que pueda decir con verdad: Señor, yo te he consolado en la persona de los que sufrían.

Tres cosas duplican el valor de un beneficio: la fina atención que le precede, la gracia que lo acompaña y la humildad que le sigue.

La fina atención que no espera la súplica del menesteroso es la bondad revestida de alma. Amar, se ha dicho acertadamente, es adivinar. ¡Qué corazón ama y no adivina!

La gracia da a la dádiva todo su sabor. La bondad sin gracia es como una planta sin flor; no tiene perfume ni belleza.

La modesta humildad es el ángel que va siempre en pos de la caridad. Las alas del ángel de la caridad no están hechas de pluma de periodista. Cuando estemos ante el tribunal de Jesucristo ¿qué tendremos por más seguro, presentarle como prueba de nuestro amor al prójimo las lágrimas agradecidas de los pobres o la tinta de imprenta? De las lágrimas agradecidas de los pobres está escrito que limpian los pecados. La propiedad más averiguada de la tinta es que mancha.

De los que dan por vanidad dijo el Divino Maestro: Han recibido ya su recompensa. Hay que hacer la caridad como Jesucristo, de manera que la mano izquierda de la vanidad no sepa lo que hace la derecha de la caridad.

San Vicente de Paul, modelo de caridad, solía decir: Es menester cubrir el fuego de la caridad con la ceniza de la humildad.

LA SANTIDAD AL ALCANCE DE TODOS

Encantador fué el espectáculo que se ofreció al apóstol San Juan, cuando vivía desterrado en la solitaria isla de Patmos. En una misteriosa visión se abrió ante su mirada extasiada el cielo con todas sus hermosuras. Jesucristo, radiante de luz y gloria, estaba rodeado de innumerables santos de todos los pueblos y lenguas. Llevaban en sus manos los trofeos de su victoria: palmas inmortales, laureles de verdor eterno, coronas de un brillo deslumbrador, y embriagados de celestiales delicias entonaban himnos de gloria y alabanza al Rey inmortal de los siglos.

¿A quién de nosotros no se le despierta en el corazón una santa nostalgia cuando, alzando los ojos al cielo, contempla la eterna recompensa de gloria de que gozan los santos?

Pero, como aquel que mira al sol, deslumbrado por su clarísima luz baja la vista, así muchos cristianos, al contemplar el sublime ejemplo de los santos que como soles esplendorosos brillan en el firmamento de la Iglesia, confundidos se desaniman diciendo que la santidad es

prerrogativa de algunas almas privilegiadas, que no está al alcance de todos.

Verdad es que Dios no exige de todos el mismo grado de perfección y santidad. Como se distingue un astro de otro por su claridad, con ser todos bellísimos, así se distingue un alma santa de otra por su especial fisonomía, con ser todas luminosísimas y de singular belleza.

Pero todos, sin excepción, debemos llegar a ser santos. Esta es nuestra vocación. A todos nos exhorta Jesucristo cuando nos dice: Sed santos como es santo vuestro Padre celestial.

Pues bien, Dios no exige nada que sea imposible, y si nos sentimos débiles para emprender tan difícil tarea, Él está siempre pronto a socorrernos con su gracia para que podamos llevar a cabo lo que parece imposible contando únicamente con nuestras propias fuerzas.

Hay quienes creen que la santidad consiste en realizar cosas extraordinarias y admirables, tales como hacer milagros, convertir naciones enteras o derramar la sangre en defensa de la fe.

Otros piensan que consiste en emprender difíciles clases de buenas obras: en darse a la penitencia, en rezar mucho, en practicar las más heroicas máximas evangélicas.

Y no es eso. La ocasión de hacer cosas extraordinarias se ofrece raras veces y la santidad consiste en cosas que

todos podemos ejecutar. De otra suerte, en vano nos diría el apóstol San Pablo que la voluntad de Dios es que todos seamos santos.

Para ser santos debemos, en primer término, cumplir con los deberes del propio estado. El martillo que empuña el obrero vale ante Dios tanto como el cetro que sostienen los reyes. A los ojos de los hombres que no penetran más allá de la superficie de las cosas, únicamente son dignos de loa y admiración los que ocupan empleos brillantes; mas a los ojos de Dios, que sondea lo más recóndito del corazón humano y a cada cosa da su valor justo y verdadero, merecen igual estima los pobres y humildes que cumplen fielmente con sus oficios por despreciables que parezcan.

Juez desinteresado y justísimo, ensalza y glorifica a los que en sus trabajos supieron elevar sus miras hacia el que tiene a gloria llamarse Padre de los pobres.

Para que nuestras obras sean meritorias y aceptables a los ojos de Dios es menester, además, hacerlas en gracia de Dios. Si este fundamento falta, viene por tierra todo el edificio de nuestra santidad, porque en faltándonos la gracia ya no permanecemos en Jesucristo, y sin estar unidos a Él no podemos dar frutos de vida eterna.

Así como el sarmiento —nos dice Jesús—, no puede producir fruto, si no está unido a la vid, así vosotros no podéis realizar obra alguna meritoria, si no estáis unidos a Mí por medio de la gracia y la caridad.

Hay que hacerlo todo por Dios. Si obramos por vanidad, por interés o por respeto humano, por muy excelentes que sean en sí nuestras acciones, Dios las mira con indiferencia y desprecio. Toda la hermosura del alma se deriva de las intenciones con que procede... Si trabaja por Dios, es santa aunque la tarea en que se ocupe sea ordinaria y pequeña. Si no obra por Dios, nada vale, aunque haga las cosas más admirables y portentosas. ¡Cuántas obras buenas quedan sin mérito por falta de esta recta intención!

SANTIFICACIÓN DEL DÍA

La santidad no consiste en realizar acciones extraordinarias, sino en cumplir fielmente y con perfección las obligaciones propias de nuestro estado. No es el fruto del trabajo de un día, sino el producto de toda la vida. La corona de la santidad debe labrarse pieza por pieza, con las buenas obras de cada día.

El primer pensamiento del alma cristiana por la mañana, apenas se despierta, debe dirigirse a Dios para agradecerle el beneficio del día que alborea.

El hombre sale del sueño, como de la muerte a nueva vida. Sea, pues, nuestro primer pensamiento para dar gracias a Dios que nos ha sacado de las tinieblas a la luz. Con un suspiro de amor hemos de ofrecernos a su voluntad y pedirle su asistencia soberana durante el día que comienza.

Levantémonos sin pereza. Dios no es amigo de los holgazanes, perezosos y disipados. De ésos es el que gusta de trasnochar y dormir hasta altas horas de la mañana, trastornando el orden establecido por Dios, que para una cosa hizo la noche y para otra el día.

Después de habernos vestido con modestia, debemos doblar devotamente las rodillas para adorar a Dios, Padre y Señor nuestro. Llamemos por medianera y amparo de nuestra vida a la bienaventurada Virgen María y saludemos al ángel de la guarda que, cubriéndonos con sus alas, llevará al trono del Eterno nuestras humildes oraciones.

Acostumbraos a rezar con afectos de piedad verdadera las hermosas oraciones del Padre Nuestro y del Ave María y las demás pequeñas devociones que hayáis aprendido en la infancia, para que os sirvan de vínculo que perpetuamente os ligue con la edad de la inocencia y con aquella querida madre que más que nadie os ha amado en este mundo.

Asistid siempre que podáis al santo sacrificio de la Misa, pues bien sabido es que por ella participamos de los frutos inestimables de la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo. La mayor parte de los hombres a quienes veis rendidos y dominados por las pasiones, no lo están sino porque han dejado secar su corazón y disiparse su espíritu por falta del nutritivo alimento que nos dan la meditación, la oración y los santos sacramentos.

¡Cómo nos avergonzamos cuando leemos las relaciones que cada día nos hacèn los misioneros, pintándonos los trabajos y fatigas que pasan los pobres cristianos recién convertidos para tener el consuelo de oír una Misa! Enternece aquel valeroso afán con que se lanzan a través de ríos helados y de inmensos desiertos de nieve, recorriendo a veces muchas leguas para llegar al pie

de una humilde capilla de madera y, no cabiendo en su reducido espacio, para estarse horas enteras arrodillados en medio de la nieve, descubierta la cabeza, inclinada la frente y venciendo con el interno calor de la fe y la caridad el frío que hiela sus miembros.

Y nosotros, rodeados de tantos templos, hallando siempre a nuestra disposición la atención de tantos sacerdotes, ¿no tendremos cada mañana un ratito libre que consagrar a Dios y al provecho de nuestras almas?

Luego, empieza para cada uno de nosotros el trabajo. Empapado por el sudor de nuestra frente ha de estar el pan que comemos. Dios lo ha dicho. Tal fué el decreto de su justicia soberana para castigar el pecado de nuestros primeros padres, cuya herencia de culpa y de expiación llevamos nosotros, sus míseros hijos.

El trabajo no envilece ni mancha el buen nombre de la familia. El primer personaje que ha pasado por este mundo, Jesucristo, no deslustró su nombre gloriosísimo de Redentor del género humano por haber manejado las herramientas de carpintero en el humildísimo taller de Nazaret.

El pobre tiene que trabajar para ganar el sustento. El rico tiene que trabajar vigilando y administrando sus bienes, porque si los abandona concluirá por perderlos.

Pero todos debemos trabajar como verdaderos cristianos unidos a Cristo mediante la gracia santificante y dirigiendo todas nuestras obras a la mayor gloria de Dios y al mayor provecho de nuestras almas.

No olvidéis nunca este consejo: Habéis de saber que, si estáis en gracia de Dios, todas las obras buenas que practicáis de la mañana a la noche, se convertirán en otros tantos grados de gloria en el cielo; pero si vivís en pecado mortal y no queréis reconciliaros con Dios, pasáis los días, las semanas y los meses sin merecer nada, aunque por tener un corazón compasivo dierais toda vuestra fortuna a los pobres.

Por tanto, si tuvierais la inmensa desgracia de caer en pecado mortal, recibid cuanto antes el santo sacramento de la penitencia y, si no pudierais confesaros, llorad al menos vuestro pecado con lágrimas de sincero arrepentimiento. Así os pondréis en gracia de Dios y no perderéis los méritos de las buenas obras ni os expondréis al peligro de condenaros.

Este mundo es un valle de lágrimas y todos hemos de sufrir alguna pena; porque el camino de la vida está sembrado de espinas. La persona que tiene paciencia aligera su cruz, pasa el purgatorio en este mundo, agrada mucho a Dios y se llena de méritos para el cielo. En cambio, el cristiano que se impacienta y desespera, torna más pesada su cruz, ofende a Dios y se hace reo de terribles castigos en el otro mundo.

Hay que hacer de la necesidad virtud: Acordémonos cuando sufrimos, de lo que padeció Jesucristo en su Pasión, imitando su paciencia para que después podamos acompañarle en la gloria.

Vale más un *alabado sea Dios* en la adversidad, que mil acciones de gracias en la prosperidad.

Cuando la desgracia caiga sobre nosotros, confiemos en la Providencia de Dios que lo sabe todo y lo gobierna todo y con paternal bondad todo lo dispone para provecho de nuestras almas.

La tentación es una de nuestras más frecuentes tribulaciones. Toda la vida es lucha contra la tentación. Empieza ésta en los albores de la razón y termina en el último suspiro. No hay lugar ni situación que no sea o pueda convertirse en campo de batalla. El enemigo está en todas partes: en casa y fuera de ella.

Los vencedores de este combate espiritual serán premiados, no con coronas de laurel como en las luchas de este mundo, sino con aureolas de gloria inmortal.

Los medios principales para no caer en la tentación son: apartarse de todas las ocasiones y peligros de pecar e invocar el auxilio de Dios y la intercesión de la Virgen Santísima, diciendo, por ejemplo: Dios mío, venid en mi socorro; no permitáis, Señor, que os ofenda; Virgen Santísima, ayudadme; antes morir que pecar.

Acordaos también de la santa presencia de Dios. Hay unos ojos que todo lo ven, un oído que todo lo escucha y una mano que todo lo escribe.

Es muy a propósito para cuando uno se siente tentado, reflexionar sobre las grandes verdades de nuestra santa religión:

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo.

A las fatigas y trabajos del día sigue el solaz de un merecido descanso. No exige la religión de nosotros que renunciemos a los placeres lícitos y puros de la vida. Pero nuestras diversiones han de ser moderadas y santificadas por el pensamiento de Dios, que siempre y en todas partes nos acompaña.

Antiguamente había muy pocas familias en cuyos hogares no se rezara por la noche el santo rosario. Nuestros antepasados no se retiraban a descansar sin haber pagado antes este dulce tributo de amor y alabanza a María Santísima. Si tenéis la suerte de que en vuestra casa se rece diariamente el santo rosario, dad gracias a Dios y no dejéis que se pierda esta piadosa costumbre. No queráis ser vosotros la causa de que se defrauden a María tantas alabanzas y a vuestros descendientes tantas bendiciones. Continuad, pues, rezando en vuestros hogares el santo rosario los que tenéis esta costumbre y procurad introducirla allí donde no lo estuviere.

Cuando llega la tranquilidad de la noche y el momento de entregarse al sueño, reservad algunos instantes para hacer en presencia de Dios el balance de la jornada. ¿Habéis avanzado o retrocedido en el camino de la virtud? Examinaos con sencillez y lealtad, porque de nada sirve engañarnos a nosotros mismos. Dejad que hable vuestra conciencia, testigo fidelísimo de vuestras acciones y hasta de vuestros más secretos pensamientos. Una vez recordados los pecados, pedid humildemente a Dios perdón por todos ellos.

Nunca habéis de imitar a aquellos cristianos que por la noche se van a descansar sin encomendarse a Dios ni santiguarse. Esos infelices acostumbran a llevar mala vida y están muy expuestos a tener mala muerte.

Es muy recomendable la costumbre de tener en la cabecera de la cama el Crucifijo y la pila de agua bendita y en las paredes algunos otros cuadros con imágenes santas. La presencia habitual de estas imágenes ejerce sobre el alma una acción santificadora. Las santas imágenes son como libros abiertos en los que el hombre aprende a moderar las alegrías y los placeres cuando se siente tentado de entregarse a ellos con culpable intemperancia, pues con lenguaje mudo, pero elocuente, le dicen: ¡Ánimo, hermano mío! No desesperes. Ten un poco más de paciencia y pronto habrá acabado el padecer. Tus penas se convertirán en gozo eterno. También nosotros tuvimos que sufrir durante la vida, pero ya estamos en el cielo para siempre. Dichosos los trabajos que tanta gloria nos han proporcionado.

La santidad del cristiano es como un mosaico compuesto de menudísimas piedras de escaso valor; pero que, dispuestas en acertadas combinaciones, constituyen una valiosísima obra de arte. El cristiano que anhela adquirir la sublime grandeza de la santidad que Dios desea, sólo podrá encontrarla en la práctica perfecta y constante de las acciones ordinarias de la vida. La vida ordinaria es el taller donde se labran las coronas del cielo.

IMPORTANCIA DE LA MEDITACIÓN

Después de esta vida, a la mayor parte de los hombres se les podría grabar sobre la lápida de la tumba esta inscripción: Aquí yace un hombre que nunca supo para qué le había dado Dios la vida.

Se piensa, es cierto; pero ¿en qué? En negocios, placeres, reputación, fortuna, salud. Se piensa sobre todo en la tierra, se habla de todo; pero en Dios que es nuestro principio y nuestro último fin, en la salvación del alma que es la única cosa necesaria, en la eternidad que fijará para siempre nuestro destino y en la muerte que nos transportará a un mundo desconocido apenas hay quien piense. De ahí vienen todos nuestros males. La tierra está desolada, como decía el Profeta, porque no hay nadie que reflexione en su corazón.

Importa sobremanera meditar a menudo sobre las grandes verdades de la fe, ya que a estas verdades hemos de conformar nuestra vida. Si no las conocemos y meditamos, ¿cómo podrán dirigir nuestras acciones?

Lamentable falta de prudencia sería ocuparnos enteramente en las cosas del mundo que tan pronto pasan y tan poco valen y olvidarnos del alma y de su eterno destino.

Necio es el viajero que se detiene en el camino y se olvida del lugar a donde dirige su rumbo.

La principal causa de las ilusiones de los hombres y de su olvido de Dios es la frivolidad que les impide reflexionar y meditar.

¿En qué se ocupa la mayor parte de los hombres? En huir de sí mismos. Con febril afán buscan toda suerte de diversiones para no verse obligados a pensar en sí mismos. Emplean años en estudiar las costumbres y la historia de los pueblos y no consagran un cuarto de hora para conocerse y estudiarse a sí mismos. Quieren saber todo cuanto pasa por fuera y permanecen extraños y sordos a las voces de la propia conciencia.

El cristiano que nunca reflexiona seriamente sobre la verdad y la religión se convierte poco a poco en un cómico, pues trueca su vida en apariencias que carecen de fin y de realidad.

La reflexión, que es madre de la ciencia, es también madre de la santidad. En cuanto un hombre deja de comunicarse con el cielo, comienza el infierno a comunicarse con él. Santa Teresa decía: Prométeme hacer cada día un cuarto de hora de meditación y yo te prometo el cielo.

Para meditar bien escoged en vuestra casa un lugar en que podáis recogeros libremente sin que nadie vaya a disputaros el tiempo que reserváis para vuestra alma. Cerrad la puerta del corazón a todas las cosas de la

tierra y miraos como solos en el mundo, diciendo como San Bernardo a todo lo que pudiera distraeros: Pensamientos extraños, quedaos fuera, yo volveré a daros entrada al salir de mi soledad.

Si no podéis encontrar en casa ese lugar retirado en que nadie os moleste, haced la meditación en la iglesia.

Colocaos en presencia de Dios, pensando, por ejemplo: Dios me mira. Está viendo no sólo lo exterior de mi persona, sino hasta mis más secretos pensamientos. Él oye todos nuestros deseos y nada de lo que somos se le oculta.

Purificad el corazón por medio de un acto de contrición. La pureza del corazón acerca a Dios.

Implorad la asistencia del Espíritu Santo y pedidle que disipe las tinieblas del alma con un rayo de su divina inspiración.

Estos actos preparatorios han de hacerse con atención, pero con brevedad, y luego se pasa a la consideración.

Para considerar conviene, a lo menos al principio, valerse de algún libro, procurando detenerse en los pasajes que más llaman la atención.

Excelente libro de meditación es *La Imitación de Cristo*. Una sola página de este precioso libro leída una y otra vez con atención, da amplia materia para una excelente meditación. Otro tanto puede decirse de los libros de San Alfonso: *Práctica del amor a Jesucristo,* la *Preparación para la muerte,* las *Meditaciones sobre la Pasión,* etc.

Pero no siempre se puede leer un libro piadoso. Se está en el campo, de viaje, sorprendido por ocupaciones imprevistas. En esos casos conviene reflexionar sobre las grandes verdades de la religión o sobre la vida, pasión y muerte del Redentor. ¡Qué inagotable manantial de pensamientos y afectos brota de los diversos pasos de la vida de Jesucristo!

Sea que leamos, sea que reflexionemos, imitemos, como nos dice San Francisco de Sales, la prudente conducta de las abejas que se posan en una flor y se detienen en ella hasta haber extraído toda la miel antes de pasar a otra.

Cierta persona se quejó un día a San Francisco de Sales de que, a causa de la aridez que sentía, nada hacía en el tiempo de la meditación. ¿Cómo que no haces nada?, contestó el santo. ¿No haces bastante reconociendo delante de Dios tu nada y tu miseria? La más elocuente arenga que pueden hacer los pobres es poner de manifiesto su desgracia y su pobreza.

¡Oh, qué bella oración es estar en presencia de Dios y cumplir su santísima voluntad!

Tomemos por modelo a Santa María Magdalena, penitente, cuando sin decir palabra ni moverse y acaso sin mirar estaba sentada a los pies de Nuestro Señor oyendo sus palabras. Cuando Él hablaba, ella escuchaba, cuando el Señor dejaba de hablar ella dejaba de oír; pero estémonos siempre así aun cuando la sequedad parezca impedirnos el hacer cosa de provecho en la oración.

ÍNDICE

EL DÍA 9 DE MAYO DEL AÑO 1956,
VÍSPERA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR,
SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DIDOT,
CALLE LUCA N.º 2223, BUENOS AIRES